

En  
**clave**  
de **mujer...**



**Del cosmos  
a Dios**

**Orar con los elementos**

Isabel Gómez-Acebo • María José Arana  
Toty de Naverán • Emma Martínez

Isabel Gómez-Acebo (Ed.)



**L**os clásicos elementos de la naturaleza, tierra, agua, aire y fuego se han visto desde los albores de la humanidad como la raíz de todo lo creado. Son las manifestaciones básicas de un cosmos en el que la conciencia humana ha intuido la presencia de un mundo imperceptible, la presencia de un ser superior, la presencia de Dios.

Desde nuestra naturaleza, malherida y maltratada, intentamos elevar nuestras voces al cielo, entrar en diálogo con su Hacedor. Atravesando ríos y escuchando el murmullo del agua, pisando senderos y escalando montañas, sintiendo la brisa y temiendo al viento para dejarnos inflamar por el Creador que impulsa nuestra imaginación. Descubriremos al final que todo viaje por el mundo empieza y acaba en el mismo punto, que alfa y omega son uno y lo mismo. En Dios iniciamos el camino y en su regazo llegamos a la meta.



ATE

asociación de teólogas españolas

ISBN 84-330-1361-0



9 788433 013613

# Del cosmos a Dios

## Orar con los elementos

Isabel Gómez-Acebo (Ed.)

María José Arana

Toty de Naverán

Emma Martínez

Desclée De Brouwer

Diseño de portada: EGO Comunicación.

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 1999  
C/ Henao, 6 - 48009 Bilbao  
www.desclee.com

Printed in Spain

ISBN: 84-330-1361-0

Depósito Legal: BI-28/99

Impresión: RGM, S.A. - Bilbao

## ÍNDICE

Introducción .....	11
<i>Isabel Gómez-Acebo</i>	
1. Orar con la tierra .....	19
<i>María José Arana rscj</i>	
Cantad a Yahvé toda la tierra .....	21
Orar con la tierra .....	21
Y vio Dios todo lo que había hecho. Y era muy bueno (Gén 1,31) .....	38
Nuestra dulce Madre Tierra .....	39
Te introdujo en su tierra y te la dio en herencia (Dt 4,38).....	42
Infidelidad a Dios, infidelidad a la tierra .....	46
Contemplando esta tierra herida .....	46
Como en dueños y poseedores de la naturaleza .....	50
La crisis ecológica y cultural está implicando también la crisis del patriarcado .....	53
Jerusalén, Jerusalén, conviértete al Señor, tu Dios.....	57
Hacia una visión holística y una "conversión de costumbres" .....	57
El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu (Rom 5,5) .....	60
2. El agua... hacia una oración solidaria .....	67
<i>Toty de Naverán</i>	
Introducción: anhelo y convocatoria .....	69
Características del agua .....	78
Su lugar es adecuado.....	78
Su corazón es profundo .....	80
Su espíritu es generoso.....	81
Su palabra es veraz .....	83
Su gobierno es justo .....	86
Su trabajo es perfecto .....	90
Su acción es oportuna.....	94

La oración del agua: alianza solidaria.....	96
El pozo de la vida: diálogo de amor (Para una relectura de Jn. 4) .....	100
En el eco de los desamparados.....	103
Enamorada sed... ..	107
<b>3. Orar con el aire .....</b>	<b>115</b>
<i>Emma Martínez</i>	
Aire, ¿quién eres tú?.....	117
Me dirijo a ti como la "Ruah" de Dios.....	120
Concédeme un oído atento y silencioso para escuchar tu lenguaje .....	124
Aliento de vida .....	126
Gemidos inefables.....	133
Brisa suave .....	138
Aire huracanado .....	142
Pon mis pies en las huellas que deja tu paso .....	150
Haz de mi piel lugar donde me dejo tocar y acariciar por Ti.....	154
Devuélveme la memoria sub-versiva de tu acción salvadora en la historia .....	160
<b>4. El fuego aviva mi oración .....</b>	<b>167</b>
<i>Isabel Gómez-Acebo</i>	
Preparo mi plegaria .....	169
El lenguaje del fuego .....	171
La llama de la vida .....	174
Una llama que asciende .....	174
Que puede apagarse .....	176
Que nunca muere .....	179
¿Qué usamos como combustible? .....	181
Quemar es un verbo transitivo .....	181
El combustible humano .....	184
El verbo arder es intransitivo .....	188
Una dualidad clásica: calor y luz .....	191
El fuego, fuente de calor .....	191
El fuego generador de luz .....	197
La iluminación intelectual .....	201

<b>La paradoja de un elemento que ablanda y endurece ....</b>	<b>205</b>
El horno del alfarero .....	205
La forja del herrero .....	208
<b>El incendio de las pasiones .....</b>	<b>211</b>
<b>El fuego ritual .....</b>	<b>215</b>
La columna de humo .....	215
La carne del holocausto .....	217
El ritual de la purificación .....	219
<b>Una actividad que concluye .....</b>	<b>221</b>

# Introducción

*Isabel Gómez-Acebo*

## INTRODUCCIÓN

*Isabel Gómez-Acebo*

UNO DE LOS PRIMEROS LIBROS DE ESTA COLECCIÓN se dedicó a facilitar la oración a través de los sentidos<sup>1</sup>. Decíamos, entonces, que la falsa dualidad cuerpo-alma había relegado al primero por considerarlo menos espiritual y que era menester recuperar su aprecio. No era un interés puramente altruista, pues mujer y cuerpo se presentaron tradicionalmente de la mano con la finalidad de compararnos con otro pareado: varón-espíritu, en detrimento nuestro. Las mujeres éramos más naturaleza, más cuerpo y por ende, menos espirituales y menos racionales. Aunque negamos el postulado que nos declara inferiores, salimos en defensa de nuestros cuerpos, cuerpos de varón o de mujer; en defensa de la materia de la que están formados todos los seres; en defensa de la naturaleza... Y desde esa defensa utilizábamos los sentidos como vehículo privilegiado para llegar a Dios, para desde ellos entrar en contacto con el Creador de ese mundo material vilipendiado, aunque hijo suyo.

---

<sup>1</sup> El libro es ISABEL GÓMEZ-ACEBO (ed), *Cinco mujeres oran con los sentidos*, en esta misma colección.

Ese desprecio, que sirvió de pretexto para encerrarnos en casa y para declararnos en minoría de edad perpetua, también se utilizó para tratar a la naturaleza en términos de dominio. De Bacon nace la frase: "He intentado traer a la naturaleza y a todos sus hijos para que os sirvieran y fueran vuestros esclavos"<sup>2</sup> que nos ha llevado a una explotación del planeta que amenaza con su extinción. La tierra entera gime y esta vez no lo hace con dolores de parto que anuncian nueva vida, sino que son estertores que nos hablan el lenguaje de la muerte y del fin.

Es precisamente desde este mundo malherido de donde queremos elevar nuestras voces al cielo, máxime en un momento en que el lenguaje de la modernidad nos ha alejado del mundo del simbolismo, un alejamiento doble en la persona urbana. ¿Qué son la tierra, el agua, el aire, el fuego para quienes viven rodeados de ladrillo o cemento? Realidades que se hacen cada día más irreales en sus vidas y que son incapaces de proyectar más allá de lo que representan.

Y, sin embargo, la conciencia humana dejó hundir sus raíces en las manifestaciones de la naturaleza desde tiempo inmemorial. Se dejó hipnotizar por las maravillas de un planeta en las que presentía la realidad de un mundo que no se percibe pero que el intelecto intuye como lleno de presencia, la presencia de un ser superior, la presencia de Dios. Y de la misma forma que los sentidos son la expresión del cuerpo humano, los elementos nos sirven como expresión de esa naturaleza sin par, capaces de conectarnos con su Creador.

La fascinación por los elementos de la naturaleza es antiquísima, pues ya Empedocles (siglo V a.C.) los consideraba como la raíz de todo lo que existe. Incluso parece que los signos del zodiaco están divididos en cuatro grupos: 3 para la tierra (Tauro, Virgo y Capricornio), 3 para el agua (Cáncer, Escorpión y Piscis), 3 para el fuego (Leo, Sagitario y Aries) y 3 para el aire (Géminis, Libra y Cáncer).

<sup>2</sup> La frase la recoge C. HALKES, *New creation. Christian feminism and the renewal of the earth*, SPCK, Londres 1991, p.29.

Dicen, también, que todos nos sentimos más atraídos por alguno de ellos y que eso se refleja en nuestra forma de ser. Las personas inclinadas hacia la tierra están marcadas por un sentido de lo real, pero tienen el peligro de caer en un materialismo excesivo. Aquellos que se ven reflejados en el agua se caracterizan por su misticismo e intensidad de vida psíquica, pero deben prevenirse de un excesivo espiritualismo. Los que admiran el fuego son vitales, enérgicos, pero pueden tropezar con una ambición desmesurada. Y por último, los aéreos son vistos como más sutiles, fluidos, pero con la posibilidad de caer en la inestabilidad.

A unos y a otros les ofrecemos este libro que trata de llevarnos al diálogo con Dios utilizando como tema a estos cuatro elementos. Una temática que nos abre al mundo del símbolo y de la metáfora, que nos aleja del lenguaje de la técnica y que nos permite atravesar fronteras, cruzar puentes dejándonos llevar de la mano de Dios que impulsa nuestra imaginación. Hay momentos en la vida en los que conviene tener los pies bien colocados en el suelo mientras que en otros hay que ser capaces de salir de la vida horizontal para entrar en la mística.

El orden en el que van a aparecer estos elementos viene dado por el segundo relato de la creación en el libro del Génesis, un relato mucho más sugestivo que el primero. Allí se describe la formación del ser humano con tierra humedecida en agua para posibilitar su moldeo. El muñeco resultante tiene que esperar a que Dios le insufla el soplo de la vida para finalmente alcanzar el calor que le permita mantenerla: tierra mojada en agua, acariciada por la brisa y almacenando calor.

María José Arana nos invita a orar con la tierra, haciéndonos una con ella y descubriendo su pluralidad. Esa Tierra con mayúscula, que nos cobija, nos sostiene y que estalla hacia Dios. Esa Tierra cargada de belleza que nos impulsa a dar gracias a su Creador, a alabar a su Hacedor. Esa Tierra de la que todo nace y a la que todo vuelve. La Tierra de la Biblia como don en gratuidad, como



Paraíso perdido, como esperanza de futuro, como lugar de acción constante de Dios.

Y la otra cara de la moneda. La Tierra manchada, contaminada, muerta... ante la acción del peor de los depredadores, que es el hombre. Un deterioro que ha producido el empobrecimiento de muchos seres humanos que antes vivían de sus frutos y que ahora mueren de hambre; una situación que precisa de una actuación rápida que la subsane. Un nuevo estilo de vida que llama a nuestra puerta, a nuestro hogar de personas del primer mundo, y que nos exige una conversión.

El agua le sugiere a Toty Naverán una oración en clave de solidaridad. No está muy desencaminada, pues la falta de agua potable va a estar en la raíz de muchos conflictos futuros. A través de unos versículos de la Biblia nos habla de esa comunidad universal ante el agua: "Acercaos al agua, aun los que no tenéis dinero" (Is 55,1). Una vez allí seremos capaces de descubrir sus cualidades. Un agua cercana, siempre en el lugar adecuado. Un agua con corazón profundo y espíritu generoso. Un agua que exclama palabras de verdad, que realiza un trabajo perfecto y que gobierna con justicia a los que beben de ella.

Y es que la oración del pozo, el encuentro con Jesús, genera un diálogo de amor que llena de esperanza a todos los sedientos de este mundo. Sed de agua pura que llevarse a la boca y sed de justicia ante la situación en la que viven. Y por último, la mejor de las sedes: enamorada sed de Dios.

Para orar con el aire nos introducimos en el capítulo de Emma Martínez y sus preguntas sobre quién es la persona que se oculta detrás. Descubre que es el Espíritu de Yahvé, su *ruah*, la que nos sale al paso y que va configurando nuestra manera de ser. Pero muchas veces somos incapaces de apreciar este trabajo, no oímos la brisa de Dios, no sentimos su aliento de vida que nos permite levantarnos cada mañana, que revive nuestros huesos calcinados

por la cotidianidad y la tibieza. Y nuestra incapacidad nos hace gemir nuestros deseos y tratar de escuchar los de Dios. Gemidos que nos trae la brisa que reclama nuestro silencio para poder captarla y gemidos que nos llegan impulsados por el huracán de la violencia divina, por sus gritos de protesta.

Es en nuestro cuerpo donde podemos generar la posibilidad de dejarnos acariciar por la brisa de Dios. Un cuerpo que nos permite gozar de la caricia, del abrazo y del beso como sacramentos de su Amor. Un cuerpo que nos habla del placer de los enamorados que caminan juntos, que se funden en una sola carne. Para finalmente descubrir que el aire huracanado derriba las casas edificadas en la arena, trastoca nuestras escalas de valores, nos obliga a cambiar de vida para posibilitar los lugares donde se respire el aire del Reino.

A mi cargo está el último capítulo, que nos habla de avivar nuestra oración mediante el fuego, un lenguaje que nos introduce en el mundo del exceso y de las pasiones. Pero antes de esa posibilidad debemos pasar por el inicio de la vida que se simboliza en una llama, una vida tenue que precisa del aliento constante de Dios para no apagarse, pero que puede tener la conciencia de vida eterna en la medida que se mantenga unida con el Creador.

La reflexión sobre el combustible me lleva a la conclusión de que la vida del cristiano debe arder en una combustión lenta, en un quemar los mejores años de la vida en el servicio a los otros; así daremos, como Dios, calor y luz a nuestro entorno. Ese calor que endurece el barro pero que ablanda los metales permitiendo que se le asigne a Dios el papel de alfarero o el de herrero según el material que imaginemos en sus manos.

El incendio de las pasiones, ese amor capaz de transformarse en odio, y el fuego ritual son los dos últimos apartados de mi oración, para concluir con una petición a Dios: que avive la llama de nuestra vida de cristianos con la que intentamos alumbrar a pesar de la negatividad de nuestras vidas.

# Orar con la tierra

*María José Arana rscj.*



**María José Arana.** Religiosa del Sagrado Corazón, Doctora en Teología y Diplomada en Sociología por la Universidad de Deusto, también es Maestra Nacional. Especialista en Teología feminista, se dedica con intensidad a la cuestión de la liberación de las mujeres. Participa y tiene cargos de responsabilidad en numerosos grupos de mujeres intelectuales cristianas tanto en ámbito nacional como internacional. Es profesora del Instituto de Teología de Vida Religiosa en Vitoria y del Instituto de Teología Diocesano de Bilbao. Presidenta del Consejo de Religiosos/as de Vizcaya. Ha publicado algunas obras como "la Clausura de las Mujeres", Bilbao, 1992; "Mujeres sacerdotes, ¿por qué no?", Madrid, 1994; "Rescatar lo femenino para re-animar la Tierra", Barcelona, 1997. Otras diversas obras en colaboración así como numerosos artículos en diferentes revistas.

## ORAR CON LA TIERRA

*María José Arana*

“LAS VÍAS DEL AMOR SON INAUDITAS  
COMO SABE QUIEN LAS HA SEGUIDO”

(Hadewijch I de Amberes, s. XIII)

**“Cantad a Yahvé toda la tierra”.**

- Orar con la tierra

A LO LARGO DE ESTAS PÁGINAS, vamos a intentar adentrarnos en esas “vías” por tierra firme, a través de caminos muy diversos... Vamos a tratar de entrar en contacto profundo con la Tierra y así introducirnos en el gran Templo de la Creación para encontrarnos con el Señor y origen de todo; misterio insondable que la sostiene, la habita, la llena de su gloria y la cuida con amor...

Este viaje es una auténtica peregrinación en búsqueda; y, a la vez, un acto, que quisiéramos fuera de verdadera contemplación. Vamos a tratar de andar por los múltiples caminos de este mundo y contemplarlo desde diferentes lugares y situaciones buscando al Señor,

tratando de renovarnos interiormente en contacto con la Tierra, que, sin duda, es “espacio sagrado”. Queremos “orar con la Tierra”, desde toda ella y desde dentro.

Pero para ello es muy importante iniciar el camino desde el fondo del ser, desde el interior; actualizando la confianza, el abandono, la capacidad para una admiración honda y, desde luego, renovando una y otra vez, la seguridad del amor incondicional sobre nosotros/as, desde el amor creador de Dios que conoce, habita y ama sus obras, la Tierra entera y a todas sus criaturas...

Entramos por las “vías del amor”,... por todas las posibles, desde dentro y por fuera, sabiendo que: “El Reino de Dios está *dentro y fuera* de vosotros”, como dice el Evangelio Apócrifo de Tomás... Debemos encontrarlo, sentirlo, dejarnos “tocar” desde *dentro* y desde *fuera*. Hemos de hacer incursiones y excursiones... viajando hacia adentro de nosotros/as mismos/as y hacia la Creación entera, con toda la apertura y profundidad posible. Es un ejercicio de interioridad para abarcar el Mundo y, también, dejarnos abarcar por él.

Una sentencia hinduista, entendida en su conjunto, no literalmente, quizás pueda ayudarnos: “Quien ve a Dios aquí (en el corazón) lo ve también allí (en el mundo). Quien no encuentra a Dios en sí mismo, no lo encontrará jamás fuera de sí mismo. Pero la persona que ha visto al Señor en el templo de su propia alma, lo verá también en el templo del universo”. “Desde allí buscarás a Yahvéh tu Dios; y le encontrarás si le buscas con todo tu corazón y con toda tu alma”... (Dt. 4, 29)

Entra en tu interior, camina hacia ese lugar en el que se rozan el vacío y la plenitud... Intenta entrar despacio en el núcleo de tu ser y en el centro de lo que te rodea. Haz silencio y... desde ahí, siéntete re-ligada internamente a la Tierra; formamos una unidad con ella, participamos de la misma Creación... La conexión es bien profunda y real... pero, ¡hay que “entrar”!... ¡Podemos percibirla, porque existe!... Y a la vez, mejor dicho, por eso, entramos en “el

lugar sagrado”, en el Templo de la Creación y “descálzate”, como Moisés, porque el espacio que pisas es sagrado; toda ella está llena de su Presencia, de su Gloria y de su Amor. Siente la dependencia, la criatureidad..., la contingencia... y también la grandeza del ser, ante el Dios Creador y Padre-Madre que habita este mundo.

Orar es reconocer esta presencia y celebrarla:

“Vengamos, adoremos y postrémonos delante de nuestro Creador y nuestro Dios,

Vengamos, adoremos y postrémonos delante de Cristo nuestro Rey y nuestro Dios,

Vengamos, adoremos y postrémonos delante de Cristo, Él mismo nuestro Rey y nuestro Dios.

Vengamos, adoremos y postrémonos delante de Él”.

Bendice al Señor, alma mía, bendice al Señor... Bendito eres Tú, Señor, Bendice al Señor, alma mía; Señor, Dios mío, Tú eres grande, Bendito eres Tú, Señor, mi Dios, Bendito eres Tú, Señor.

Vestido de esplendor y majestad, arropado de luz como de un manto.

Bendito eres Tú, Señor, mi Dios.

Sobre sus bases asentaste la tierra, inmovible para siempre jamás.

Bendito eres Tú, Señor, mi Dios.

Del océano, cual vestido, la cubriste, sobre los montes persistían las aguas. ¡Tus obras son grandes!

¡Todo lo has hecho con sabiduría, todo, todo lo has hecho con sabiduría! Tus obras son grandes.

Por los siglos sea la gloria del Señor, el Señor se regocije en sus obras... Gloria a Ti, Creador, Señor de todo el universo.

Gloria al Padre, al Hijo y al Santo Espíritu, ahora y por los siglos. Amen. ¡Gloria a Ti!, Gloria a Ti, Señor, Creador de todo el universo.

Aleluya Gloria a Ti, ¡oh Dios!, Nuestra esperanza, ¡Señor! ¡Gloria a Ti!

En espíritu de alabanza, intentamos entrar en "el corazón de la materia"<sup>1</sup> para encontrarnos con el Corazón de Dios, con su amor.

Déjate coger por la Tierra, por la Naturaleza... lo que está debajo de ti, lo que te rodea, todo lo que te envuelve y lo que te sostiene... Siente la Tierra, su calor, su consistencia; hazte consciente de su belleza... , contéplala -si puedes-, pero en todo caso, hazlo aunque sea simplemente con la imaginación... Es nuestra "casa", "la Aldea Global"... Siéntete cómodo/a delante de la Tierra en toda su concretez. Las flores variadas, los campos cultivados, la hierba fresca..., las inmensidades áridas...; tu tierra y los lugares lejanos... Vete parándote poco a poco..., admirando con sencillez y agradecimiento. Todo está vivo, todo lleno de vida y de energía... y la sentimos, la admiramos, la interiorizamos... Nos sentimos parte de esa vida plural.

Contempla también lo que no se ve, pero se intuye. Recoge la fuerza ascendente de toda semilla cargada de vida... Recibe el movimiento interno de la Tierra, las corrientes subterráneas y benéficas que la vitalizan..., capta su energía..., acéptalo todo... Sondea los abismos... y admira las montañas en su solidez y consistencia, llenas por dentro. También deja que el aire te golpee y te envuelva...

<sup>1</sup> Invitatorio y salmo 104 (103), vv. 1-2, 5-6, 31, 35b. Adaptados y con música: "Chants liturgiques de l'Église d'orient, Communauté de la Théophanie, vêpres & matines, Distribution: Studio SM, 3, rue Nicolás Chuquet, 75017, Paris.

<sup>2</sup> Expresión muy querida para Teihlard de Chardin.

El sentir interiormente la grandeza y la sencillez humilde de la Tierra puede ser muy revelador.

Nos introducimos en la Naturaleza, una y plural, enormemente diversa pero única: esa es su riqueza y también su misterio... Estamos en relación íntima con todo, formamos una unidad; los vínculos son muy profundos. Esta Tierra es una gran unidad plural, interconexiónada, y todos los seres participamos de ella, la integramos y, ahí, nos hermanamos...

Contemplamos despacio..., con todo el ser..., mirando, adivinando, siendo sensibles a la fuerza interior de toda la naturaleza, también a su ternura. Dejamos que las cosas se nos adentren y sentimos la conexión interior. Estas actitudes nos ayudarán a fortificar nuestra solidaridad con la Tierra, con los otros, con Dios mismo... Recibimos desde fuera..., y hacemos también brotar desde dentro. La Tierra, la materia pueden resultar "transparentes"...

Y así, siéntete criatura finita, arraigada "en", religada a la Tierra y totalmente dependiente del Cielo; "hechura de sus manos" y parte de la misma Creación... Entra dentro de ti y sábetete en comunión interna, en total solidaridad en gracia, pero también cómplice en el pecado... con la Tierra y con la Humanidad... Y hazlo, experimentando la conexión íntima con todo y en todo. Intenta hacerte consciente de la pluralidad de este mundo y de cuanto lo habita. Es una experiencia de fraternidad solidaria y de comunión profunda, es toda una sensación de dependencia, de conjunción interna y de relación. Un mismo origen, una misma pertenencia y una llamada común a la transformación última.

Déjate amparar y acoger por ella... a lo ancho, largo y profundo... Intenta hacerlo físicamente, ahora...; y también realízalo en el tiempo, teniendo presente el peso del tiempo, la cadena de las edades y de generaciones, pasadas y futuras, sobre ti y sobre esta Tierra...

Hazlo en unión profunda con todas las personas que desde cualquier rincón, raza o color del mundo, desde cualquier religión,

reconocen la Creación de Dios; unidos/as en alabanza, recogiendo toda la adoración, en un acto inmenso de glorificación... Dios se ha manifestado a toda la Humanidad diversa, plural, pero albergada en esta única Tierra...

¿Somos capaces de percibir algo del *rostro único* de Dios, manifestado de forma plural en la multiplicidad humana que habita esta Tierra también diversa?... ¿Somos capaces de percibir e integrar ese acto múltiple y enorme, pero único, de adoración y glorificación?

Abarca y déjate abarcar por la Humanidad plural, por ese enorme acto de adoración y reconocimiento desde la pluralidad de las tierras, las culturas, las religiones, desde la multiplicidad de razas, lenguas y expresiones religiosas... e intégralas en tu adoración.

Tratamos también de entrar en el centro de nosotros mismos/as, e intentamos hacernos conscientes de esa realidad existencial que es la pertenencia. Nos dejamos abarcar por la totalidad y nos sentimos protegidos/as por ella... Experimentamos, por dentro, la unidad de todo y en todo... Nos hacemos más conscientes de nuestra finitud, nos enfrentamos a ella, la aceptamos, palpando así algo de la infinitud... Así, también, nuestra conciencia se alarga y se amplía... Nos adentramos en el corazón de la realidad, pero la percibimos de otra forma y pedimos al Señor que nos conceda la sabiduría de corazón para descubrirla y descubrirle.

“Me enseñarás el camino de la vida,  
hartura de goces, delante de tu rostro”

(Ps. 16, 11)

Desde ahí, queremos contemplar la Tierra que nos cobija, que nos sostiene y, en ella, queremos descubrir a Dios Padre y Madre, dador/a de vida y Creador del Universo entero..., sustentador de todo cuanto es y existe. Él cuida con amor de todo y se manifiesta, se revela en su Creación.

Repíete, con convicción y agradecimiento, una y muchas veces:

“Del Señor es la Tierra y cuanto hay en ella,  
el orbe y los que en él habitan”.....  
Que él lo fundó sobre los mares....

(Ps. 24, 1)

Tratamos de encontrarnos con Dios Hijo, “por quien todo fue hecho” (Col, 1, 16), “por quien todo existe” (1, Cor, 8, 6), persiste y todo fue redimido. Él es Alfa y Omega, principio y final, fundamento de todo cuanto existe y recapitulación de todas las cosas... En Él todo será transformado y transfigurado. Él, el Hijo Encarnado, que vino a este mundo, se nos acercó del todo y, hecho uno de nosotros, “uno de tantos” (Filp. 2, 7), entró en esta Tierra nuestra, porque se hizo verdaderamente carne y puso aquí su tienda para habitar entre nosotros (cfr. Jn, 1)... Vino a este mundo para redimirlo, reconciliarlo todo: “lo que hay en la tierra y en los cielos” (Col. 1, 20) y conducirlo a la Plenitud.

Intentamos sentir al Dios Espíritu de Vida, re-creador, re-generador, energía de este mundo y sustentador de cuanto lo habita... Espíritu de amor que está en todo, amando: “tu espíritu imperecedero está en todas las cosas” (Sab. 12, 1)... Todo lo llena, todo lo vivifica y todo lo ilumina.

Entremos, con alegría, en la presencia del Señor, Trinidad infinita, Unidad admirable y misterio de Amor. Dios trascendente e inmanente, lejano y cercano, que todo lo abarca, lo sustenta y lo anima todo.....

“Tú eres Dios, y tus brazos amorosos,  
doloridos y agotados, sostienen el mundo”  
(Himno, W. H. Vanstone)

Señor del Cielo y de la Tierra, reconocemos tu amor creador en todo, y te adoramos.

Ahí, en silencio, escuchamos atentamente los latidos de Su presencia en ella; reconocemos sus “brazos amorosos” abarcándolo y sos-

teniéndolo todo con toda ternura y con infinito amor. También escucharemos sus “gemidos inenarrables” (Rom. 8, 26), porque el Espíritu clama, gime en nuestro interior y en el fondo de todo lo creado: “Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto”, esperando... (Rom. 8, 18 y ss).

Porque, a la vez, sentimos la espera de la Tierra y también su dolor... Necesitamos discernimiento y sensibilidad para descubrir el pecado del mundo incidiendo en la Tierra, hiriéndola y destruyéndola sin piedad. La Tierra nos preocupa hoy profundamente, porque hemos abusado de ella, la estamos devastando brutalmente y comenzamos a percibir las huellas en las sangrantes heridas de este Planeta y en esta Humanidad. La agresión es continua, el malestar creciente y ella se nos muestra dolorida y exhausta. Somos conscientes -aunque todavía muy levemente- de los peligros ecológicos que están rompiendo el equilibrio hoy y amenazan profundamente el futuro. Conocemos la violencia, la autosuficiencia y los pecados contra las relaciones humanas y contra este Planeta.

La Tierra está devastada y las relaciones humanas son desequilibradas e injustas. Ciertamente: “Llegasteis y ensuciasteis mi tierra y pusisteis mi heredad hecha una abominación” (Jer. 2,7), “la tierra ha sido profanada” (Is. 24, 5). Los males de todo tipo son incontables, desgraciadamente están por todas partes; el deterioro es progresivo, casi imparable y las consecuencias son aún imprevisibles pero, sin duda, enormes.

Traemos a la memoria tantos y tantos ejemplos de devastación y miramos la tierra herida; esta mirada abarca también a la Humanidad, totalmente ligada a la Tierra. Es un recorrido duro pero, a la vez, solidario. Este recorrido hay que hacerlo despacio, con clarividencia y con ternura... Todo sufrimiento tiene algo para comunicar, es una escuela de aprendizaje y de comprensión. Nos dejamos afectar, asumimos el dolor, un dolor muy profundo, y sufrimos por ello.

Dios ama la Tierra, la habita y sostiene, pero ¿podemos decir que nosotros/as, los seres humanos, también la queremos? ¿Cuidamos de ella con responsabilidad? ¿Qué Tierra queremos dejar a las generaciones futuras?

En lugar de enfurecer a la Tierra, tendríamos que aprender a dialogar y cooperar con ella.

Callamos y oramos ante esta Tierra nuestra maltratada y herida para aprender de su sufrimiento y caer en la cuenta de nuestro egoísmo injusto y devastador. Y también intentamos escuchar su dolor, oímos, con un enorme respeto, lo que quiere comunicarnos. ¡Habla con ella!, ¡entabla comunicación por dentro, escucha y contéplala!

“Conversa con la tierra y ella te instruirá” (cfr. 12, 7-9)<sup>3</sup>

Orar es también escuchar, cargar con este sufrimiento que la Tierra nos muestra, es tratar de comprenderlo en profundidad...

Orar supone abrirnos, dejar que nuestro corazón se conmueva y acepte entrar en ese movimiento interior y de cambio que llamamos *conversión*.

Confiados/as en su misericordia y en su redención, queremos recogerlo y transformarlo en súplica; presentamos la Tierra en su fragilidad, seriamente amenazada, injustamente repartida..., insolidariamente vivida..., repleta de miserias y de necesidad... Nos hacemos más y más conscientes de ello... Y pedimos sabiduría, desprendimiento y generosidad para buscar caminos de justicia y de sanación. Necesitamos ir creando y descubriendo más y más espacios de conversión y de reconciliación. Necesitamos ir haciendo crecer el amor en este mundo. Tratamos de hacer silencio para escuchar lo que Dios quiera comunicarnos.

<sup>3</sup> M. COGCANAC, Los símbolos bíblicos, Edit. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1994, p. 99, adapta de esta forma los dos versículos referidos del libro de Job.

Pedimos con confianza al Espíritu de Vida que cure y redima este mundo nuestro ultrajado:

“El Espíritu Santo es vida dadora de vida.  
motor del universo, raíz de todo ser creado;  
limpia de impureza el universo,  
cancela la culpa y unge las heridas,  
y de este modo es vida luminosa y digna de toda alabanza,  
que resucita una y otra vez el universo”

(Hildegard von Bingen, s. XII)<sup>4</sup>

Interiorizamos todas las palabras, nos paramos en cada frase y lo hacemos súplica insistente: “¡Resucita una y otra vez el universo!”..., “Sana lo que está enfermo”..., “riega lo que está árido”, “cancela su culpa y unge sus heridas”... y concédenos un corazón compasivo. Creemos y esperamos en Ti, “¡Vida luminosa y digna de toda alabanza!”

“¡Ven Espíritu Consolador!”

“¡Ven Espíritu Santo y renueva la faz de la Tierra!”

Porque, a pesar de todo, esperamos..., creemos e incluso sabemos que todo será re-creado, todo será transformado y sabemos que la Nueva Creación no sólo es posible y se realizará en un lejano futuro, sino que ha comenzado ya, está gestándose, está en proceso de

<sup>4</sup> HILDEGARD VON BINGEN, *Lieder*, Salzburg, 1969 p. 228, cfr. M. FOX, *Illuminations of Hildegard of Bingen*, Santa Fe, 1985.

Otra versión muy semejante de la misma abadesa Hildegarda de Bingen:

“El Espíritu de Dios  
es vida y da vida;  
raíz del árbol del mundo  
y viento en sus ramas.  
Es vida luminosa  
digna de toda alabanza  
que todo suscita  
que todo resucita”

En A. PRIMAVESI, *Del Apocalipsis al Génesis*, Edit. Herder, Barcelona, 1995, p. 21.

realización y de liberación; está en pequeño germen y, ciertamente, sólo percibimos anticipos muy, muy débiles... Pero creemos y sabemos que se nos manifestará en plenitud:

“Vi entonces *un cielo nuevo y una tierra nueva*”...

“He aquí que todo lo hago nuevo”.....

(Apoc. 21, 1. 5).

“Ateniéndonos a su promesa, aguardamos un *cielo nuevo y una tierra nueva* en los que habite la justicia”...

(2 Pe. 3, 13)

Esto es un don gratuito, nos es dado, y lo acogemos con infinito agradecimiento, y, a la vez, es tarea y lo recibimos como una responsabilidad, mejor, una co-responsabilidad que nos lanza en la construcción de este mundo y de esta Tierra. Nos implica desde el fondo. Es algo del “ya sí, pero todavía no”... Sabemos que ésta es la vocación más profunda de la Tierra porque todo el Cosmos está llamado a la comunión y armonía total entre sí y con su Creador... Será asumida, revestida, y será también transfigurada, toda y totalmente, en Cristo. Ésta es nuestra esperanza y nuestra seguridad más profunda.

Pero todo está en proceso, en movimiento ascendente..., en evolución, y también ha comenzado ya a manifestarse en primicia. Todo ello es aún muy débil, confuso e incluso contradictorio..., pero está ya. Hace falta descubrirlo, colaborar en ello; somos corresponsables, estamos implicados todos y todas las que formamos parte de esta Humanidad... Estamos llamados/as a sostener la vida en la Tierra, a amarla, no a destruirla. ¿Cómo entrenarnos cada día, en amar profundamente todo y a todos? ¿Cómo construir caminos en responsabilidad solidaria? ¿Cómo hacer puentes de reconciliación con la totalidad?

Desde el Evangelio, desde la Palabra de Jesús, estamos también llamados/as a anticipar ese Reino aquí y ahora. Fidelidad a Dios, fidelidad a la Tierra, pero con esperanza.



“Pues bien, he aquí que yo lo renuevo todo: ya está brotando, ¿no lo notáis?”

(Is. 43, 19)

Nos hacemos así conscientes del movimiento ascensional de la Creación hacia una re-creación nueva y total; creemos en este proceso real, ya iniciado: “¿no lo notáis?”..., sentimos este movimiento ascensional, gozoso, cargado de energía y nos implicamos en él; lo aceptamos, tratamos de sentirlo y de involucrarnos en él con todo el ser... Inmersos/as en ello, sentimos confianza..., fascinación... Atentos/as al latido del mundo, a su energía dinamizadora más honda, a “la fuerza que por el tallo verde empuja a la flor” (D. Söelle)<sup>5</sup>.

Entramos, como dirá Teilhard de Chardin, en “el sentido de la Tierra abriéndose y estallando, hacia arriba, en sentido de Dios; y el sentido de Dios enraizándose y nutriéndose hacia abajo en el sentido de la Tierra”<sup>6</sup>. Es una doble dirección, “hacia arriba” y “hacia abajo”, pero el mismo movimiento que conduce al encuentro..... Nos dejamos coger, nos abandonamos a esa dinámica, con admiración, con entera libertad interior, pacientemente, y con toda la profundidad posible.

Nos unimos por dentro a todo ello; queremos adorar en “espíritu y en verdad”... (Jn, 4, 24) en el gran templo que es este Mundo. Y lo hacemos con la Creación entera, plural, sintiendo, con alegría y con responsabilidad, nuestra condición de criaturas... Desde esta Tierra nuestra, gloriosa, llena de su presencia, pero también herida y seriamente amenazada. Pedimos esperanza y cantamos a su Gloria un himno de profunda alabanza, de agradecimiento y de amor:

<sup>5</sup> Aunque Dorothee Soelle utiliza esta imagen en un contexto diferente en “To work and love”, Filadelfia, 1984, p.77, me parece preciosa para situarla aquí.

<sup>6</sup> TEILHARD DE CHARDIN, El porvenir del hombre, edit. Taurus, Madrid, 1964, p. 100.

“Aclamad al Señor, tierra entera,  
servid al Señor con alegría,  
entrad en su presencia con vítores.  
Sabed que el Señor es Dios: que él nos hizo  
y somos suyos”

“El Señor es bueno,  
para siempre su amor,  
su fidelidad es perpetua”

(Ps. 100, 1-2. 5)

Pero la Creación es también activa: canta, habla, reconoce, proclama... Vamos a intentar escuchar atentamente todo ese relato que la Creación entera va narrando sobre la obra de Dios y vamos a ir descubriendo, a través de ella, la Gloria que se nos va desvelando, la grandeza que nos va mostrando... Y asimismo, agudizamos el oído y sentimos el dolor que experimenta todo lo creado...

“Los cielos cuentan la Gloria de Dios  
y el firmamento pregona la obra de sus manos”

a toda la Tierra alcanza su pregón  
y hasta los límites del orbe su lenguaje.

(Ps. 18, 1. 5)

Dejemos que nuestro ser se una a esa narración conjunta, que se haga, él mismo, narración, pregonando su Gloria y también su redención. Somos parte del Universo, nos sentimos parte de la Tierra y desde esa implicación real, existencial, contemplamos, escuchamos, sentimos... Dejemos que la conciencia despierte más y más... y oremos.

Así, adentrémonos por los caminos de la Tierra, recojamos la vida que en ella está y desde ella surge; contemplémosla con una inmensa alegría, con gran respeto y asombro profundo, incluso, en lenguaje ignaciano, “con toda reverencia y acatamiento”, porque ahí nos encontramos con el peso de su Presencia y de su Gloria. Y

a la vez, lo sabemos oculto en ella,... dentro, no siempre perceptible, pero está ahí, en el amor a todas sus obras... Situémonos con enorme admiración e incluso con auténtica fascinación ante la belleza resplandeciente de todo lo que nos rodea; es importante reconocer la hermosura de la Tierra y contemplarla, dejar que se nos meta dentro... y gozar intensamente de ella.

Contemplamos, en paz, desde el silencio y desde la admiración. No debemos temer al silencio.

Y pedimos: Señor, haz que crea más y más en tu presencia activa en todas las cosas... en esa presencia que las transforma.

San Juan de la Cruz supo expresar preciosamente esta belleza interior y mística de todas las criaturas; las contempla con admiración, dialoga con ellas y pregunta:

¡Oh bosques y espesuras  
plantadas por la mano del Amado!  
¡Oh prado de verduras  
de flores esmaltado!  
¡decid si por vosotros ha pasado!

La belleza de la Creación responde por sí misma y así, podemos decir que, de alguna forma, es sacramental, es "transparente". La impronta del Creador es clara en sus obras, toda belleza.

"Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura,  
y yéndolos mirando,  
con sólo su figura,  
vestidos los dejó de su hermosura"<sup>7</sup>

Releemos los versos dejándolos resonar y, contemplamos con paz. El amor comunica belleza, y de la belleza surge amor que es la energía más profunda, la fuerza interna que verdaderamente va

tejiendo, tramando esa transformación que será, que se nos revelará del todo.

Reconocemos, interiorizamos esta belleza, esta hermosura de todas las cosas y esta profunda fraternidad gratificante, muy sencilla, con todas las cosas; alabamos al Señor, Padre-Madre, origen, amor y fondo de toda la existencia, de toda vida, de toda belleza; principio de la fraternidad:

Altísimo, omnipotente, buen Señor;  
tuyos son los loores, la gloria, el honor y toda bendición.  
A ti sólo Altísimo convienen  
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,  
especialmente por el hermano sol,  
el cual hace el día y nos da luz.  
Y es bello y radiante con grande esplendor;  
de ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor, por la hermana luna  
y las estrellas que están en el cielo,  
las has formado claras y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,  
y por el aire, nublado, sereno y en todo tiempo,  
por el cual a tus criaturas das sustento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,  
la cual es muy útil, humilde, preciosa y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,  
con el cual alumbras la noche,  
y es bello, jocundo, robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana  
la madre tierra,  
la cual nos sustenta y gobierna,  
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.

<sup>7</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico, canción 5.

Loado seas, mi Señor, por quienes perdonan por tu amor  
y soportan enfermedad y tribulación.  
Bienaventurados los que sufren en paz,  
pues de ti, Altísimo, coronados serán.

(San Francisco de Asís)

Éste es también camino de contemplación, de gozo íntimo y de admiración profunda. El silencio fortalece esa contemplación pausada y alegre.

Y, contemplando, se establece también un camino de *conversión* y, por lo tanto, una vía de compasión, una senda de sanación y de esperanza para esta Tierra nuestra, herida: "La idea de compasión está basada en una intensa conciencia de interdependencia de todos los seres, en la que todo es parte de todo y todo está implicado con todo" (Thomas Merton).

Necesitamos que crezca en nosotros/as esta compasión sanadora y vivificadora. Necesitamos una sensibilidad ecológica llena de piedad y de amor y un corazón atento para aprender con toda sencillez y humildad... Así pues, entremos en "la escuela de la misericordia" (San Isaac el Sirio, s. VII), para contemplar con un corazón compasivo, humilde y reconciliado, para dialogar, admirar, amar... Dejémonos abarcar por la gracia sin medida y también por la belleza sin término, fuentes de reconciliación y principio de un corazón nuevo.

Adentrémonos así también por las múltiples y sorprendentes "vías del Amor" en la búsqueda del que está ya presente, del que mora en nosotros/as, habita este mundo, lo sostiene con todo amor y lo llena de su belleza... Esta búsqueda que es ya, en cierta manera, encuentro.

Penetremos en la Tierra misma y sintamos ahí su Presencia que todo lo invade... Dios está ahí..., muchas veces oculto, pero está. A veces, lo percibimos sólo en la esperanza, pero está ya, y Él es ya -por fe y promesa lo sabemos y lo creemos-, el germen y la primi-

cia de la Nueva Creación, de la Nueva Humanidad, de la re-creación que, entre dolor, miseria, atropellos y pecado... -es cierto y sufrimos, en verdad, por ello-, pero también en gozo y esperanza, ya se está gestando... "ya está brotando, ¿no lo reconocéis?" (Is. 43, 19)... Está en promesa.

"No temas, suelo; alégrate, haz fiesta,  
porque Yahvéh hace grandezas"

(Joel, 2, 21)

Orar es también fortalecer la esperanza que viene de Dios. Es ahuyentar todo temor, "No hay temor en el amor" (1 Jn. 4, 18), y es "reconocer" y "hacer fiesta", en toda confianza.

Orar es dejarse iluminar, dejarse abarcar por Aquél que es luz de este mundo y quiere llenarnos de luz. Es aceptar *la* mirada que todo lo embellece, es acoger *la* luz que todo lo inunda y que todo vivifica; "Porque en Ti está la fuente viva y tu luz nos hace ver la luz" (Ps. 36, 10)... Es llenarse de luz y dejar que nuestro corazón se vaya iluminando y transformando.

Orar es alzar las manos y el corazón y alabar, bendecir y cantar al Señor de la vida... Dios Creador y renovador de todo.

Y así, reconociéndolo en todo, unámonos, desde dentro, al himno y a la alabanza que conjuntamente entonan todos los seres -múltiples pero en unidad profunda-, que pueblan esta Tierra, que son parte suya, utilizando las palabras y las imágenes del salmo:

"Cantad a Yahvéh un canto nuevo,  
cantad a Yahvéh, toda la Tierra;  
Cantad a Yahvéh, bendecid su nombre,

Anunciad su salvación día tras día.  
Contad a los pueblos su gloria,  
sus maravillas a todas las naciones

.....

Mas Yahvéh los cielos hizo;  
gloria y majestad están ante él,  
poder y fulgor en su santuario.

Familias de los pueblos, aclamad al Señor,  
aclamad la gloria y el poder del Señor.

.....  
Postraos ante el Señor en el atrio sagrado,  
¡Conmuévase ante Él toda la Tierra!

Decid a los pueblos: "El Señor es rey,  
él afianzó el orbe y no vacilará;  
él gobierna a los pueblos rectamente.

¡Alégrese los cielos y regocíjese la Tierra,  
retumbe el mar y cuanto lo llena;  
exulte el campo y cuanto en él existe,  
griten de júbilo todos los árboles del bosque,

Ante la faz de Yahvéh, que ya llega,  
¡ya llega a regir la Tierra!  
Él regirá el orbe con justicia  
y a los pueblos con fidelidad".  
Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu.....  
(Ps. 96, vv. 1-3, 5b-7, 9-14)

**"Y vio Dios todo lo que había hecho. Y era muy bueno"  
(Gen.1, 31)**

Los salmos y la oración precedente nos han situado en un clima anímico de reconocimiento y de alabanza; en un ambiente en el que es posible llegar a percibir, a "saber", saborear y celebrar la Gloria del Señor habitando el mundo, obra de sus manos: "Y vio Dios que todo lo que había hecho" –también la Tierra y cuanto la

habita– estaba bien, "y era muy bueno" (Gen. 1, 31). Hemos tratado también de adentrarnos en la Tierra, sintiéndonos en solidaridad profunda, percibiendo nuestra pertenencia íntima. Con ese trasfondo que es muy importante, ahora vamos a continuar, de otra forma pero con el mismo espíritu, tratando de entrar más en contenidos que nos ayuden a enriquecer el tema.

• "Nuestra dulce Madre Tierra"

La bondad de la Tierra ha sido universalmente reconocida y venerada. Simbólicamente significa el principio femenino, la Madre que da y toma vida; es símbolo y lugar de fecundidad y de regeneración en el que la vida se da sin límites... Lo femenino y la Naturaleza siempre han sido identificados. Ella es origen de toda vida, fuente del ser, el regazo materno; es protectora, alimento y sustentadora de todo ser viviente. Es lugar de asentamiento, de relación y de estabilidad; tiene que ver con la casa de todos los seres, el hogar cercano, pero también con el espacio lejano, envolvente, ilimitado y casi misterioso. El ser humano, aunque a veces inconsciente, depende de la Tierra, está totalmente ligado a Ella.

Así lo reconocen los pueblos mayas y tantos otros: "... Y sin embargo ella siempre nos espera, nos sigue dando vida, no nos termina, aunque no nos acordemos de ella, nunca nos abandona, es, verdaderamente, nuestra *Mamá*"... Por eso la respetan totalmente y cuando inician la siembra, celebran la siega, etc... se preparan espiritualmente con ayunos y oraciones; de igual forma, cuando tienen que hincarle el arado para la siembra, le piden perdón; y siempre la tocan, besan, la escuchan e invocan como: "nuestra dulce Madre Tierra" y es Ella la imagen viva del cuidado y de la maternidad de Dios...<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Cita de F. SUAZO, "Espiritualidad junto al pueblo maya", Cuadernos Verapaz, n. 12, p. 66.

En Mesopotamia o Egipto, entre los Celtas, los pueblos escandinavos o los griegos...<sup>9</sup> nos encontramos con expresiones muy semejantes, reconociendo una presencia religiosa en la Tierra e incluso identificándola con la divinidad misma:

“La Tierra, toda hermosa, se levanta a pecho descubierto,  
ella es el fundamento inmutable de todo.

La rubia Tierra planta en el mundo  
el Cielo estrellado, su igual,  
para que la cubra por todos lados,  
y convertirla en la eterna morada de los dioses inmortales”<sup>10</sup>.

O desde otra perspectiva, reconociendo también el poder creador de Dios, el libro hindú *Upanishad* dice: ...“La Tierra es la creación del Poder Supremo destinada al beneficio de todas sus criaturas”... Ahí el mismo libro se expresa reconociendo la divinidad de la Tierra: “diosa que da la vida y madre de todo”... Y tantos otros, porque expresiones como todas éstas están presentes en casi todas las mitologías y libros sagrados de la Tierra... En muchas de ellas aparece claramente como la divinidad femenina.

Ella es la “Gran matriz”, “la Gran Madre”, “el Útero sagrado” que concibe, da vida y cuida de todo...; tiene mucho de nodriza, de nutricia... Por eso -como decíamos anteriormente-, su simbología se identifica con lo femenino...

Y, a la vez, es el lugar a donde todo vuelve, porque Ella recibe a los muertos, a los que han tenido vida y, después, en la muerte, los recibe en su seno; en Ella reposan y sabemos que gozan de la Nueva Vida. Todo brota de la Tierra, todo retorna a Ella... Es cuna, regazo y, sin duda, otorga el sentido hondo de origen y de perte-

<sup>9</sup> Algo de bibliografía interesante: J. CHEVALIER/ A. GHEERBRANT, Diccionario de los símbolos, edit. Herder, Barcelona 1988. J.E. CIRLOT, Diccionario de Símbolos, Edic. Siruela, S.A. 1997. P. MURGA, Diccionarios Rioduero, símbolos, Madrid 1983. X. LEÓN-DUFOUR, Vocabulario de Teología Bíblica, Edit. Herder, Barcelona, 1965.

<sup>10</sup> M. HÉBRARD, *Feminité dans un nouvel âge de l'Humanité*, Paris, 1993, p. 19. Narración del Universo de Hesiodo, *Teogonía*, s. IX-VIII a.c.

nencia; pero, por eso mismo, también es lugar de enterramiento. Muerte, nacimiento, vida y también resurrección... Donante de vida, nutricia, pero a la vez, amenaza, muerte. Su simbología y su significado, como en casi todos los símbolos, es ambivalente.

Todo ello le da un enorme poder y en las sociedades matriarcales, el poder es casi absoluto. En este sentido, la mayoría de los pueblos y culturas de todos los tiempos han reconocido en Ella una dimensión sagrada, por lo tanto la han venerado y respetado siempre. La Tierra como la Madre de todo ser viviente, es la diosa fértil, símbolo de la regeneración, también misteriosa, y, así, ha sido sacralizada adquiriendo diversos nombres de diosas, en la mayor parte de las culturas del mundo. Es centro espiritual de la Humanidad.

Según la *Teogonía* de Hesiodo, Ella es “Gaia”, un ser vivo, que parió incluso al cielo (Urano), que luego debía cubrirla para dar nacimiento a todos los dioses. Los dioses imitaron esta primera hierogamia, luego los hombres y después los animales; al revelarse así la tierra como origen de toda vida, le fue dado el nombre de Gran Madre<sup>11</sup>. James Lovelock vuelve a retomar el nombre de Gaia percibiendo la Tierra como una unidad viviente en la que las cosas vivas, el aire, los océanos, las rocas... se combinan para formar una sola cosa que está viva. Muchos autores están de acuerdo en afirmar que fue preciso ver la Tierra desde el espacio para que tuviéramos la sensación de que se trataba de un planeta realmente vivo<sup>12</sup>. Las consecuencias de esta teoría desarrollada en la ciencia y en la conciencia, son enormes también para un planteamiento ecológico renovador. Pero no sólo para la ecología, la vida del espíritu también se ve muy afectada por ella.

Los alquimistas la han descrito como lugar de paz y de realización, centro de la vida y también la arena de los conflictos y de los deseos del ser humano. De la misma forma, Itaca, Shinran, Sión,

<sup>11</sup> J. CHEVALIER / A. GHEERBRANT, Diccionario, o.c.

<sup>12</sup> ANNE PRIMAVERSI, *Del Apocalipsis...* o.c. pp.34-36.

Jerusalén... son espacios y lugares simbólicos en donde se espera "la Tierra Nueva", lugar de plenitud para la Humanidad... En Ella, en la Tierra, la Humanidad entera de todos los tiempos y de todos los colores, se siente unificada, conexcionada. Verdaderamente, los seres humanos, desde los tiempos más antiguos, en todos los lugares, han sentido a la Tierra como Madre, protectora, lugar de encuentro para todos y, desde luego, también con lo divino y siempre como fuente de bendición:

"Que el corazón del Cielo y el corazón de la Tierra  
te bendigan por escuchar la voz de nuestra conciencia.  
Que tengas hijas e hijos.  
Que no encuentres desgracia ni infortunio.  
Que no te caigas en la bajada ni en la subida del camino.  
Que no encuentres obstáculos ni detrás ni delante,  
ni cosa que te golpee.  
Que tengas buenos caminos, hermosos caminos planos"  
(Saludo Maya)<sup>13</sup>

• "Te introdujo en su tierra y te la dio en herencia" (Dt., 4, 38).

Bíblicamente, la Tierra se entiende como don; es el lugar de la Promesa y del cumplimiento. Israel percibe la realización de las promesas precisamente en la conquista de Canaán, "la Tierra Prometida". El pueblo recibe la Tierra como herencia y don de Dios. Y desde ahí, reflexiona sobre la Creación y, como los demás pueblos de la Tierra, reconoce en Dios al Creador...

Los salmos son un lugar privilegiado de reconocimiento de Dios como Creador, de su señorío en la Tierra y, por lo tanto, lugar en el que se manifiesta su Gloria y así, espacio de adoración. Israel proclama la grandeza de Dios en su Creación, en la tierra, obra de sus manos:...

<sup>13</sup> De la revista latinoamericana "Con-spirando", n. 6, diciembre 1993, p.35.

"Del Señor es la tierra y cuanto hay en ella,  
el orbe y los que en él habitan"...

(Ps. 24, 1...) ...

"En sus manos están las honduras de la tierra  
y cuyas son las cumbres de los montes.  
Suyo el mar, pues él mismo lo hizo  
y la tierra firme sus manos formaron"...

(Ps. 95, 4...)

Pero es la experiencia de liberación realizada a través de la tierra, la salida del país de Egipto, marcha a través del desierto y la llegada a la Tierra Prometida -de la tierra de esclavitud al espacio de libertad-, la que marca definitivamente a Israel, y desde esa experiencia el Pueblo reflexiona, se entiende a sí mismo; comprende los avatares, su historia ... y entiende, desde Ella, al cosmos, al universo entero y también reconoce la acción creadora, salvífica y protectora de Dios, las maravillas que Él hace con su Pueblo, sus dones.... La Tierra le otorga el sentido de pertenencia y de posesión, como a los demás pueblos, pero Israel lo expresa de una forma original e insistente. Y desde ahí también, agradece y ora.

La tierra es signo de bendición, de reunión y de hermandad, es un don ... pero es también lugar de desolación, de prueba y de conversión... La tierra en sus múltiples formas, es un lugar simbólico y espacio de experiencia religiosa. Por ejemplo, el Señor conduce a su Pueblo al desierto para purificarle, para hablarle al corazón, así como para probarle; pero también para expresarle su predilección. Es lugar de castigo por la infidelidad del Pueblo:

"El Señor nos hizo subir de la tierra de Egipto, nos guió por el desierto, por la estepa y la palmera, por tierra seca y sombría, tierra por donde nadie pasa, y en la que nadie se asienta" (Jr. 2, 6).

Pero también en ella se muestra el signo de la fidelidad de Dios a su alianza:

"... Destilarán mosto los montes  
y todas las colinas se derretirán.

Entonces haré volver a los deportados  
de mi pueblo Israel;  
reconstruirán las ciudades devastadas, y habitarán en ellas,  
plantarán viñas y beberán su vino,  
harán huertas y comerán sus frutos.  
Yo los planté en el suelo  
y no serán arrancados nunca más  
del suelo que yo les di, dice Yahvéh tu Dios"

(Amós, 9, 14-15)

Los dones del suelo, la tierra fértil es expresión de bendición... El espacio es lugar de prueba y de regocijo... La tierra aparece "con vida", se alegra y se entristece: "emigró el alborozo de la tierra" (Is. 24, 11)..., "canta", "pregona" y "se conmueve"... Y Dios la llama "desolada" y "desposada" (cfr. Is. 62, 4). Es también lugar de encuentro y expresión de la fraternidad escatológica de todos los pueblos (Is. 60). Es camino para la Tierra Prometida, imagen de la Ciudad Celeste, de la Nueva Jerusalén y de la "Tierra Nueva"...

"El año sabático" (Lv. 25, 4) que Israel instaure tiene que ver con el respeto, amor y el principio de conservación de la Tierra. También estaba íntimamente relacionado con la justicia y la piedad: Cada siete años la tierra descansaba durante todo el año sin ser trabajada y, a la vez, se redimían las deudas de todos los habitantes... También según la ley (Lv. 25, 8), Israel celebraba el "año jubilar" - cada cincuenta años-, con el mismo sentido, y la tierra descansaba, pero además, los esclavos eran liberados, las tierras recuperadas y mejor repartidas, y se perdonaban todas las deudas. La propiedad de la tierra debía considerarse como don y bendición de Dios, y como expresión concreta de la pertenencia, en justicia, al Pueblo.

Así pues, la Tierra está siempre presente en la mente de Israel; es memoria del pasado perdido: el paraíso -el Edén-, y es también futuro abierto, promesa: Tierra Prometida, Ciudad Celeste. La tierra es lugar de exilio (Babilonia), pero es también la alegría del *retorno* después de la deportación; es camino, lugar de "éxodo", de

peregrinación, pero también de encuentro y de posesión. En ella experimenta Israel la conversión, el perdón, el amor, la salvación y la cercanía de Dios. Y así, siempre es esperanza:

"Propicio has sido, Señor, con tu tierra,  
has hecho volver a los cautivos de Jacob;  
has quitado la culpa de tu pueblo

.....  
¡Haznos volver, Dios de nuestra salvación,  
cese ya tu irritación contra nosotros!

.....  
Sí, cerca está su salvación para quienes le temen,  
y la Gloria morará en nuestra tierra.  
Amor y Lealtad se han dado cita,  
Justicia y Paz se abrazan;  
Lealtad brotará de la tierra,  
y de los cielos se asomará la Justicia.  
El mismo Yahvéh dará la dicha,  
y nuestra tierra su cosecha dará.  
Justicia marchará delante de él,  
y Paz sobre la huella de sus pasos.

(Ps. 85, 1-2, 5, 10-14)

De este modo, como en el salmo, es percibida y anunciada por los Profetas la plenitud de la Tierra, como el don de Dios derramado, como bienaventuranza surgiendo desde ella. La paz, la plenitud de la Tierra manifiesta la presencia del Señor, su Gloria: inmanente y transcendente. En el don de la Tierra, en su fertilidad generosa, se reconoce el don de Dios:

"Sucederá aquél día  
que los montes destilarán vino nuevo,  
y las colinas manarán leche;  
las cañadas de Judá irán llenas de agua;  
y una fuente manará de la Casa de Yahvéh  
que regará el valle de las Acacias.....

(Joel, 4, 18).

Es un don escatológico, futuro: “sucederá”, “destilarán”, “fluirán”... “brotará”....., pero comienza a darse ahora, siempre frágil, siempre amenazado. Promesa y don, esperanza y actualización. Siempre regalo y, ella misma, en generosidad, dadora de bienes. Pero es también un don presente que Israel recibe y lo reconoce como liberación de Egipto, de la esclavitud, del exilio... En esa liberación y en la entrega de la Tierra, está el don del Señor. Dios ama la Tierra, ama a su Pueblo y, en ese amor, en cierta forma, pueblo y tierra se identifican:

“No temas, suelo, jubila y regocíjate,  
porque el Señor hace grandezas.

(Joel, 2, 21)

¿Quién ha de evitar temer?, ¿en quién hace el Señor grandezas? Pueblo y Tierra se corresponden en una especie de identidad mística.

Lugar de la acción constante y plenificadora de Aquél que “todo lo hace nuevo” (Apoc. 21, 5). En ella, se manifestará la “Tierra Nueva”, “el nuevo Edén”, la nueva, segunda y definitiva Creación.

“Cuando haya consolado Yahvéh a Sión,  
haya consolado todas sus ruinas,  
y haya trocado el desierto en Edén  
y la estepa en Paraíso de Yahvéh,  
regocijo y alegría se encontrarán en ella,  
alabanza y son de canciones”.

(Is. 51, 3)

### **Infidelidad a Dios, infidelidad a la tierra**

- Contemplando esta tierra herida

El pecado contra la Tierra no es de hoy, aunque ahora lo sentimos de forma más aguda y brutal. Cuando la Humanidad peca, mancha la tierra. También el Pueblo de Israel fue infiel, ultrajó a Dios, opri-

mió a los pobres y así ensució la tierra, la maltrató e hizo de ella lugar de impureza y abominación. El pecado se manifiesta en ella de forma simbólica y real:

“Luego os traje a la tierra del vergel,  
para comer su fruto y sus bienes.  
Llegasteis y ensuciasteis mi tierra,  
y pusisteis mi heredad hecha una abominación”.

(Jer. 2, 7)

Pero la actualidad de este texto es indudable. Cada vez son más fuertes los gritos con los que la Naturaleza nos alerta. El deterioro progresivo del Planeta comienza a inquietarnos seriamente. La contaminación, desertización, la salinización de la Tierra y de las aguas, el crecimiento de los agujeros en la capa de ozono, el ‘efecto invernadero’, ‘la lluvia ácida’, ‘las mareas negras’, las desapariciones masivas de las especies animales y vegetales más diversas..., se han convertido en noticias tristemente ya familiares. Son síntomas de enfermedad y agotamiento terráqueo. La paciente Naturaleza está exhausta y comienza a mostrar su rostro dolorido y desgarrado por el dominio y la opresión humana, por esta civilización orgullosa del progreso y del bienestar logrado<sup>14</sup>. La estamos destrozando.

<sup>14</sup> La producción sobre “ecología” hoy es enorme. Citaremos algunas obras de interés general. M. FOX, *A spirituality named compassion and the healing of the global village, humoty dumpty and us*, Winston press, Minnesota, 1979. J. A. MERINO, *De la crisis ecológica a la paz con la naturaleza*, Claretianas, Madrid 1994; E. DREWERMANN, *Le progrès meurtrier*, Stock, 1993. J. MOLTMANN, *La justicia crea futuro. Política de paz y ética de la creación en un mundo amenazado*, Sal Terrae, Santander, 1992; R. PANIKKAR, *Ecosofía. Para una espiritualidad de la Tierra*, edit. San Pablo, Madrid, 1994; L. BOFF, *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. Edit. Trotta, Madrid, 1996. Y. BRANDLEY, *Dios es verde*, Sal Terrae, Santander, 1993. A. PRIMAVESI, *Del Apocalipsis al Génesis, Ecología, feminismo, cristianismo*, Herder, Barcelona, 1995. R. M. RADFORD RUETHER, *New woman, new eart: sexist ideologies and human liberation*, San Francisco, 1975. L.M. ARMENDÁRIZ, “Un pacto de supervivencia entre el hombre y la Tierra”, *Cuadernos de Teología Deusto*, Bilbao, 1995, n.1;



Se talan impunemente los bosques. Por ejemplo, sabemos que solamente cada suplemento dominical del New York Times consume un bosque de 74 hectáreas con la consiguiente repercusión en pérdida de oxígeno. Hace tan sólo 40 años, un 30% de la superficie de Etiopía estaba cubierta de selva; ahora abarca solamente el 1%, y el hambre crece. En Alemania, por ejemplo, para devolver los bosques de la cordillera Fichtel, hoy completamente destrozados, al estado que tuvieran sólo hace 60 años, serían necesarios diez millones de años. "Esto significa que, por nuestro estilo de vida, en menos de dos generaciones, hemos arruinado lo que en todo caso podrá crecer de nuevo -si lo hace-, en el tiempo de treinta mil generaciones<sup>15</sup>".

Nuestras fábricas, el transporte, la radioactividad, los gases nocivos crecen, y la temperatura terrestre también; el clima ha cambiado y los cálculos hacen prever un próximo aumento de 4°... ¿qué será del hielo de los casquetes polares que comienzan ya a resquebrajarse? Hace aproximadamente 20 años, leí -y me impresionó mucho-, que si continuaban talando la selva del Amazonas-reserva de oxígeno y de bienes para toda la tierra-, las repercusiones en el cambio climático influirían de tal forma que el deshielo polar sería de tal volumen, que sería suficiente como para inundar kilómetros de costa de todo el Globo, haciendo desaparecer ciudades sin número; que yo sepa, no sólo no se ha detenido la tala, sino que se ha incrementado. Las consecuencias están apareciendo.

Para mí es éste un ejemplo claro de cómo, cuando el ser humano no respeta las leyes del universo, no sólo se hace daño a sí mismo y al entorno más próximo, sino que destruye el equilibrio de la totalidad... Todo influye en todo, todo está relacionado con todo aunque haya muchos kilómetros por medio. El bien y el mal también inciden hasta físicamente en todo.

<sup>15</sup> FRANZ ALT, Jesús, el primer hombre nuevo, Edic. Almendro, Córdoba, 1993, p. 21.

Por desgracia, tenemos múltiples ejemplos de desolación y de destrucción... Las aguas subterráneas, acumuladas durante miles de años, están desapareciendo... Las especies animales y vegetales van desapareciendo vertiginosamente: hacia el año 1850 desaparecería una especie cada 10 años, aproximadamente; el número fue creciendo y hacia 1950 desaparecía una especie por año; hoy las víctimas son unas 10 especies al día y dentro de 2 o 3 años, cada hora tendremos una especie menos. La energía nuclear causa los estragos que todos y todas conocemos, porque no conseguimos utilizarla con sensatez. ¿Para qué seguir enumerando? Todo esto lo sabemos y resulta casi un tópico hablar de ello, aunque no estemos aún concientizados/as y continuemos despilfarrando y agrediendo continuamente a la Tierra.

Y lo peor de todo es que el deterioro influye directamente en el empobrecimiento de los seres humanos. África está esquilada y desertizada y sus habitantes famélicos: deberíamos sentir la mayor vergüenza y confusión. Como sabemos, hoy, el reparto de los bienes traspasa todos los límites de la justicia: el 80% de la riqueza se la reparte el 20% de la Humanidad, y a la inversa, para el 80% de los seres humanos, sólo queda un 20% de riqueza.... Todos y todas sabemos que el distanciamiento entre el Norte y Sur de la Tierra es cada vez más rápido e inaceptable... La pobreza crece en el Sur a una velocidad mayor que la de la riqueza del Norte, pero es su consecuencia. Todo esto lo sabemos de memoria, pero, ¿cuáles son los medios que ponemos para remediarlo?

Hay algo que influye poderosamente en el desequilibrio terrestre, y es el impacto humano. El asfalto oscuro cargado de problemas, hacinamiento, especulación del suelo, gritos y peleas..., la miseria tirada por las calles y las desaveniencias, los desgarrones y rupturas en las relaciones humanas... Las marginaciones, las exclusiones, los desajustes de todo tipo y el odio de los corazones... Tantas tragedias y dolores, tanta violencia de unos contra otros, de pueblos enteros... Todo esto repercute en la Creación. Pero igualmente,

cuando las personas sólo piensan en divertirse, gastar y consumir, están saqueando y ultrajando al Globo. Todo lo humano incide en la Tierra y la hiere profundamente. Esto tampoco pueden olvidarlo los ecologistas cuando protegen el Planeta.

Los problemas son increíbles, vienen por todos los frentes y no es momento de enumerarlos. No sabemos exactamente hacia dónde se conduce a la Tierra y a la Humanidad, pero la catástrofe es una amenaza constante. Porque, además, ¿habrá alimentos suficientes para mantener a la población mundial dentro de 50 años?... Esta pregunta, desgraciadamente, no proviene de la ciencia ficción. Estamos saqueando la Tierra y las heridas son cada vez más profundas.

Hubo un tiempo en el que el Globo parecía grande e ilimitado; hoy palpamos su pequeñez, su fragilidad y su limitación. La Tierra es vulnerable y de ninguna forma es una despensa sin fondo.

Seguimos en estado de alerta, en situación de emergencia. Las catástrofes ecológicas se multiplican. ¿Hasta cuándo podrá soportarlo el Globo? Se está produciendo un desequilibrio básico insostenible. Por desgracia, no es ninguna exageración decir que la supervivencia del Planeta está en peligro.

La imagen que me viene a la mente es el cuerpo vencido de una mujer violada y abatida.

Las enfermedades de nuestro tiempo comenzamos a verlas también como síntomas de la salud precaria de esta Tierra. Comenzamos -es sólo el comienzo- a experimentar su dolorosa fragilidad y a darnos cuenta de las repercusiones que esto tiene para la Humanidad, y a la inversa. Porque este estado de deterioro es auténticamente planetario e interrelacionado.

•“Como en dueños y poseedores de la naturaleza” (Descartes)..

No cabe duda de que hay múltiples causas que han ido gestando esta situación y es sumamente importante que insistamos una y otra vez en la pluralidad de las causas. Sin embargo, sabemos que

la ambición, el pecado, la violencia y la insaciabilidad del corazón humano hacen estragos; la pasión por el “siempre más” no ve límites y despoja impunemente al suelo de sus bienes, es cierto....

Pero, además, la visión del cosmos como algo jerarquizado, vertical y piramidal en la que el hombre varón, occidental, blanco, perteneciente a las culturas dominantes está en la cúspide, por encima de todos los seres creados, para dominarlos y apropiarse de ellos, está en la base de la problemática, y provoca divisiones irreparables entre la Humanidad y el resto de la Creación y dentro de la Humanidad misma. Porque desde esa pretendida superioridad, se justifica irresponsablemente el dominio incontrolado y la devastación más salvaje para el propio beneficio. Se convierte a la naturaleza en “esclava del hombre” y desde ahí se autoriza todo sometimiento, toda clase de atropellos y de explotación:

El sueño de un progreso romántico, no exento de orgullo y de egoísmo, pudo prescindir de la Tierra hasta humillarla: “Convertirnos como en dueños y poseedores de la naturaleza” (R. Descartes). O dicho de otra forma: debemos “subyugar a la naturaleza, presionarla para que nos entregue sus secretos, atarla a nuestro servicio y hacerla esclava nuestra” (F. Bacon). Este es un problema relacional.

Hoy palpamos las consecuencias. Porque, evidentemente, esta apropiación de la tierra, de la naturaleza, de los seres, animales y de los seres humanos... produce un desequilibrio básico y, no pocas veces, violento. Porque dominar es una forma inequívoca de apropiarse y de destruir.

La opinión de los ecologistas respecto a la causa más importante de esta situación es casi unánime y la sitúan en el antropocentrismo tecnocientífico y depredador<sup>16</sup>, pero además la atribuyen, con toda razón, al egoísmo y al desnivel en las relaciones humanas. El impacto humano -de todo tipo- en el equilibrio ecológico es indu-

<sup>16</sup> Cfr. los autores anteriormente citados.

dable. Una visión desarrollista del mundo que no encuentra los límites y no siempre controla los resultados, sumado a un estilo de vida consumista y despilfarrador están haciendo estragos.

Pero habría que añadir que el antropocentrismo, aquí, tiene unas características más profundas. La comprensión jerárquica y piramidal no escalona sólo los peldaños que distancian lo humano y "lo otro" -tierra, animales, plantas etc...- y promueve así su posesión y dominio; esto también, y a gran escala.

Además el escalafón afecta y clasifica a las personas y las separa brutalmente en clases sociales, cantidad de dinero y poder, en razas superiores e inferiores, pueblos más o menos desarrollados, más o menos respetables, culturas superiores e inferiores, religiones verdaderas y falsas, y un largo etcétera entre los que están de forma, quizás menos concientizada pero no menos demoledora, los sexos: uno por encima de otro, para beneficio de "uno". La "naturaleza inferior" de las mujeres, profundamente relacionada con la Tierra, con la naturaleza, está claramente subordinada y queda, como tal, bien presente en la conciencia y subconsciente patriarcal, "en estado de sujeción", en la inferioridad. Y como dicen Graciano y otros muchos, "el menor debe servir al mayor"... El varón occidental, por lo tanto, se constituye en "mayor", en centro y omnipotente "mediada de todas las cosas" y desde ahí controla el poder.

Harvey Cox lo expresa certeramente:

"Pienso que la destrucción de la naturaleza, lo mismo que la continuidad del dominio masculino, están, hoy en día, íntegramente ligados a un estado de ánimo igual, ansioso de lucro que nos priva de relaciones profundas y experiencias directas"<sup>17</sup>

Desgraciadamente 'el malestar de nuestra cultura', 'el malestar colectivo' e incluso, 'el malestar religioso de nuestra cultura'... no son slogans ingeniosos, ni títulos literariamente logrados, sino que

<sup>17</sup> H. COX, L'Appel de l'Orient, Seuil, Paris, 1979.

condensan una situación generalizada y planetaria que afecta a toda la Humanidad. "El malestar colectivo ocupa el puesto de lo que debería ser el bienestar colectivo. La biosfera se ha convertido en la tecnosfera, a menudo hostil al hombre"<sup>18</sup>.

El antropocentrismo adquiere así una connotación especial, esto es, el *androcentrismo*, en cuanto que adquiere claramente la cara masculina del dominio y del poder. No es casualidad el hecho de que, precisamente, la civilización, tradicionalmente identificada con lo masculino, acuse una desconexión acelerada con la naturaleza, con la tierra, identificada desde tiempos ancestrales con lo femenino, con la mujer, madre fértil. Esta ruptura es de capital importancia. No es casual esta violencia y esta desconexión.

- La crisis ecológica y cultural está implicando también la crisis del patriarcado

Tampoco es casual el hecho de que el tipo valores y de relaciones, de cuya falta la sociedad adolece, y el mundo actual más necesitado se ve, estén en consonancia con los atribuidos, secularmente, a las mujeres y con los de tipo "matriarcal": Cosmomorfismo, comunismo, intuición, pasividad, valores transpersonales, afectivos, religioso-familiares, comunicación, misericordia, piedad,... y, por el contrario, que los que imperen sean los adjudicados a lo masculino y patriarcal: antropocentrismo, individualismo, racionalismo, desarraigo, invulnerabilidad, actividad, secularidad, poder, autoridad, competitividad...

Algunos estudiosos, antropólogos, sociólogos e incluso algún teólogo<sup>19</sup> -todos ellos en muy pequeño número, es cierto- delatan ya las raíces y el hecho de que la sociedad patriarcal ha amenazado y "saqueado" el mundo ancestral y simbólico matriarcal, naturalista

<sup>18</sup> P. DUVIGNEU, La synthèse écologique, Paris, 1980, p. 331.

<sup>19</sup> Por ejemplo: Thompson, Pestolazza, Ortiz de Osés, Mayr, Boff...

y este hecho desemboca -según ellos- en un empobrecimiento básico y en lo que llaman "el malestar de nuestra cultura", porque tanto la agresión desde fuera como una represión desde dentro de esta estructura matriarcal-naturalista provoca en el cuerpo social, dentro y fuera, un perceptible malestar"<sup>20</sup>.

El *ecofeminismo* está trabajando profunda y fructíferamente este asunto. Delata abiertamente y examina los esquemas simbólicos, psicológicos, éticos, paradigmáticos... que se establecen de forma descompensatoria y destructiva entre los seres humanos, sexuados y de estos con la Creación entera, por supuesto con la Tierra, y contemplan sus consecuencias.

Esta descompensación se palpa en todas las esferas, pero quizás no es éste el lugar de detallarlo. Simplemente evidenciamos el hecho de la descompensación radical en el ser humano y por lo tanto en las relaciones. En terminología china, hablaríamos del desnivel entre el *Yang* (principio masculino) y el *Yin* (principio femenino). En la jünguiana, acusaríamos la misma descompensación, desconocimiento, la no integración e incomunicación entre el *animus* (masculino) y el *ánima* (femenino). En realidad se trata de una relación asimétrica, desigual, distorsionada entre los sexos, que empobrece lamentablemente a toda la Humanidad, porque en realidad ésta está así básicamente dañada, y cuyas consecuencias se acusan por todas partes. El *ánimus*, pero especialmente el *ánima*, lo femenino, está sufriendo en los hombres y en las mujeres, en la humanidad total, la está deteriorando y además afecta profundamente a las relaciones. Se acusa un desajuste generalizado, imparables, empobrecedor y devastador...

Comenzamos a despertar, pero muy lentamente. Las mujeres se han adelantado y la concientización en ellas es más fuerte. Y esto es justo, porque el sufrimiento, en ellas, es y ha sido un vigoroso acicate. El *ecofeminismo* cae en la cuenta de las implicaciones rela-

<sup>20</sup> ORTIZ DE OSÉS/ F.K. MAYR, *El matriarcado vasco*, Bilbao, 1981, p. 71.

cionales y sus repercusiones en la Tierra. La producción es muy amplia y necesaria.

Los varones, en general, aún no son conscientes, pero una minoría comienza a sentir la necesidad de un cambio y asoma lo que se ha venido a llamar *la crisis de la masculinidad*. Algo se está desmontando; los modelos tradicionales de virilidad delatan sus dificultades y se van quedando obsoletos. No todos los varones se sienten cómodos, atrapados en su imagen dominadora y competitiva y ahogando expresiones, sentimientos, emociones... totalmente legítimos, pero que temen sean tenidos como "femeninos". Eso empobrece al ser no sólo en la esfera afectiva y emocional, sino, prácticamente en todo. Existe una clara descompensación y un sufrimiento del *ánimus* y el *ánima* que se agudiza en los varones y esto no sólo distorsiona y empobrece las relaciones sino que oprime, ahoga y hiere las relaciones.

Empieza una penosa y necesaria desmitificación de la masculinidad, generalmente no acabada de formular abiertamente, que anuncia un final de era cultural y que debe abocar en la creación de unos modelos nuevos, tanto referentes a la masculinidad como a la femeneidad, es decir, a la Humanidad total y a sus relaciones. Debe comenzar por el re-conocimiento en la diferencia, y promover una reconciliación interior y exterior profunda, y unas relaciones igualitarias y reconciliadas.

Porque en realidad, algo está naciendo también entre los varones. Reinterpretar la masculinidad quiere decir también recuperarla, pero de otra manera, y hacer brotar de ella lo que estaba aprisionado y oculto.

Estamos apuntando hacia una Humanidad enriquecida psicológica y espiritualmente. La Humanidad entera y también la Tierra, el sistema ecológico tan presionado y deteriorado, están necesitando modelos nuevos y nuevas relaciones solidarias. Los trabajos ecológicos también lo ponen de manifiesto. Es necesaria una conversión

sión relacional profunda. Hemos de aprender a relacionarnos en solidaridad; reinterpretar a la persona humana plural, diferente, puede y debe ser un comienzo.

Una ética realista y universal reclaman un cambio básico, una conversión total de las relaciones ya muy deterioradas y empobrecidas como primer instrumento para la paz y la concordia en justicia. Hemos de aprender la solidaridad relacional como remedio fundamental.

Re-animar la Tierra, quiere decir también devolverle *el ánimo*, tan maltratada y deteriorada; viene a sugerir, algo así como una tarea de rescate que propicie una revitalización, un desarrollo distinto para que la Humanidad cambie y crezca espiritual y personalmente de manera nueva, cultive la interioridad y vigorice el amor, para que en definitiva, así se plenifique. De esta forma también cambiará la relación con el mundo, con la Tierra.

A nuestro mundo, culturas, estructuras, instituciones... –dicho de una forma simple y rápida– les falta ánimo y les sobran formas concretas de ánimos y, así, la totalidad está desequilibrada. Este desnivel fundamenta un tipo de relaciones injustas, excesivamente jerarquizadas, basadas en el poder, que relegan la dimensión femenina y el cuidado de la vida, absolutizando la viril. El caer en la cuenta de ello conduce al deseo de una transformación profunda y totalizante, y esto es absolutamente necesario para la curación del Planeta.

Cooper Thompson, varón, y muy sensible a estos problemas, enfocó también así la cuestión: “La supervivencia de nuestra sociedad puede radicar en el hecho de que seamos capaces de enseñar a los hombres –varones– a proteger la vida”<sup>21</sup>, y para ello, apunta a la necesidad de una nueva concepción de la masculini-

<sup>21</sup> C. THOMPSON, “Debemos rechazar la masculinidad tradicional” en AA.VV Ser Hombre, edit. Kairós, Madrid, 1993, pp. 28-38.

dad, a una conversión y profundización del ser humano, que, según afirma, sería esencial para la seguridad de los hombres y de las mujeres -ellas cargan doblemente con todas las opresiones-, así pues, en definitiva, se trata de la seguridad de la Tierra.

### “Jerusalén, Jerusalen, conviértete al Señor, tu Dios”

- Hacia una visión holística y una “conversión de costumbres”

Hay que captar la centralidad del problema y la necesidad de una nueva Humanidad, que sin embargo, viene propiciada por todas partes e incide en todo: el problema es global y las soluciones también debemos intuir las globalmente.

Hoy, podemos hablar de *ecodesarrollo*, *ecotecnología*, *ecopolítica*, *ecofeminismo*, “*ecosofía*”, *ecología humana*, *social y mental*, así como de una *ecología del espíritu o eco-espiritualidad*, es decir, se propone una visión ecológica desde cualquier ángulo del ser y de la existencia, porque todo está interrelacionado, sobre la tierra pesa todo y, por lo tanto, las soluciones han de venir coordinadas desde todos los espacios de la vida y desde todos los lugares del Planeta. Es una respuesta global..

La salud de nuestra Tierra no depende de uno ni de dos factores, depende del conjunto interrelacionado; la técnica, la ciencia están en juego, no cabe duda, igualmente lo están la vida cotidiana y las grandes decisiones, todo; pero reclamando también “un cambio radical en las convicciones y valores fundamentales, tan necesario como un cambio no menos radical en la actitud ante la vida y en la conducta” (J. Moltmann). Y ahí estamos emplazados todos y todas, porque pertenecemos a la misma Tierra y a la misma Humanidad que están inexorablemente ligadas, por mucho que la civilización, el llamado “progreso” y la avaricia humana hayan intentado la ruptura.

Se vislumbra la necesidad de un cambio espiritual y cultural que afecte profundamente las relaciones tan deterioradas y afecte a la comunicación humana... Necesitamos una profunda sanación que abarque a la existencia entera y que provenga desde todos los ángulos... Es fundamental una visión holística de los problemas humanos, terrestres, que incluye, por supuesto, la dimensión espiritual, la capacidad de interioridad en todas las cosas, la profundidad. Y quiero insistir en la necesidad de desarrollar la espiritualidad, una espiritualidad totalizante e inclusiva, como energía dinamizadora de nuestro crecimiento y de la vida de nuestro Planeta. No podemos prescindir de esta dimensión profunda y fundante de nuestro ser, si no queremos adiestrarnos únicamente en una técnica desprovista de alma y materialista, cuyos resultados no pueden ser en absoluto satisfactorios.

Tenemos una seria responsabilidad: ¿Cómo explicitar la necesidad de reconocer al Dios de la Vida, al Espíritu de Amor, de Sabiduría siempre actuante, en este proceso de evolución y transformación de la Humanidad?, ¿cómo no dejarle espacio en nuestras estructuras y en nuestras conciencias?... Nos urge su presencia. Un mundo que carece de Espíritu es un cadáver.

La panorámica de nuestro Mundo no es halagüeña, está profundamente herido; tampoco los problemas tienen sencilla solución, -son enormes y están por todas partes-, pero la última palabra no puede ser la desesperanza ni para nosotros/as ni para esta Tierra nuestra. Pero, sin duda, mantener la esperanza va a exigimos un precio y una búsqueda activa de soluciones.

A alguien le preguntaron en cierta ocasión: "¿Tiene remedio este mundo?, sí, lo tiene -respondió- y se llama *conversión*". Conversión interior, transformación de los corazones y cambio radical en la conducta, en el *estilo de vida*, en la manera de relacionarnos con la Tierra, con toda Ella y entre los seres humanos que pueblan esta Tierra, que afecte a todos y todas.

"Superpoblación en el Sur y superconsumo en el Norte son las caras de una misma moneda. Lo que se necesita no es una simple reducción de cifras de población en los países en vía de desarrollo sino *un cambio del estilo de vida en las dos partes*"<sup>22</sup>. Nuestro Planeta no puede soportar más nuestro despilfarro y está amenazado; es urgente que tratemos de poner remedio lo antes posible. Pero los habitantes de los lugares más pobres del este Mundo -nuestros hermanos, hijos del mismo Dios y de la misma Tierra- ya están muriendo de hambre, enfermos, o viviendo en unas condiciones inhumanas; las imágenes del Tercer Mundo deberían romper nuestro corazón de pena y de vergüenza. Aquí el remedio no puede esperar, tiene que llegar de inmediato y sólo puede realizarse si nos decidimos a cambiar de *estilo de vida* y de actitudes ante la vida, la Tierra y la Humanidad... Nuestra mente, nuestras costumbres -estilo de vida-, tienen que cambiar desde una transformación del corazón. Y este cambio debe implicarnos no sólo personalmente -eso también-, tampoco aisladamente, sino como humanidad solidaria y responsable; no desde una parcela, sino desde una comprensión holística de la vida y de la Creación.

Orar es hacer crecer la justicia, comprometerse solidariamente en el cambio de la humanidad, en construir este mundo en la equidad y el amor. Es cambiar el "corazón de piedra", por entrañas de misericordia, "corazón de carne".

Este cambio implica una conversión de la mente y del corazón que incida directamente en el estilo de vida. La "Conferencia del Maestro" quizás pueda ayudarnos a vislumbrar caminos y actitudes para ese cambio.

"La Conferencia que el Maestro iba a pronunciar sobre "la destrucción del mundo" había sido profusamente anunciada, y fue mucha gente la que acudió a los jardines del monasterio para escucharle.

<sup>22</sup> Folleto editado por la Iglesia Evangélica Alemana y traducida al español: "Cuántas personas puede sustentar la Tierra.", edit. PPC, Madrid, 1995.

La conferencia concluyó en menos de un minuto. Todo lo que el Maestro dijo fue:

Estas son las cosas que acabarán con la raza humana:

- La política sin principios
- El progreso sin compasión
- La riqueza sin esfuerzo
- La erudición sin silencio
- La religión sin riesgo
- Y el culto sin consciencia<sup>23</sup>.

Es decir, la vida sin profundidad ni responsabilidad.

- “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu” (Rom. 5, 5).

Cuando tratamos de descubrir la realidad, la violencia y las vejaciones a las que está sometida esta Tierra nuestra, cuando contemplamos las reales amenazas que le acechan y contemplamos sus heridas en ella misma y en la humanidad, cuando tratamos de desenmascarar sus tragedias... y también cuando descubrimos sus ritmos, cuando aprendemos de su paciencia, de sus dones, sus secretos y belleza, ciertamente puede y debe surgir un deseo de cambio que llamamos *conversión*; una conversión total: intelectual, moral y quisiéramos también que fuera una conversión religiosa.<sup>24</sup>

Los datos son claros, lo malo es que “nos lo sabemos de memoria” y no es tan seguro que los creamos con todas sus consecuencias, que nos empuje a clarificarnos mejor, a detectar con toda claridad la injusticia, a desvelar sus causas y evidenciar implacablemente la verdad en cualquier caso que ataque a la Tierra y a cuantos habitan en ella. No es bueno saber las cosas “de memoria” y acostumbrarse a ver las imágenes de dolor que nos ofrecen los medios

<sup>23</sup> A. de MELLO, ¿Quién puede hacer que amanezca?, Sal terrae, Santander, 1985.

<sup>24</sup> Ver este triple aspecto de la conversión en B. LONERGAN, Método en la Teología, Edic. Sígueme, Salamanca, 1988, especialmente pp 232 - 236...

de comunicación... Pero una *conversión intelectual* sería, nos conduce a ver, con la mente despierta y el corazón generoso, lo que es evidente. Esto puede y debe conducirnos, como ya hemos visto, a una *conversión moral* que nos empuje, sin miramientos, a cambiar nuestro *estilo de vida*, a alterar los comportamientos y las elecciones, en generosidad, compasión y justicia, tratando de evitar las incoherencias, poniendo manos a la obra –cueste lo que cueste– para detener, eficazmente, este geo-cidio y es esto lo único que puede salvar a esta Tierra totalmente amenazada.

Pero quisiera asomarme a una *conversión* más honda y gratuita: *la religiosa*. Las primeras páginas ya han podido ayudarnos a entrar “por las vías del amor, inauditas, como sabe bien quien las ha seguido”... Desde la Tierra, desde su dolor, esperanza y gozo, nos hemos ido adentrando en ellas para encontrarnos con el Dios Creador, con el Señor que la habita con ternura y la sostiene con amor inefable; Espíritu, energía vivificadora y principio de Nueva Creación que será consumada por el que es principio y final de todo, belleza infinita y amor sin límite.

*La conversión religiosa* consiste en ser dominado por el interés último. Es enamorarse de lo ultramundano<sup>25</sup>... y comprender por lo tanto lo mundano, pero de otra manera. Es dejarse abarcar por el misterio insondable de Dios, en amor y gratitud sin límites; es el don de la gracia entregada, personalizada, en libertad. Enamorarse, verdaderamente de Dios, con todo lo ello que implica. “Para los cristianos es el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones”, que inunda el mundo y por eso lo reconocemos en la Tierra y podemos contemplar su amor y su Gloria... Esta experiencia es la que marca profundamente a una persona, a un grupo, los dinamiza desde dentro; es la que trae “una paz que el mundo no puede dar”, desinstala y se empeña en su instauración. Así pues, “es la realización que produce frutos de amor en los otros, que se

<sup>25</sup> B. LONERGAN, ibidem.

esfuerzo, se compromete en instaurar el Reino de Dios en esta Tierra"<sup>26</sup>. Es la experiencia religiosa del Dios de la Vida y la Fuente de todo amor, profunda, encarnada, dinámica... Es la invitación a que, desde este encuentro y esa presencia, nuestra vida y nuestro mundo cambien. La Tierra puede y debe ser lugar de encuentro. Como decía el astronauta James Irwin contemplando la Tierra desde el espacio:

"... Aquel objeto vivo tan bello y tan caluroso parece frágil y delicado. El contemplarlo transforma a la persona, pues comienza a apreciar la creación de Dios y a descubrir su amor"<sup>27</sup>

Descubrir ese amor transforma. Hacerse conscientes de esta presencia activa y amorosa de Dios, dejarse coger y comprometerse con ella, realmente, cambia la existencia. El sentirse rodeado/a, abarcado/a, desde fuera y desde dentro, por el amor del Señor Creador y sustentador de vida, convierte el corazón, lo dinamiza en favor de la justicia, lo acerca a los más desposeídos, intenta la transformación de este mundo en el amor, lo libera de la angustia llenándolo de esperanza activa, de profundidad y de sentido. Esta es la experiencia de su "amor que ha sido derramado en nuestros corazones"... No es intimista, debe ser compartida, contagiada... Una Humanidad llena de ese amor, es una Humanidad transfigurada que llena de esplendor esta Tierra y la salva.

Teilhard de Chardin, en contexto diferente, pero al final, él mismo, dice:

"Pero si llegáramos a operar una conversión parecida, de nuestra mirada, entonces la Tierra, esta pobre Tierra humana, se cubriría de esplendor"<sup>28</sup>

<sup>26</sup> Ibidem.

<sup>27</sup> Citado por L. BOFF, *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. Edit. Trotta, Valladolid, 1996, p. 250.

<sup>28</sup> P. TEILHARD de CHARDIN, *La energía humana*, edit. Taurus, Madrid, 1967, p. 128. Evidentemente no se refiere al tipo de conversión que formula Lonergan, pero los efectos son los mismos.

La última palabra del creyente, sea cual sea su religión, no es el fracaso o la desesperanza. El dolor de la Tierra debe despertar nuestra conciencia y nuestro corazón, llenándolo de compasión y de la añoranza de este esplendor glorioso. El Dios Único la habita y la sostiene... La última palabra para el Cristiano está en la promesa de Jesús, luz que vino a iluminar este mundo, esperanza en el que todo será transformado y transfigurado, principio y final de toda la Creación. Sabemos, pero necesitamos una conversión honda, capaz de hacer visible el esplendor, el amor, al final, su luminosa Gloria, en esta pobre y maltratada Tierra nuestra.

¿Cómo hacerlo visible desde nuestro mundo hoy?, ¿Cómo decirlo en categorías comprensibles para nuestras culturas, técnicas y ciencia, hoy? Lo necesitamos, la Tierra lo necesita.

Orar con la Tierra quiere decir escucharla atentamente, oír lo que nos dice sobre Dios, sobre los otros, sobre ella misma... y estar dispuestos/as a transformarla con el mismo amor de Dios que nos ha sido dado. Él, que quiere hacer "todas las cosas nuevas" nos implica, desde el amor, en esta tarea solidaria de la re-construcción de la Tierra, en la salvación de este Planeta frágil pero lleno de su Gloria...

Orar con la Tierra quiere decir pedir un corazón solidario, compasivo, unos ojos cargados de esperanza, una mirada atenta, un ser lleno de amor. La desesperanza no es la última palabra.

El amor es la trama que lo va configurando todo: "Sólo el amor salva al mundo"; es la energía constructiva y vivificadora del mundo e incide absolutamente sobre esta Tierra nuestra. No se pierde ni una gota del amor; todo él, por pequeño que sea, es benéfico, sana, vigoriza, transfigura, influye decisivamente y acelera el paso hacia la plenitud anunciada. Por el amor, las relaciones, la vida y la tierra misma se transfiguran. Y "el amor ha sido derramado en nuestros corazones"... Corresponder y vivir de él, que siempre crece y se desarrolla, es *convertirse*. "Dios es amor", nos



ama con incomparable amor , Dios ama a la Tierra y a cuanto la habita... ¡dejémonos transformar por ese amor sin límite!.

“¡Que el lenguaje de los amantes, sea el lenguaje de la Tierra!” ... <sup>29</sup>

Para el pueblo de Israel, la visión de la Jerusalén celeste engloba a toda la Humanidad y representa a toda la Tierra. En ella ve cumplida la promesa y la reconciliación final. Es la promesa para toda la Tierra que, sabemos, será recapitulada en Cristo, principio y final, amor de toda la Creación.

“¡Levántate y resplandece, que ha llegado tu luz,  
y la gloria de Yahvéh sobre ti ha amanecido!  
Pues mira cómo la oscuridad cubre la tierra,  
y espesa nube a los pueblos,

mas sobre ti amanece Yahvéh  
y su gloria sobre ti aparece.  
Caminarán las naciones a tu luz,  
y los reyes al esplendor de tu alborada.

Alza los ojos en torno y mira:  
todos se reúnen y vienen a ti.  
Tus hijos vienen de lejos  
y tus hijas son llevadas en brazos.  
Tu entonces, al verlo, te pondrás radiante,  
se estremecerá y se ensanchará tu corazón

.....  
En vez de estar tu abandonada,  
aborrecida y desamparada,  
yo te convertiré en lozanía eterna,  
gozo de siglos y siglos

.....

<sup>29</sup> Así termina una de las canciones de Richard Strauss, no recuerdo exactamente cuál.

No será para ti ya nunca más el sol luz del día,  
ni el resplandor de la luna te alumbrará de noche,  
sino que tendrás a Yahvéh por luz eterna,  
y a tu Dios por hermosura.....

(Is. 60, vv 1-5a, 15, 19).

# El agua... hacia una oración solidaria

*Toty de Naverán*



Toty de Naverán. Licenciada en Psicología por la Universidad Autónoma de Madrid. Especialidad de "Psicología Clínica" por la Escuela de Psicología y Psicotecnia de la Universidad Complutense de Madrid. Desde 1985 ejerce la Profesión de Psicóloga Clínica en el ámbito de un Gabinete privado con especial dedicación al campo de las Psicoterapias de las Neurosis, Psicosis y Problemas Psicósomáticos. Autora de un libro de poemas ("Sobre otros tiempos") y coautora en dos Antologías Poéticas. Actualmente colabora con asiduidad publicando artículos en la "Revista de Medicina Tradicional".

## EL AGUA... HACIA UNA ORACIÓN SOLIDARIA

*Toty de Naverán*

### **Introducción: anhelo y convocatoria**

“Aquel día brotará un manantial en Jerusalén: la mitad fluirá hacia el mar oriental, la otra mitad hacia el mar occidental; lo mismo en verano que en invierno. El Señor será el rey de todo el mundo. Aquel día el Señor será único y su nombre único.” (Zac. 14,8-9)

HOY MÁS QUE NUNCA, A LAS PUERTAS DEL TERCER MILENIO, se hace necesario interrumpir la larga lista de reproches mutuos. Hoy más que nunca debemos hacernos eco de las postreras palabras del Cristo: cercana su muerte de cuya injusticia sabemos -por propia participación- un solo anhelo turba su alma y un solo sueño le enciende la mirada: “Que todos sean uno” (Jn 17,21).

Pero hoy, más que nunca, cada vez se hace más abismal la grieta con que nos condenamos a la separación insolidaria. Nos hemos acostumbrado a militar en alguno de los bandos de nuestras pobres dialécticas: ricos y pobres, hombres y mujeres, extremistas y conserva-

dores, izquierdas y derechas, creyentes y no creyentes, religiosos de distintas creencias, pacifistas y violentos... y un largo y aterrador etc. que cada vez más nos aleja de la súplica del Cristo.

Rogó por nuestra unidad y dos mil años después sólo podemos presentarle nuestra mezquina lucha repleta de fronteras alarman-tes. No somos "uno", no. Y de tanto no ser uno, hemos conseguido no ser ninguno. Hemos diluido nuestra propia identidad común de "seres creados a imagen y semejanza de Dios". De un Dios que, afortunadamente, habita más allá del límite que marcan nuestras empobrecidas vivencias de lo religioso.

De cara a ese Tercer Milenio es preciso rescatar la identidad, el "ser idénticos", el "ser uno" para poder entender el mensaje liberador de la Buena Nueva: "Paz a los hombres...". Paz al Hombre en cuanto género humano. Paz en sus días y en sus noches para que, al fin, pueda descansar en Paz.

Recuperar la identidad para actuar cada cual conforme a su tarea, cada cual conforme a su "talento". Cada cual adscrito al Designio del Cielo que aletea sobre él. Es tarea nuestra humedecer las entrañas sedientas por tanta violencia de pensamientos, acciones, palabras y sentimientos.

"Una esperanza guarda el árbol,  
si es cortado aún puede retoñar  
y en cuanto siente el agua reverdece." (Job 14,7)

Es tarea nuestra retomar el sentido del Pacto que Dios hizo con los hombres en tiempos de Noé: su Arco Iris impide una nueva destrucción, pero no nos garantiza que no seamos nosotros nuestros propios destructores:

Destruimos con la mirada esquiva.

Destruimos con la caricia forzada.

Destruimos con la falsa palabra y la enredadera de la envidia.

Destruimos con el pensamiento egoísta, con la acción oportunista,

con el sentimiento interesado. Aniquilamos la esperanza y, ¡cómo no!, la vida.

Por eso, hoy, más que nunca, me hago eco del texto de Zacarías y apuesto por ese manantial que unifique y acerque a todos los hombres y mujeres de bien y..., ¿por qué no?, de mal. A cuantos por encima de sus particulares creencias crean en la Nueva Jerusalén en su pleno sentido simbólico, crean en "un cielo nuevo y una tierra nueva" donde reine el único Señor cuyo nombre único quizá entonces nos sea revelado.

A todos estos hermanos y hermanas, cercanos y lejanos, hijos de un mismo Padre y Madre, les convoco a bucear en las cálidas aguas de la ORACIÓN SOLIDARIA:

A los hebreos porque en su sonrisa llevan la sorpresa de "aquello" que sólo se encuentra más allá del desierto...

A los musulmanes que, más que nadie, supieron rodearse del sonido del agua y su Dios lo es de Clemencia...

A los ortodoxos por tantos y tantos sonidos bizantinos...

A los cristianos por su único precepto redentor: el Amor...

A los hinduistas por sus infinitos aromas de infinito retorno...

A los budistas por el eco de su inconfundible gong tañido por alas de mariposa...

A los pueblos indígenas por su respeto a la Madre Tierra y su universal creencia en inmensas praderas de eternidad...

A todos porque entre todos daremos forma a esos cielos nuevos y a esa tierra nueva donde sea posible, por fin, vivir en Paz y Gracia de Dios.

Convoco a los creyentes a la unión en la diversidad, y a los no creyentes porque su trabajo solidario tiene, probablemente, más mérito que el nuestro.

Convoco, como fui convocada, a seguir creyendo en el "CAMINO DE LO SIEMPRE POSIBLE..." en la certeza de que estos ya largos tiempos de crisis desembocarán en una búsqueda fértil que renueve la vida.

“Lo que embellece al desierto es que esconde un pozo de agua en alguna parte.” (*El Principito*)

En el desierto de tanta mentira, de tanta violencia, de tanto acopio, es posible aún hoy, aún todavía, encontrar ese pozo de agua que vuelva a dignificar al hombre. Encontrar las profundas aguas que atestigüen los verdaderos cauces a través de los cuales la humanidad rescate su sentido solidario y verdaderamente ecuménico.

A las puertas del Tercer Milenio no es posible seguir contemplando cómo, en nombre de Dios, se asesina y tortura al semejante. No es posible resignarse ante un cada vez más incierto futuro humano.

Próximos al año dos mil, nuestro júbilo será bañarnos en las aguas fértiles de la solidaridad: ver brotar un manantial en Jerusalén, ciudad santa cuyo corazón se desgarró entre judíos, musulmanes y cristianos. Todos herederos de un tronco común, todos entretejidos por la columna de Abraham.

Por un lado los hijos de Isaac, unos convencidos de la naturaleza divina de Jesús... Otros, aún aguardando la llegada del Mesías... Por otro lado los hijos de Ismael, en cuyo corazón danza el Corán con sus siempre embriagadores primeros versos: “En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso”.

Ismael e Isaac, hijos ambos de Abraham, parecen -a través de sus descendientes- querer perpetuar la fratricida lucha de Caín y Abel. Ojalá el Gran Jubileo del año 2000 sea verdaderamente fraterno, sea verdaderamente Año de Gracia y el “Manantial de Jerusalén” restañe las heridas sangrantes de tanta enemistad sin sentido.

“...han profanado tu sagrado Templo;  
han hecho de Jerusalén un cúmulo de ruinas;  
han vertido su sangre como agua  
en torno a Jerusalén” (Sal. 79)

Es en el agua donde seguimos soñando la ORACIÓN SOLIDARIA. En ella deseamos, como el salmista:

“Desead la paz a Jerusalén:  
¡reine la paz dentro de tus muros,  
la prosperidad en tus palacios!  
Por amor a mis hermanos diré:  
¡La paz contigo!” (Sal 122)

SHALOM... SALAM... PAZ a los hombres y mujeres de todo el mundo porque los ama el Señor: a todos, porque para todos será el anuncio de Juan:

“Vi después un cielo nuevo y una tierra nueva; el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, y también el mar. Vi la ciudad santa, la Nueva Jerusalén. (...) Dios habita ahora entre los hombres. Secará todas las lágrimas y ya no habrá muerte ni llanto, ni lamento ni dolor. (...) No vi ningún santuario en la ciudad porque el Señor, Dios todopoderoso, y el Cordero son su santuario” (Ap. 21)

Ningún santuario discriminador porque habremos aprendido a orar desde el único Templo auténticamente universal: el corazón humano, Templo del Espíritu vivificador que nos alienta en un común camino de Amor y de Paz.

Camino que será sutura de desgarros, purificación de heridas infectadas, de enconos dolorosos. Camino de sanación y de consuelo.

“El Ángel me mostró un río limpio, de agua de vida, claro como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. A cada lado del río nacía el Árbol de la Vida, que da fruto cada mes y cuyas hojas sirven para sanar a las naciones” (Ap. 22)

Alimentados por el Árbol de Vida podremos inaugurar una nueva salud en las naciones donde:

“Ya no habrá judío ni no judío, ni esclavos ni libres, ni hombre ni mujer, pues seremos uno en Cristo Jesús”  
(Gál. 3,28)

Sanación rompedora de dialécticas duales y agresivas que se han ido formando a la sombra de nuestro propio pecado.

Por fin sosegaremos nuestra infinita sed en el Árbol de Vida y reconoceremos nuestro personal error de habernos cobijado en aquel otro del Bien y del Mal. Quisimos ser como dioses y sólo conseguimos alejarnos de la vivencia unitaria que nos mantenía en el suspiro de Dios.

Rotas las cadenas de la incompreensión. Restaurado el Paraíso humano después del largo peregrinaje que nos alejó del terrenal. Hermanos todos clamando al unísono:

A Ti, Señor del infinito Nombre.  
En Ti, Señor del Templo invisible.  
Hacia Ti, Señor del eterno lamento...  
Ya estamos todos.  
Unidos a través de un Arco Iris de creencias,  
unidos en un puente de rojos corazones.  
Ya estamos todos, Señor:  
Judíos, Musulmanes y Cristianos,  
Hinduistas, Budistas y Ortodoxos,  
Indígenas de todos los espacios.  
YA ESTAMOS TODOS en una sola voz de intemporales aromas y futuros.  
Todos, Señor, en un torrente eterno de aguas vivas.  
Juntos, Señor, al fin reunidos en un solo grito: ¡PAZ!  
En una sola voz: ¡HERMANO!  
Señor del misterioso Nombre...  
Todos reunidos, aguardando el milagro.

Porque es un tiempo de consuelo ante tanto dolor, porque se hace imprescindible la alegría y el ser purificados:

“Derramaré agua limpia sobre vosotros y quedaréis purificados.” (Ez. 36,25)

Porque sanados y reencontrados podemos adelantar un gozo de futuro:

“Sacaréis el agua con alegría de las fuentes de la salud.”  
(Is. 12,3)

Porque despierta la hora de remediar nuestro gran error:

“Me abandonaron a mí,  
fuente de agua viva,  
y se cavaron aljibes agrietados  
que no retienen el agua.” (Jr. 2,13)

El agua solidaria que hace fértil a toda la tierra sin distinción. Que se ofrece al sediento sin preguntas:

“Todos los que tengáis necesidad, acercaos al agua,  
aun los que no tenéis dinero.” (Is. 55,1)

Vueltos hacia Dios para nacer reconciliados:

“En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua y el espíritu no entrará en el Reino de los cielos.”  
(Jn. 3,5)

De una vez por todas solidariamente unidos para no tener más sed:

“Todo aquel que bebiere de esta agua,  
nunca más volverá a tener sed.  
El agua que yo le daré,  
brotará en su interior como un manantial  
que saltará hasta la vida eterna.” (Jn. 4,14)

El manantial del propio corazón que inaugura un nuevo tiempo donde se haga posible la Buena Nueva. Donde la disputa y el dog-

matismo no sean siembra de intolerancias y los diferentes credos no nos dividan, nos disocien y nos atormenten.

En su fertilidad, el agua se hace solidaria refrescando la antigua sed de todo pueblo, en plena sintonía de comunión (com-unión). Unificándonos a través de un vínculo de fe y conduciéndonos inevitablemente al "Amor que hace del hombre una eternidad de promesa cumplida".

Pero ese manantial de solidaridad se ve interrumpido y desviado por el tiempo de envidia en el que vivimos los hombres y mujeres de esta maltrecha humanidad. La envidia como máxima expresión de una turbadora ausencia de gozo fraterno, como una paralizante imposibilidad de alegrarse con el bien ajeno. La envidia, pecado capital, que nos aleja de la experiencia de la caridad. De la vivencia de amor en su singular vertiente de cruz y de luz: la Pasión como expresión suprema de sufrimiento y gozo. La Pasión como culminación de una entrega incondicional y verdaderamente solidaria:

"Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo." (Jn. 13,1)

Es la envidia la que genera ansias de poder y todo poder, antes o después, engendra violencia manifiesta o agazapada:

"¿De dónde nacen vuestras peleas y contiendas sino de vuestro afán? Codiciáis, asesináis y envidiáis (...) Lavaos las manos los pecadores y purificad las conciencias los indecisos." (Sant. 4)

Purificad... eliminando tanta prepotencia que sólo enjuicia y condena, discrimina y provoca marginación e injusticias.

"Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y todas las ciencias; aunque tuviera toda la fe del mundo y fuera capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada." (1 Cor. 13)

Porque sólo el amor nos hace generosos, y esa generosidad se convertirá en nueva estrella que nos encamine y guíe después de tanto errabundar.

Marchamos, a través del desierto, hacia la tierra prometida y el nuevo cielo. Allí, como andariegos de la esperanza, sembraremos un lugar común de extenso regadío donde se haga posible amar al prójimo como a uno mismo. Daremos cumplimiento al Mandato de la Vida.

Somos el eco de la primera Estrella de Belén que orientó a los Magos hasta la cuna de un nuevo despertar, de un nuevo amanecer. Somos su estela en medio de tanto horror y pesadillas. El tiritar de nuestro brillo, minúsculo pero inacabable, enciende lentamente una pequeña hoguera en pleno centro del desamor.

Somos los Magos del siglo XXI y son nuestras ofrendas el propio ofrecerse, el propio ofrendarse por amor, simplemente por amor. Hacia oriente orientamos nuestros pasos para ver el gran milagro de que el sol, efectivamente, salga un día para todos.

Oriente, su Tradición, conoce bien el simbolismo del agua:

"La Suprema Bondad es como el agua.  
El agua da vida a los diez mil seres  
sin hacer distinciones." (Tao Te King)

El agua, sin cuyo goteo sería impensable la vida, nos muestra siete acciones a modo de siete virtudes que nos permitan recuperar el resplandor del Arco Iris como signo de Alianza:

"Por eso la Suprema Bondad es tal que:  
Su lugar es adecuado.  
Su corazón es profundo.  
Su espíritu es generoso.  
Su palabra es veraz.  
Su gobierno es justo.  
Su trabajo es perfecto.  
Su acción es oportuna." (Tao Te King)

Siete cambios radicales, de raíz, que sean los precursores del tan anhelado manantial transparente y cristalino de un nuevo mundo. Siete oraciones que nos acerquen y nos humanicen durante esta larga espera de la Vida eterna.

### Características del agua

- Su Lugar es adecuado

Como adecuado es el hombre, varón y mujer, en la Creación.

Nos encontramos en el lugar preciso; en un pequeño, pero inmensamente bello, planeta azul llamado Tierra. Mecidos por los espiralados brazos de una, no menos bella, galaxia blanquecina. Acariciados por el calor de un sol que, en su larga agonía, nos sigue dando vida. Rodeados por más de un planeta en multicolor danza de embriagador sentido...

En la Tierra azul... por el inmenso cielo que la cobija y el misterioso mar que la baña. Como si los océanos fueran los espejos celestes que guardan todo un recuerdo de aquel primer instante:

“La tierra estaba desierta y sin nada, y las tinieblas cubrían los abismos mientras el Espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas.” (Gén. 1,2)

Y sintió Dios la necesidad de ser Dios. Y sintió que su profundo silencio de siglos le incitaba a crear por la Palabra... Y se hizo la luz para habitar los mundos... Y se hizo al hombre para que disfrutara en ellos...

Y vio Dios que “todo era bueno” y se retiró a descansar.

Pero nosotros pronto turbamos su descanso. Pronto nos dejamos engañar y, pronto, nos escondimos de Él alejándonos de nuestro “lugar adecuado”. Desde entonces, sufrimiento, enfermedad y muerte. Desde entonces, son nuestras lágrimas las herederas del

sentir de aquel primer océano. A través de ellas, de su sinceridad, aún podemos estremecernos (mecernos hasta el extremo) con el recuerdo vivo del aleteo de la misteriosa e infinita Fuerza de Amor que todavía hoy nos sigue cortejando.

Pero seguimos esquivos, rezagados. Nos flaquean las esperanzas de tanto no atrevernos a dar el salto definitivo que nos sumerja en infinitos océanos de amor.

Nos perdemos en tantos amoríos que llegamos a convencernos de que el amor no existe. Llegamos a olvidar que somos afluentes pequeños de grandes ríos que, al fin, desembocan -tras larga travesía- en un mar común. Quizá sea ésta la razón por la que “a-mar” nos resulte tan incómodo... Porque el amor lo cambia todo, lo embriaga todo, lo seduce todo. Porque es el único precepto para llegar al Único: “Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo”. Auténticamente solidarios en la diversidad. Verdaderamente llamados a una común meta desde todos los caminos conocidos y por conocer.

Sin límites porque estamos citados en la eternidad.

Sin fronteras porque habremos perdido las ansias de invadir lo ajeno que ya no nos será ajeno.

Convocados e invitados al adecuado lugar: el Paraíso perdido.

Aquí estamos, Señor,  
lejos aún pero con paso firme.  
Entre sollozos de alegría y pena.  
Herido el corazón pero la mano abierta.  
Aquí estamos,  
bañados en lágrimas eternas.  
Repletos de llanto y de dolor salados.  
Dispuestos a un bautismo que nos haga gritar,  
por fin, ser tuyos.  
Que nos haga exclamar, al fin,  
ser salvos.



- Su Corazón es profundo

¿Hay algún corazón que no lo sea?

¿Existe algo más universal que el rojo terciopelo del color de la sangre?

Roja en hombres y mujeres, en pobres y ricos, en esclavos y libres, en pacíficos y violentos... roja como un eterno fuego que nos "consume" sin "con-sumirnos", en la sublime certeza de "Todos diferentes. Todos uno".

¿Acaso no es la sangre el mejor río que inunda de vida todas nuestras entrañas? ¿Acaso no somos reivindicadores de aquello que es de "nuestra sangre"? y... ¿a cuál nos referimos?

¡Cuánto derramamiento estéril!

¡Cuánta muerte prematura!

¡Cuánta cultura de violencia y odios!

"O-Dios"...

No te arrepientas de habernos hecho humanos.

No lles cuenta de las atrocidades

que en tu Nombre, o apartados de él, hacemos...

No te canses, Señor, de esperarnos.

Esperar a que nos atrevamos a decir: ¡BASTA YA! ¡Comience de una vez el respeto a la vida como don sagrado!

"Ponte en pie Jerusalén,

tus hijos yacen desfallecidos en las encrucijadas,

ruina y destrucción, hambre y espada." (Is. 51,17)

¡Cuánta sangre inocente riega la tierra que habitamos!

Nos hemos convertido en destructores de la vida y la vida se tiñe de rojo como el más grande signo de la alerta.

No es posible continuar así. Al pasar de los años se nos preguntará por el dolor sembrado y el hambre repartida. Y se nos pedirá, desde hace siglos, ser "Limpios de corazón" para que -en sus

profundidades- el río de la vida pueda, nuevamente, alimentar la Vida.

"Acerquémonos con un corazón sincero, con plenitud de fe, con corazones limpios de todo lo que mancha la conciencia y con el cuerpo lavado con agua pura."  
(Heb. 10,22)

- Su Espíritu es generoso

Como generosa fue la promesa de enviarnos al Consolador. Como generoso, también, fue el nombrarnos Templo de ese Espíritu. Templo somos, pero cerrado, clausurado, en ruinas...

Más que Templo, hemos hecho de nosotros una cárcel para apresar al Espíritu que, enmudecido -más bien amordazado- espera el momento de reventar los silencios. Somos carceleros de nuestra propia esencia. Nos hemos acostumbrado a racionar la voz del Espíritu interrumpiendo su generoso cauce:

"La fuente de la sabiduría  
es un torrente desbordante." (Pr. 18,4)

Pensamos excesivamente, sentimos imperceptiblemente y actuamos... impropriamente. Y todo porque nos hemos encerrado en nosotros mismos olvidándonos de ser testimonio del Espíritu de Amor que nos mantiene vivos.

Nuestra ausencia de generosidad es la siembra del acopio que cada vez instaure mayores diferencias entre pobres y ricos, desheredados y privilegiados. Es nuestro acopio quien nos ciega frente a la llamada urgente de la solidaridad. Quien nos ensordece ante el grito desesperado y callado de los desabastecidos.

Es nuestra gula la que genera el hambre.

Nuestra lujuria la que engendra desamor y soledad.

Nuestra avaricia la causante de las miserias.

Nuestra envidia nos convierte en codiciosos alimentadores de insatisfacción.

Nuestra soberbia denigra al semejante y lo margina.

La ira que enciende nuestros ojos oscurece la vida y la tiñe de rojo. Y la pereza... nos justifica seguir pecando.

Empachados de tanto pecado capital, nuestro espíritu no puede ser generoso en la virtud y, como en un torbellino de espirales de muerte, seguimos alejados de un sentir solidario que instaure el buen reparto para todos los hijos de Dios. Cada uno de nosotros somos, personal e individualmente, los causantes del pecado del mundo... pero aún nos queda una esperanza:

“Una sola gota de virtud  
diluye todo un océano de maldad.”

Y esa gota de virtud es la primera lágrima que brote de la vergüenza de sabernos colaboradores activos del pecado. Esa íntima lágrima nos abrirá las puertas a la rectificación: rectificar nuestro torcido camino personal. Volver a establecer la línea recta ante el cielo y la acción de virtud ante los hombres y mujeres que cada vez, en mayor número, forman parte de las huestes de los desheredados de la tierra.

“Yo os rociaré con agua pura y os purificaré  
de todas vuestras manchas.  
Os daré un espíritu nuevo.” (Ez. 36,25)

Pero para recibir ese espíritu nuevo es preciso nuestro abandono de la pasividad. Necesitamos estar abiertos para decir: “SÍ, HÁGASE EN MÍ TU VOLUNTAD”. Para recibir ese espíritu nuevo se hace necesario “negarnos a nosotros mismos” como paso previo de reconciliación solidaria.

Negarnos, renunciar a nuestra propia libertad para dar cumplimiento al designio del cielo convirtiéndonos en peregrinos de amor que expanden, por toda la tierra, el mensaje solidario y libertador de la Buena Nueva.

“Hágase tu voluntad,  
oh mi Señor y maestro,  
hágase tu voluntad,  
oh propósito y aspiración mía.  
Oh esencia de mi ser,  
oh meta de mis anhelos,  
mi palabra, mi fin y mis actos.  
Oh todo de mi todo,  
mi oído y mi vista,  
mis átomos y mi esencia  
y la integridad de mi ser.” (Al-Hallay)

• Su Palabra es veraz

Inmensos ríos de comunicaciones... Internautas navegando por el mar de la información sin fronteras. Redes de alta transmisión. Tecnología punta...

Fibras ópticas veloces y satélites que conectan lo, hasta hace poco, inconectable. Correos electrónicos y un sin fin de aparatología que nos inunda con su falsa invitación de hacernos interactivos.

Nunca el ser humano ha tenido mayor acceso a la información, pero nunca ha estado más manipulado. Palabras y palabras y promesas. Declaraciones de principios, discursos programáticos e innumerables invitaciones a opinar por encima, incluso, del desconocimiento. Se nos insta a participar en grandes debates en los que se nos sesga la información con datos de corte partidista y algún que otro juicio de valor previamente adjudicado.

Nunca hubo tantos medios de comunicación con acceso tan inmediato, pero nunca el hombre estuvo más solo y engañado, nunca fue marioneta más perfecta de pésimos guiones de buenos y malos.

Y es que... nos sigue persiguiendo la tentación de ser “como dioses”: de saberlo todo, de juzgarlo todo, de castigarlo todo en aras de nuestra limitada, empobrecida e insolidaria verdad.

Quizá nos comuniquemos más y más veloces pero hemos olvidado el calor del diálogo y nuestras conversaciones más parecen monólogos que interés verdadero por conocer cómo piensa el otro, qué nos pide el otro, qué nos ofrece o qué grito desesperado nos susurra ante la tapia sellada del propio corazón.

No cabría esperar otra cosa, rompimos el diálogo con Dios y dialogar con el hermano se nos hace innecesario. Por eso dogmatizamos y nos pudrimos ante nuestra propia imagen diseñada y activada con mando a distancia; porque a distancia de nosotros mismos debemos estar para poder embaucar y dejarnos embaucar con tanta mentira devastadora. Debemos estar alejados de nosotros mismos para sentir tan lejos al semejante. Tan lejos... que nos resulta indiferente su destino.

Aún seguimos creyendo la gran mentira: ser los mejores, los buenos, los inocentes, los capaces de enjuiciar, los únicos redimidos. Y esa gran mentira nos ha envalentonado tanto que desde hace tiempo, quizá demasiado, nos hemos atrevido a "lanzar la primera piedra" y, piedra sobre piedra, estamos construyendo un patético mausoleo humano.

Hasta la Solidaridad se ha manipulado de tal forma que también se ha convertido en algo lamentablemente partidista. Ha perdido su universalidad y ha quedado reducida a un triste eslogan sometido a oscuros intereses económicos y políticos. No importa el ser humano, pero su causa puede manipularse en interés propio.

Oh Señor de la historia,  
Tú que nos has legado palabras de vida eterna  
fuérganos a despertar.  
Enmudece nuestra mentira cotidiana y,  
a pesar de nosotros,  
pon en evidencia el disfraz de nuestras palabras.  
El chantaje de nuestras palabras,  
la manipulación de las palabras.

Mi personal falta de palabra.  
Mi personal falta de honor.  
Mi ausencia de virtud.

Oh Señor,  
que sean mis palabras un vivo testimonio  
y que, a través de ellas, puedan todos  
llegar a saciar su sed en las aguas fértiles  
de la Promesa Eterna.

Porque hay una promesa en cada decir cuando lo que decimos transmite verazmente nuestra certeza de ser todos imagen y semejanza del Creador.

Hay una promesa esperando abrirse paso entre tanta mentira que hemos almacenado:

"La verdad os hará libres." (Jn. 8,32)

Sólo la libertad nacida de la veracidad del corazón es testigo fiel del regalo que Dios nos hizo: ser libres.

"De la abundancia del corazón hablan los labios."

De esa abundancia que nada guarda para sí nace la palabra veraz que nos ilumina entre tanta mentira cotidiana. Abundancia que nos contagia a ser arroyos saltarines de transporte hacia la Vida Eterna.

La mentira oculta nuestra autenticidad de seres libres creados por el Aliento de Amor que aún hoy sigue planeando sobre los oscuros océanos del incumplimiento humano.

"Lavaos, dejad de hacer el mal  
y aprended a hacer el bien." (Is. 1,16)

Hacer el bien quizá sólo consista en reivindicar, al margen de toda manipulación, el verdadero (de verdad) sentido de las palabras Libertad, Solidaridad. Tal vez nos sea costoso, pero algún coste tendremos que pagar por haber contaminado tan reiteradamente las aguas de la vida.

Poco precio para tan grande daño, poco... porque inmenso es el perdón del único Dios que acoge en su corazón todos los nombres con los que es nombrado.

- Su Gobierno es justo

Para todos los gustos: Gobiernos de izquierdas, de derechas, de centro... Democracias, dictaduras. Gobiernos confesionales y aconfesionales... De todo para todos como en el mejor mercado de ocasión. Cada país con su gobierno más o menos estable, pero el mundo, en general, sediento de justicia social.

Una y otra vez se nos enumeran los logros en materia de bienestar y de prestaciones sociales, pero poco se nos habla de los mendigos, los huérfanos, las mujeres maltratadas, los "sin techo", los marginados, los que pasan hambre y sed, los "nuevos pobres" cuyas casas les son arrebatadas al no poder pagar la amortización correspondiente.

Nada se nos dice de la búsqueda incansable del imposible empleo bajo la espada, pendiente de un hilo, del paro que se termina. Nada de la eufemísticamente llamada tercera edad, esa edad que vive con pensiones míseras y a los que se quiere quitar, incluso, su derecho a seguir viviendo.

Nada se nos cuenta de la amarga realidad de tanto joven cuyo primer empleo es poco más que un milagro. Nada de tanto adolescente obligado a prostituirse o a mendigar.

¿Qué gobierno, en todo el mundo, se hace cargo de ellos? ¿Conocemos algún programa electoral que dedique un apartado a los mendigos, los aterrorizados, los que no ven futuro ni esperanza, los desahuciados, los indigentes, los que alguna vez tuvieron un sueño? ¿Algún gobierno ha apostado por devolverles la dignidad y la ilusión?

Se nos hace sordos y ciegos a las realidades sociales y se nos compensa con promesas electoralistas que nunca nadie cumple. Los más desheredados piden justicia... nosotros, debates parlamentarios.

Parece oportuno empezar a distinguir lo justo de lo vengativo. La justicia debería ser el servicio del justo. La venganza sabemos lo que es: odio generador de heridas insuperables y de miedos.

Así nos tienen gobernados; de una forma más o menos manifiesta se nos inculca el miedo y se nos impide olvidar, perpetuando un odio sin sentido de incalculable alcance. Sin ir más lejos, en este país, una y otra vez se nos machaca con recuerdos de la guerra civil bajo pretexto de absurdas conmemoraciones. No se consigue sino ahondar, aún más, la herida entre vencedores y vencidos y legarla, en herencia, a nuestros descendientes... Hasta que el odio se hace tan insoportable que alguien decide "tomarse la justicia por su mano" y salvar a la patria, a la familia, el trabajo... ¿Quién sabe qué? Y tras nuevas confrontaciones sangrientas, más dolor, más odio y más terror.

Justicia se pide, pero no podemos olvidar que la justicia debe caminar siempre del brazo de la misericordia. No debemos ceñirla al castigo, al juicio, a la cárcel, a la injustificable ejecución sea de estado o de terrorismo. No tenemos el derecho a disponer sobre la vida humana de nacidos o no nacidos. Justicia no es condena. Deriva de la palabra Ley y debiéramos saber que poco podemos los humanos, alejados de la Ley de Dios que sí contempla ser misericordiosa, es decir, de corazón compasivo.

Así vista, la justicia ("Ley misericordiosa de corazón compasivo") se nos plantea un gran debate en los gobiernos y en nuestra activa participación en ellos. Nos preguntamos:

¿Nos conmueve tanta miseria mundial?

Con-movernos: ¿Con quién nos movemos o de espaldas a quién permanecemos sentados y "a salvo"?

¿Sentimos compasión ante tantos destinatarios inocentes del hambre, la guerra, las catástrofes?

Com-pasión: ¿hacemos de sus ojos resignados un Pacto de amor?

¿Acompañamos su lenta agonía?

¿Nos atrevemos a mirarles a la cara?

Nosotros, que sí gozamos de un estado de bienestar, que sí somos los privilegiados sin méritos propios, no podemos justificar nuestra cultura del ocio en función de las muchas horas de jornada laboral que nos permiten vivir a través de un salario, y concedernos más de un agradable "premio" (cines, teatros, restaurantes, vacaciones...).

No podemos justificar, que no disfrutar, nuestra cultura de ocio mientras no se reinstaure la Cultura de la Vida para todos... sin distinción.

¡¡Los niños que viven de recoger restos de comida en los vertederos de Brasil trabajan muchas más horas que nosotros, pero ni aun así consiguen malvivir!!

650 millones de niños en todo el planeta (son cifras oficiales) viven en la más absoluta pobreza. ¿Cómo es posible que con tanto gobierno para todos los gustos la cifra haya llegado a ser tan escalofriante?

¿Qué sentido tiene querer colonizar el universo y proyectar bases espaciales teniendo tan enorme deuda con la miseria?

¿Hasta dónde es cierto que nos importa y nos preocupa el bienestar del semejante?

Somos los que tiramos a la basura nuestros abundantes restos de comida. Después, serán los otros los que rebusquen en los vertederos de las grandes ciudades. Así habremos cumplido malalimentándolos un día más... de sufrimiento y de hambre.

Justicia... ¿de qué hablamos?

¿Algún gobierno, verdaderamente, se ha ocupado de los desheredados? Poco le habríamos dejado gobernar. No estamos dispuestos a renunciar a tanto privilegio, no estamos dispuestos a compartir y, menos aún, a dar.

"Misericordia quiero y no sacrificios." (Mt. 9,13)

Con tanto creyente y tantas religiones, ¿cómo es aún posible el hambre?

Misericordia más que justicia hace falta en los gobiernos y en cada uno de nuestros adormecidos corazones, para que podamos estar todos justamente alimentados:

"Le alimentará con el pan de la inteligencia y le dará de beber el agua de la sabiduría." (Eclo. 15,3)

Inteligencia y sabiduría para retomar la Ley de Dios al margen de la cual la justicia es escasamente misericordiosa. Inteligencia y sabiduría para hacer realidad la justicia social como plena expansión de la SOLIDARIDAD que nos encamine a la Nueva Jerusalén donde:

"Ya no tendrán hambre ni sed;  
ya no les quemará el sol ni bochorno alguno;  
porque Dios los cuidará y los guiará  
a manantiales de aguas de vida,  
y Dios secará toda lágrima de sus ojos." (Ap. 7,16)

A través de esas aguas de vida poder escuchar el eco de la esperanza del Cristo:

"Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me distéis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme..." (Mt 25,35)

Un gobierno justo donde:

los hambrientos se sacien sin necesidad de limosnas,  
los sedientos refresquen todas sus sequedades... de tantas cosas,

los emigrantes no se sientan marginados como ciudadanos de segunda,  
 los "sin techo" disfruten de un hogar confortable,  
 los enfermos reciban el tratamiento necesario y todo él con ternura,  
 los encarcelados comiencen a sentir que es posible empezar de nuevo.

Un Gobierno Justo que, por primera vez, lo sea de servicio. Y unos ciudadanos justos que aceptemos ser custodios de la esperanza de hoy... la realidad del mañana.

Cooperantes reales de esa Nueva Jerusalén que nos está esperando... a todos.

Señor de la noche y los lamentos,  
 No permitas que la amargura de los hombres me sea extraña  
 Que el dolor de los hombres me sea ajeno.  
 Que la miseria humana me sea indiferente.  
 Que el consuelo me resulte fatigoso.

No permitas que reseque la esperanza y  
 haga de la justicia un río seco.

Señor de la noche y los lamentos,  
 no permitas que mi derroche  
 los siga desnutriendo.  
 Que mi violencia les llame a la venganza.  
 Que mi desinterés les haga sospechar  
 que tú no existes.  
 Que mi codicia los mantenga sedientos.

- Su Trabajo es perfecto

Hemos apostado por una insana perfección que nos arrastra a ser los mejores como garantía de seguridad tanto en los terrenos afectivos como en los laborales. Es, quizá, esa necesidad de seguridad la que nos lleva a sentirnos cada vez más indefensos.

La vivencia de la confianza, como sostén de nuestra existencia, se ha visto arrinconada por una creciente sensación de necesitar tenerlo todo asegurado. Los seguros, incluido el más absurdo: el de vida, nos han invadido hasta hacernos falsamente creer que somos inmunes a las desgracias.

De ser una penosa carga, el trabajo ha pasado a convertirse en un elemento de poder generador de grandes privilegios y, en consecuencia, de grandes diferencias. El ritmo acelerado que le hemos impuesto al mundo ha distraído nuestra capacidad de vivir en capacidad de trabajar: cada vez se labora más y más y cada vez se tiene menos tiempo para disfrutar del fruto de ese trabajo.

La competitividad, forma enmascarada de la violencia, nos rodea en todos los ámbitos laborales obligándonos a competir por un mejor o primer puesto que rara vez consigue hacernos más felices. Pero con ese "ascenso" obtenemos mejores salarios y reconocimientos que nos "aseguran" estar bien situados... Pero también adquirimos el temor a perderlo todo y, con ello, nuestra falsa seguridad.

Es ese temor el que nos induce a ser insolidarios en la defensa a ultranza de nuestra posición y en la creencia de que nosotros la merecemos más que nadie. Muchas veces, esta misma defensa nos cuesta el puesto, o la vida, o la alegría, o la tranquilidad. Nos comportamos como quien defiende un fuerte de no se sabe bien qué ataque y por ello nos sentimos aún más llamados a competir.

Preferimos, porque es una opción personal, ser competitivos a competentes y es aquí, precisamente, donde estriba la diferencia que hace del trabajo algo perfecto:

Ser competente es realizar aquello que a uno le compete.

¿Para qué competir?

Pero a lo largo de la historia, los hombres y mujeres hemos olvidado aquello que verdaderamente es de nuestra competencia lanzán-

donos a la invasión de las competencias del otro: nuestra única salida... competir y ser competitivos aun a costa del propio bienestar. Alimentamos una alarma permanente (el famoso estrés) con justificada razón: al invadir lo ajeno nos convertimos en un "ladrón que sólo vive para la cosa robada". Alarma y competición hasta caer exhaustos.

El trabajo perfecto es aquel que me compete, y si a mí me compete, nadie puede porfiar por él. No necesito entrar en la dinámica de lo competitivo, pero sí necesito volver a paladear la confianza plena en que el cielo, que me encomendó una tarea, no puede dejar de proveerme de lo necesario e imprescindible para poderla llevar hasta su cumplimiento. Hablamos de la experiencia de lo Providencial.

Cuando compito pretendo ganar y cuando gano... no puedo sino impedir, a cualquier coste, que los demás me disputen el puesto.

No se trata de confrontar tareas sino de armonizarlas y dotarlas de salarios justos que permitan al ser humano recuperar su dignidad de vida. Ninguna labor es más importante que otra, todas son complementarias y necesarias.

Mientras no renunciemos a hipotecar nuestra vida a cambio de prestigio social, no generaremos sino un mundo de intensa competencia desleal cada vez más acrecentadora de enormes desigualdades que serán la herencia para las generaciones futuras.

La competitividad ha llegado incluso a socavar las deseables diferencias entre el hombre y la mujer hasta quedar, ambos, enzarzados en una lucha sin sentido donde cada cual usurpa la peculiaridad del otro bajo sospechosas dialécticas de feminismos-machismos. Pero que nadie se llame a engaño, nada tiene esto que ver con la necesaria igualdad de los sexos. Hablamos de igualdad, no de uniformidad, que es la mayor de las injusticias.

En la Nueva Jerusalén, que está siendo ya gestada, habrán de reivindicarse las diferencias necesarias que hagan posible los frutos

de un diálogo fecundo. Tan fecundo como el agua que, en su recorrido, todo lo hace reverdecer y rebrotar y es, en su pura esencia, una auténtica esperanza de futuro:

"Yo hago correr los ríos sobre los montes desnudos,  
manantiales en los valles:  
convertiré el desierto en lagunas,  
la tierra árida en hontanar de aguas." (Is. 41,18)

Demasiado tiempo de competencia sin límites, de extremismos sin sentido. Demasiado trabajo infructuoso. Demasiada esclavitud para perpetuar lo imperpetuable: el poder económico como garantía de seguridad a costa de los más débiles.

Demasiada usura hasta que el hombre, varón y mujer, desemboca en el más temible de los desiertos: el de la soledad. Cada cual en sí mismo (ensimismado), contando sus monedas y olvidando sus talentos, acrecienta el temor a perder sus seguridades deshumanizándose hasta el extremo de sentirse profundamente solo:

"Pues yo voy a realizar una cosa nueva,  
¿no la notan?  
Sí, voy a trazar una ruta en las soledades.  
Me felicitarán,  
porque le daré agua al desierto.  
Sí, habrá ríos en esos lugares  
para dar de beber a mi pueblo." (Is. 43,19-20)

Una ruta en las soledades... que abra el camino hacia la Tierra Nueva donde, por fin, sepamos complementarnos sin ser gestadores de esclavitudes y violencias, sean éstas de estado, de ideología o de territorio doméstico.

Una ruta en las soledades... para que nunca más el hombre y la mujer se sientan solos y deshabitados.

Una ruta en las soledades... la ruta del agua, verdadera custodia de la esperanza, que todo lo recorre con un fervor incansable.

Señor de las labores y labranzas:  
 Permíteme que descanse "mi hacer" en Tu regazo...  
 pues la jornada es larga y no espero salario  
 si no es el soñar juntos.

Señor del infinito gemido del insomne:  
 Sea mi vida ofrenda de entrega a la heredad  
 que Tú me has asignado.

Llegará un día, mi Dios, no desfallezcas,  
 en que el trabajo nos haga solidarios.  
 En que los pueblos, todos, se respeten y  
 limpien sus pesares en el Gran Manantial de Tu costado.

Señor del regadío intenso de las horas:  
 Permite que hoy descanse "mi hacer" en Tu regazo.  
 Mañana, nuevamente, saldremos a regar...  
 los resecaos campos.

- Su Acción es oportuna

Todo parece indicar que las acciones humanas tienden, en su inmensa mayoría, hacia un oportunismo que desvela el ansia desmedida por obtener mayores parcelas de poder. Se hace necesario, por tanto, definir adecuadamente la naturaleza de tales acciones: oportuno: "Que sucede cuando conviene". oportunismo: "Aprovechar al máximo las circunstancias para conseguir el mayor beneficio posible, sin tener en cuenta principios ni convicciones".

Deberían bastarnos estas sucintas definiciones para darnos cuenta del profundo cambio que debemos acometer en nuestra acción cotidiana.

Vuelve a hacerse presente la lejanía que el alma humana tiene del Principio y sigue resonando en nuestros oídos la necesidad de purificar nuestras convicciones y sanearlas de tantos intereses de los que se han ido poblando.

La acción oportuna es aquella que "sucede cuando conviene". No cuando me conviene. No cuando me interesa. Sucede adecuada en el tiempo y en el espacio para bien de la Comunidad. Y comunidad somos todos porque cada uno es parte imprescindible de un "hacer común" que traiga la paz a este mundo maltrecho.

La acción oportuna es verdaderamente solidaria por su generosidad ausente de segundas intenciones. Es una acción que provoca reacciones esperanzadoras, siembra futuros alentadores y nos hace vivir en la realidad incuestionable de ser todos imagen y semejanza del Creador. Todos hermanos. Todos uno en la diversidad de los dones.

Parece que nos hemos distanciado del don de la oportunidad y que esta palabra ha quedado relegada a un sinsabor que persevera en su error. Cada uno de los seres humanos tenemos en nuestra vida situaciones inaplazables, y lamentablemente pendientes, en las que la acción debería ser contundente, que no violenta, sobre todo en nuestra decidida y decisiva resistencia al mal. Aquí alimenta sus raíces la acción oportuna, en su incansable alejamiento del mal. Es aquí donde se refresca con un agua auténticamente bautismal en un sentido de purificación siempre renovada:

"Habrà una fuente para el pecado y la mancha."  
 (Zac. 13,1)

Lavar la mancha que se extiende a través de las reacciones provocadas por nuestra inadecuada acción oportunista. Lavar las consecuencias de nuestro pertinaz error por medio de una rectificación oportuna que no pierda tiempo en inútiles remordimientos que quizá sólo consistan en volver a morder la misma mentira (remordimientos).

Lavar la mancha adoptando la acción correcta que nos encamine, nuevamente, al manantial de la sonrisa de Dios para poder exclamar:

"Lávame y quedaré más blanco que la nieve." (Sal. 51)



Para ello debo rendir mis ansias y aban... donarme en la ternura inacabable de todo un Dios que es fundamentalmente Madre. Darle a Él y encomendarle mi acción diaria, de cada día, en la certeza sosegada de depositarla en buenas manos...

Te pido Señor que acojas mi cotidiano afán y que, aunque me resista, lo bañes de tu gracia.

Te pido que me inundes de esperanza y de fuerza para poder fructificar mi escasa acción.

Te pido y Te pido...

Pero hoy también Te doy mi "SÍ" más temeroso porque sé que con él, serás Tú quien actúe a través de mis manos.

¡Sí, Señor! ¡Mi Señor! ¡Mi dulce sueño!

¡Mi eterno seductor de corazones!

### La oración del agua: alianza solidaria

Aquel manantial de la Nueva Jerusalén con el que iniciábamos este recorrido por cauces solidarios ha ido depositando, estancia a estancia, en cada una de las características del agua la gota más transparente del milagro redentor. La quintaesencia con la que cada cual puede y debe elaborar su personal Oración de Alianza Solidaria. Siete estancias recorridas, siete encuentros, siete compromisos que no son sino uno solo:

"Derrama tu corazón como agua ante la faz de Yahvé."

(Lm. 2.19)

Desde el comienzo de este escrito se ha apelado al corazón humano como Templo y al Espíritu, su "dulce huésped", como unificador en medio de tantas disidencias.

En el afán por restablecer la solidaridad del Pueblo de Dios del que formamos parte todos sin distinción de credos, ni sexos, ni colores

de la piel, ni ideologías, anhelamos una común voz en medio de tantas discrepancias que, cada vez en mayor número, siembran la cultura de la muerte a través de sus inacabables formas de violencia. Apostamos por una humanidad en Paz donde el hombre, varón y mujer, recupere su digna locura de sentirse eterno... como la eterna mirada de Aquél que le sigue aguardando más allá de la última frontera.

Señor del infinito aliento de la noche:

Haz de mis manos un permanente cuenco que sacie la sed del sediento.

Haz de mi corazón... cascada eterna que eternamente goce con la luz de la vida.

Haz de mis actos un vivo testimonio de aguas aún por estrenar.

Y de mis sentimientos un arroyo de fe en medio de tanto dolor.

Que mi pensar, Señor, te sea limpio y mi diario afán, un perseverante canto de consuelo.

Señor del infinito lamento de los días:

Que nunca nadie me sea extraño.

Que sepa dar alivio al dolorido

y cargar con la cruz de quien no puede más.

Que un día, cuando al fin me llames, pueda escuchar de Ti:

"Estuve desamparado... y me diste cobijo".

Porque en cada llanto siento Tu desgarró.

En cada hambre, Tu desnutrición crucificada.

En cada muerte, Tu aliento entrecortado.

En cada abandono, Tu tristeza.

En cada desesperación..., Tu agonía eterna.

Y, en cada sed... el doloroso desierto en el que vives esperándole al hombre, varón y mujer de tus desvelos.

Señor del infinito afán,  
de las aguas nuevas, del solidario corazón hecho sonrisa...  
Recógeme en mi anhelo

Ámen.

... Porque cae la noche y los silencios llaman a un tiempo de oración. Se despliega la oscuridad y son los sueños los que continúan la larga batalla en favor de la vida. Se endurece el corazón y es el agua quien hidrata sus grietas hasta quedar limpias y sanadas. El agua que posibilita el milagro de lo aún por estrenar: un corazón nuevo que albergue definitivamente el eco de Dios.

“Os arrancaré el corazón de piedra y pondré en su lugar uno de carne.” (Ez. 36,26)

El canto del agua que encuentra su tarea en la inaplazable labor de vencer todas las intolerancias y dogmatismos que nos impiden degustar el exquisito sabor de lo plenamente solidario.

“Nada hay en el mundo tan blando como el agua,  
pero nada hay que la supere contra lo duro.  
Lo blando vence a lo duro,  
lo débil vence a lo fuerte.  
Nadie desconoce esta verdad  
pero nadie la practica.  
Lo duro y lo rígido  
son propiedades de la muerte.  
Lo flexible y lo blando  
son propiedades de la vida.” (Tao Te King)

Desde la propia debilidad es desde donde podemos acercarnos a la “debilidad” de Dios que, habiéndonos creado libres, no puede sino aguardar nuestra personal conversión. Toda su fuerza y poder se ven limitados por la voluntad humana que, aún hoy, se resiste a ser hijo pródigo que prodigue evangelios de vida hacia sus semejantes.

Todo un Dios sufriendo en su paciente espera que angustiosamente se hace eterna porque... allí donde nacen los vientos... el tiempo no conoce límites ni fronteras.

Todo un Dios impotente, quizá cansado de su propia soledad pero nunca tentado a ejercer la justicia por encima de la misericordia.

Todo un anciano Dios que colma nuestros océanos con sus mejores lágrimas de anhelo de reencuentro.

Un Dios entrañable posiblemente dispuesto a olvidar todo pecado humano por una sola mirada del hombre, por una sola sonrisa de mujer.

Un Dios solitario que solidariamente sigue soñando el estar todos, de nuevo, juntos sin que falte ninguno.

Quizá así podamos redefinir la tan manipulada solidaridad: O TODOS, O NINGUNO. Quizá sólo así la lucha se hace invencible en el invencible afán por hacer realidad una esperanza: La nueva tierra y el nuevo cielo. Quizá, de esta manera nos sea más fácil ser capaces de solidarizarnos, como cuando éramos pequeños, y exclamar con auténtica devoción: “Por mí y por todos mis compañeros”. Tal vez sea una de las lecturas de la indicación del Cristo: “Hasta que no os hagáis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos” (Lc. 18,15).

Solidariamente providenciales los unos para con los otros. Asumiendo el pecado del mundo y abriendo, de par en par, las puertas de la vida a la nueva vida que nos está aguardando. Solidariamente comprometidos en la edificación de la Nueva Jerusalén en cuyo manantial de aguas de vida podrán reverdecer todos los pueblos de la tierra sin exclusión:

“Entonces los ojos de los ciegos se despegarán,  
y los oídos de los sordos se abrirán,  
los cojos saltarán como cabritillos  
y la lengua de los mudos gritará de alegría.

Porque en el desierto brotarán chorros de agua,  
que correrán como ríos por la superficie.  
La tierra ardiente se verá una vega,  
y el suelo sediento se llenará de vertientes." (Is. 35,5-7)

#### El Pozo de la Vida: Diálogo de Amor (Para una relectura de Jn. 4)

Cuentan que *"Cansado del camino se sentó junto al pozo"*. Tenía que estar cansado y fatigado (hablamos del Cristo) de tanta predicación estéril. Tenía que estar ensombrecido por el final que se le avecinaba. Cargaba sobre sus espaldas el peso de todas las fatigas de la doliente humanidad.

*"Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré. Cargad mi yugo suave y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas."* (Mt. 11,28)

Cargaba sobre sí el doloroso abismo de sufrimiento y muerte que aún hoy, al pasar de los siglos, sigue creciendo alarmantemente de la mano de una manipulada solidaridad que sólo hace más patente la evidencia del desierto de soledad del corazón humano.

Tal como estamos, no podemos sino reconocer que el Cristo cargó entonces, carga ahora y vergonzosamente seguirá cargando con el dolor -fruto del pecado- para prorrogarnos la esperanza de vida y no clausurar para siempre las puertas de la inmortalidad del gozo.

Así contemplada la escena, el verdaderamente fatigado en su plena eternidad se sienta a descansar para quizá sentir algún alivio entre tanta aridez y duelo. Se sienta y de pronto...:

*"Viene una mujer a sacar agua"*. La escena es tan tierna como todas aquellas en las que el Cristo se encuentra con una mujer y establece un íntimo diálogo inesperado y, por lo mismo, terriblemente

seductor (la adúltera, unción en Betania, aparición resucitado a la Magdalena...). El Cristo la ve acercarse y queda subyugado por aquella mujer silenciosa que no era nadie especial, sólo alguien que de manera misteriosa y sin grandes protagonismos se encuentra puntualmente en la cita del camino. Al lado de quien sufre la fatiga: en el momento oportuno y en el lugar adecuado. Sin hacer nada especial sino la labor de cada día con la intención de ser un aliento de esperanza... a través del quehacer cotidiano.

La samaritana repara en el Hombre, pero es Él quien exclama:

*"¡Dame de beber!"*. Como un verdadero desasistido vive la pasividad de su demanda confiando en la bondad de aquella mujer de almendrados ojos. En ella se guardan las esperanzas de dar a luz la vida a pesar del desasosiego imperante. Ella es custodia de una capacidad de amar a través del dolor. Ella sabe mejor que nadie socorrer al desvalido porque se siente desprotegida en medio de una cultura de varones que la relegan a ser esclava, prostituta, objeto de deseo y de placer... Sabe mejor que nadie que su voz tiene sonido pero no se la escucha porque se le ha negado la filiación divina y sin ella ninguna solidaridad le socorre en sus largas noches frías de ternura y largos días quemantes de trabajo sin fin. La petición del Cristo le sorprende:

*"¿Cómo me pides de beber a mí?"*. La mujer siente compasión y le mira como si mirara a su propio y anhelado amante. Posiblemente le lleva el agua en sus propias manos, intentando mitigar la enorme curiosidad que siente ante aquel extraño judío sediento y cansado. Es entonces cuando el Cristo le ofrece la verdadera agua capaz no sólo de satisfacer sino de saciar la sed. La mujer casi no entiende sus palabras y le pregunta un tanto confusa:

*"¿De dónde la sacas?"*... Y las miradas se entrecruzan repletas de inocencia. Y ambos se preguntan cómo es posible tan hermoso diálogo entre extraños, forasteros, diferentes. Será que la fatiga nos une haciéndonos sentir semejantes. Y hablan y hablan hasta el atar-

decer. Entonces la mujer, presa de la mejor urgencia femenina, concluye como embriagada:

*"Dame de esa agua para no tener más sed"*. Final del cortejo y plena rendición. Rendidos ambos se adentran en un diálogo fructífero que rompe toda barrera de incomunicación estableciendo un nuevo tiempo donde el amor compasivo vuelva a ser semilla de vida y esperanza. Y donde esa esperanza inaugure la solidaria acción que calme la sed de tanto desahuciado vuelto, de nuevo, a ser llamado a la Vida.

A ese diálogo estamos llamados: incitados y citados como aguadores que den de beber al Cristo en cada uno de los millones de sedientos... de agua, de amor, de caricias, de ternura, de escucha, de comprensión, de paz, de alivio, de consuelo, de perdón, de reconciliación... de sosiego. En definitiva, dar de beber al Cristo en el semejante que agoniza en las abrasadoras arenas del desierto de desatención insolidaria en el que lo hemos olvidado.

Llamar al corazón de hombres y mujeres para que en un aspecto universalmente femenino, pero no restringido en su generosidad, se dé a luz la vida: Se lleve la luz al centro de la vida para que las tinieblas retrocedan y acaben, también ellas, preñadas de luminosidad.

El Cristo y la samaritana, el Cristo y la mujer como mito portador de la vida. El Cristo llamándonos a cada uno en el rostro de todos los abandonados de la tierra. Él y su cansancio y su sed de siglos susurrándonos al oído, en suave roce de labios, un estremecedor "Dame de beber"... Y nosotros, sin distinción de sexos, como la mujer del pozo: apiadados, compasivos, aliviadores de las cargas del sufrimiento y siempre a punto, y en punto, con la inextinguible cita luminosa de la vida solidariamente celebrada.

"Quiero ser en tu ruta el manantial eterno  
al que se vuelve siempre de todas las fatigas.  
Por mucho que te alejes, hasta el bosque más virgen  
te llevaré mi agua.

¡Bébeme pronto! Agota entre tus labios mi linfa humilde y pura.

Aunque me quede exhausta, brotaré nuevamente de la primera roca." (Ernestina de Champourcin)

### En el eco de los desamparados

"Espero compasión, y no la hay; consoladores, y no los encuentro.

En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre." (Sal. 68)

La imagen patética del Cristo crucificado bien podría ser reflexión profunda de nuestra actuación. A pesar de la proximidad al Tercer Milenio nada ha cambiado substancialmente en el mundo. De hecho, podría decirse que el Cristo no inventó la cruz, lo único que hizo fue no esquivarla en su camino, pero no era ni el único ni el último de una larga serie de ejecutados. Ya entonces, junto a Él, había dos crucificados más... Hoy en día, la progresión geométrica nos ha desbordado: millones de crucificados nos rodean y como Pilatos del casi inminente siglo XXI seguimos lavándonos las manos y contemplando cómo se clava a los hombres la mayoría de las veces sin necesidad de clavos. Cómo se los inmoviliza para mejor manipularlos y así poder, antes o después, sentenciarlos y condenarlos a ser reos de una muerte lenta o inesperada y rápida.

Las nuevas crucifixiones de la intolerancia hacia el que piensa diferente, del pisoteo de los derechos humanos y divinos en sus necesarias vertientes de cuerpos y de almas indisolublemente trenzadas por un suspiro eterno. Las nuevas crucifixiones que nos otorgan la prepotencia de etiquetar a los hombres y mujeres para negarles toda posibilidad de cambio y tener, así, la certidumbre de un lamentable "orden mundial" que nos gestiona con impudor desca-

rado: Primer mundo, segundo, tercer mundo y actualmente, cuarto mundo. ¿Cuántos mundos más seremos capaces de crear a través de nuestra insolidaria y mezquina acción de adormecidas conciencias?

Incluso se nos amenaza con un “nuevo orden mundial” probablemente más dislocado y sembrador de miserias que el actual. Estando de este modo el panorama, no cabe sino apelar a los corazones en el anhelo de sentirlos despertar a una vivencia de ser todos ciudadanos de un único mundo sin categorías ni distinciones degradadoras.

Mientras tanto... Para todos los desamparados de la tierra surge la voz postrera del Cristo haciéndose eco de todos ellos y clamando con suplicante voz:

“Tengo sed” (Jn. 19,28)

Sed de un verdadero Orden que ordene la necesaria igualdad de los hijos de Dios a través de la expansión creativa de todas sus diversidades. Sed de que las diferencias del género humano no justifiquen actitudes esclavizantes e irrespetuosas del necesario derecho a la vida en todas sus formas y manifestaciones. Sed inabarcable de la aceptación de estar todos llamados a la Nueva Jerusalén que todos debemos construir con nuestros manantiales hasta ahora clausurados en reservas que nos garantizan exclusivamente el propio bienestar. ¿Acaso no es cierto que hemos hecho propia y cotidiana la frase: “Tengo mis reservas frente a...”? ¿Acaso somos sinceramente ignorantes de sus consecuencias? ¿En verdad seguimos creyendo que aún no es tiempo de brindar esos manantiales al servicio de la comunidad como continuidad de arroyos de esperanza?

En aquella sed del Cristo que abarca toda la sed de más de tres cuartas partes del planeta, tres cuartas partes de indignancia y miseria y sufrimiento, podemos nosotros -los privilegiados- tomar conciencia y comenzar a sembrar los urgentes frutos con los que se alimentarán las generaciones venideras.

Abrir las compuertas del agua de la vida para regar los campos del corazón humano. Para establecer tiendas en los oasis y dar cobijo a los desamparados. Para que puedan sentir su dimensión estelar a través del alivio que nuestro personal compromiso, impotente la mayoría de las veces, les pueda llevar de cerca o de lejos, de pensamiento, de acción o de palabra. De sentimiento siempre, nunca más de omisión:

“Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado,  
para saber llevar al abatido una palabra de consuelo.”  
(Is. 50,4)

Porque nunca fue cierto que estemos “dejados de la mano de Dios”. Lo estamos de la de los hombres, de las nuestras propias que acumulan hasta convertir lo necesario en desperdicio que a nadie alimenta ni da consuelo. La sed del Cristo en la cruz es la de todos los olvidados de la historia, la de todos aquéllos sobre los que se ceba la miseria, no sólo el hambre, alimentada con nuestro egoísmo destructor de vidas y esperanzas. Todos ellos agonizan sin que apenas aliviemos su dolor:

“Mi paladar está seco lo mismo que una teja,  
y mi lengua pegada a mi garganta;  
se me echa en el polvo de la muerte.” (Sal. 22,16)

Esa sed de siglos de injusticia que siente el Cristo toma opción en los desamparados convirtiéndose en una llamada poco cómoda que agite la tranquilidad de nuestras vidas:

“Sed misericordiosos como Dios, vuestro Padre, es misericordioso.” (Lc. 6,36)

Misericordia, palabra en la que reverdece el corazón que se siente compasivo y que, con pasión, da sentido pleno a la Pasión del Cristo. Es su Pasión y no su razón la que continúa esperando de nosotros el agua que refresque tanto paladar reseco por la angustia que genera nuestra injusticia personal. Volver los ojos a la cruz para

irla liberando de los cimientos que nuestro propio egoísmo ha ido estableciendo hasta hacer del mundo un inmenso gólgota de dolor y muerte.

Tenemos que recuperar el compromiso y la responsabilidad de ser dispensadores del AGUA DE LA VIDA que gratuitamente nos otorga el cielo:

“Señor,  
Te veo darme de beber  
y mezclar para mí las bebidas en la copa,  
pese a que me había comprometido  
a ser yo mismo tu escanciador  
en cualquier circunstancia.” (Yunayd)

Llamados al testimonio implacable de una esperanza viva en la que hagamos cierto “Un país de aguas que corren, de fuentes que brotan de las profundidades en los valles y en las montañas” (Dt. 8,7). Un inmenso país convertido todo él en oasis de verdor donde el desierto ocupe solamente el territorio de un recuerdo. Del recuerdo de haber regresado nuestra mirada hacia Dios:

(Yahvé a su esposa infiel):  
“Yo la seduciré, la llevaré al desierto  
y allí le hablaré a su corazón.” (Os. 2,16)

Vueltos de nuevo a la fidelidad de un Pacto de Amor que nos haga reconocernos hijos de la Luz y nos convoque a la cita del tiempo en la que se ilumine la larga noche del mundo.

“Te hago luz de las naciones, para que mi salvación  
alcance hasta el confín de la tierra.” (Is. 49,6)

Más allá del más allá... en un apasionado viaje que nos permita acercarnos a las costas de la nueva tierra y descansar allí de tantos desconsueltos. Arribar a la fertilidad del alma y sentir un solidario afán que nos impida repetir el pasado y volver la vista para evitar ser convertidos en estatuas de sal.

Que sea cierta, por su pleno sentido, la frase: “¡Qué bien luces!”. Todos como pequeñas e insustituibles chispas ardientes que se conjugan en un único Verbo sanador para poder, así, ser semejanza de la Luz primordial que se embriagó de vida y aún sigue soñando en nuestro amor.

“El día o la noche en que por fin lleguemos  
habrá sin duda que quemar las naves  
así nadie tendrá riesgo ni tentación de volver.

Es bueno que se sepa desde ahora  
que no habrá posibilidad de remar nocturnamente  
hasta otra orilla que no sea la nuestra  
ya que será abolida para siempre  
la libertad de preferir lo injusto.” (M. Benedetti)

### Enamorada sed...

“Sed de ti que me acosa en las noches hambrientas.  
Trémula mano roja que hasta su vida se alza.  
Ebria de sed, loca de sed, sed de selva en sequía.  
Sed de metal ardiendo, sed de raíces ávidas.

(...)

Por eso eres la sed y lo que ha de saciarla.  
Cómo poder no amarte si he de amarte por eso.  
Si ésa es la amarra cómo poder cortarla, cómo.  
Cómo si hasta mis huesos tienen sed de tus huesos.  
Sed de ti, sed de ti, guirnalda atroz y dulce.  
Sed de ti que en las noches me muerde como un perro.  
Los ojos tienen sed, para qué están tus ojos.  
La boca tiene sed, para qué están tus besos.  
El alma está incendiada de estas brasas que te aman.  
El cuerpo incendio vivo que ha de quemar tu cuerpo.

De sed. Sed infinita. Sed que busca tu sed.  
Y en ella se aniquila como el agua en el fuego.”  
(P. Neruda)

¿Cómo pasa el tiempo? Parece que fue ayer y sin embargo hace meses que comencé este escrito. Y aquí estamos, “aniquilados como el agua en el fuego”. Y es que quizá no sea tan difícil orar desde el ser agua. Según nos han contado somos Fuego (36,5°) y Agua (75%): pura Al-kimia, palabra árabe que nos descubre la química de un Dios enamorado de la criatura humana. De un Dios clemente de misericordia (Alá) que grabó en nuestras células un misterioso y largo aliento de inabarcable sed, de redención y de milagros. Sucedió en un instante que dura ya una eternidad. Hubiera sido escasa la fe, se hizo necesario un largo amor nutriendo soledades: “No es bueno que el hombre esté solo” (Gén. 2,18). Se hizo urgente el despertar a un vínculo solidario que alejara la inhumana sensación de ser el único, de no importar a nadie.

Tiempo ha pasado desde aquella historia pero, hasta hoy, las tristes soledades han seguido creciendo en medio de un helado desamor que congela conciencias y blinda posesiones. Pero... desengañémonos, fe tenemos la suficiente: estamos convencidos de llegar a otro año y hasta planificamos sin dudar lo que haremos en él. ¿De dónde la certeza de estar vivos mañana, hoy, dentro de un segundo? Si no se llama fe, ¿cómo llamarlo? Desengañémonos, salgamos del engaño para poder así retomar nuestras riendas y agilizar el paso. No nos falta fe ni responsabilidades. ¿Acaso nos llaman tanto la atención en el trabajo? Tampoco nos faltan compromisos. Bien o mal, para mantenerlos o para deshacerlos, nos comprometemos con casi todo casi cada día: con llegar a una hora, con pagar el recibo, con llamarte esta noche... Será, debe de ser, que nos falta el testimonio, pero... ¿no defendemos, casi siempre a ultranza, nuestras costumbres, nuestras opiniones, nuestra forma de ser? ¿No es eso testimonio?

Desengañémonos, tenemos fe. Somos responsables. Estamos comprometidos. Damos testimonio y todo ello en la medida necesaria e imprescindible. Es decir, con sólo esa pequeña dosis el mundo debería marchar por otros cauces.

Desengañémonos, LO ÚNICO QUE NOS FALTA ES ESTAR ENAMORADOS DEL HOMBRE, DE LA MUJER, DE LA VIDA... DE DIOS. Lo único que nos falta es sentir torrentes amarillos de entrega apasionada. Estar locos de amor y vivir la locura que lo cura todo: todas las miserias, pobreza y abandonos. Todas las angustias y desesperaciones, el dolor y el temible sufrimiento. Lo único que nos falta es... sentir el amor no como un triste eslogan: “más que ayer y menos que mañana”. Y entre el más y el menos, en el presente nada. Yo no lo quiero así. No lo soñé así. Lo quiero entero y desbordado ayer, hoy, mañana y para siempre. No lo quiero en porciones con fecha de caducidad. Quiero saber a quién se le ocurrió dosificarlo porque lo quiero entero y te lo doy entero aunque me lo rehuyas. Te va a dar igual porque al final... te voy a enloquecer hasta romper los diques que ponen freno al agua. Te voy a enloquecer con mi largo lamento porque, ¿sabes una cosa?, es contagioso como el primer parpadeo de la espuma. Y te dará igual porque soy insistente como la gota lenta que da forma a la roca. Soy insistente y tengo toda una eternidad por delante.

Nos va a dar igual. Somos acantilados frente a un océano de inmenso amor cuyas olas son las manos de un dios que nos modela. Nos da forma entre blancas espumas de rompiente oleaje salvajemente enamorado. Nos despierta al primer rocío de la noche y siembra en nuestros ojos la luz de amaneceres repletos de esperanza.

“Yo no he cesado de nadar en los mares del amor,  
subiendo con las olas, descendiendo después.  
Por fin, el amor me llevó  
hasta donde ya no había orillas.” (H. M. Hallaj)

En una inmensidad de almendros florecidos cuyo verdor resplandece cuajado de añoranzas. Allá donde el dolor tan sólo sea recuer-

do de injusticias. En una eternidad ya sin orillas pero inmersa en el mundo, en esta vida. Porque es aquí donde la deuda existe. Porque no basta con clamar "Perdónanos nuestras deudas", algo habremos de hacer para restituir a tanto desheredado la parte de heredad que le hemos usurpado. Algo de nosotros, los tibios creyentes, se espera para poder hacer realidad el "Venga a nosotros tu Reino". Es seguro que no vendrá si seguimos cómodamente sentados en medio de tanto desamor.

"En eso conocerán todos que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros." (Jn 13,35)

Con un amor de eternos peregrinos que prestan sus manos, su voz, su corazón y sus alas para la reconstrucción del Reino. De esa pradera inmensa que el cielo le tiene al hombre reservada.

"Los pobres y los indigentes buscan agua y no la hay;  
su lengua está reseca de sed,  
Yo, el Señor, les responderé;  
Yo, el Dios de Israel,  
no los abandonaré." (Is. 41,17)

Ya lo decíamos, no estamos olvidados de Dios. Lo que sucede es que Él necesita de nosotros para completar su creación. Necesita de nuestra ilusión incondicional en la tarea. Necesita de nuestra solidaridad entrega sin renta. Sólo así reverdece el tronco de la cruz en sus dimensiones de ilusionada verticalidad y en su horizontal abrazo que nos abarca a todos... sin que falte ninguno. Sin que sobre nadie. En una presencia de imposibles distancias hacia los semejantes:

"Nuestros cuerpos están separados,  
pero mi alma no lo está de la tuya  
ni un solo momento.  
Sé cuáles son tus sufrimientos.  
¿No te da alivio que yo esté aquí,  
para ti...?" (Nizami)

¿Te acuerdas?... Para todo ello, lo único que nos falta es estar enamorados. Lo único que nos sobra es la falsa creencia de poseer la verdad, porque es tan grande, tan grande, que no podemos abarcarla con tan sólo una vida. Lo nuestro son verdades pequeñas que nos alborotan el alma y nos van encaminando dulcemente a un gran océano que nos empape de Vida hasta los huesos. De vida por siempre enamorada.

"¿Cómo podría quebrarse el amor que nos une?  
Cual la hoja del loto reposando sobre el agua,  
así eres tú, mi Señor, y yo soy tu esclavo.  
Desde el comienzo hasta el fin de los tiempos  
está el Amor entre tú y yo.  
¿Cómo podrá extinguirse ese amor?  
Así como el río penetra en el Océano,  
así mi corazón penetra del todo en ti." (Kabir)

¡Ay, el amor, mi amor! Si lo lográramos sentir proclamaríamos una verdadera revolución, esta vez espiritual, que dejara atrás los contenidos vacíos de tantas creencias infructuosas que no han colaborado sino a una mayor desolación del paisaje humano: Guerras santas (qué manera más cruel de manipular la santidad). Cruzadas que nos cruzaron de brazos ante una división impuesta entre creyentes y paganos. Paganos sí, de nuestra prepotencia de osar tener a Dios sólo de nuestra parte. Nos olvidamos de que es Padre de todos, y Madre, y hermano y semejante. Y nuestro olvido sembró la destrucción, el hambre y las batallas. Y con ellas la miseria, la pobreza y el sufrimiento que en este caso no es redentor sino inadmisibile. Hemos silenciado a los desamparados prometiéndoles un lugar en el cielo y en nuestra hipocresía comulgamos con el dolor, en las fechas señaladas, a través de un baldío ayuno:

"No ayunéis como hasta ahora. *El ayuno que yo quiero es éste:*  
Abrir las prisiones injustas,



hacer saltar los cerrojos de los cepos,  
dejar libres a los oprimidos,  
romper todos los cepos;  
partir tu pan con el hambriento,  
dar de beber al sediento,  
hospedar a los pobres sin techo,  
vestir al que va desnudo  
y no cerrarte a tu propia carne.  
Entonces romperá tu luz como la aurora,

te abrirá camino tu justicia,  
detrás irá la gloria del Señor.

(...)

surgirá tu luz en las tinieblas,

(...)

serás un huerto bien regado,  
un manantial de aguas cuya vena nunca engaña,  
reconstruirás viejas ruinas,  
levantarás sobre los cimientos de antaño;  
te llamarán tapiador de brechas,  
restaurador de casas en ruina." (Is. 58)

"Tapiador de brechas"... Ojalá así se nos recuerde: Como unos locos enamorados cuyo estallido de luz fue soldadura de grietas y dolores. Como unos rebeldes con causa, la causa de la vida que aguarda en paciente espera nuestro bálsamo de amor. Y reconstruiremos los poblados de la carne en ruinas. Y haremos pozos para aliviar la sed. Y el huerto del abrazo se poblará de frutos que refresquen tu boca aunque no estés aquí. Qué más nos da si ya no habrá distancias ni absurdas distinciones. Te llamaremos Dios, Alá, Yahvé, Krisna... qué importa. Se trata de cimentar puentes entre los hombres y mujeres para que nadie quede solitario en su isla. Para que todos sientan que, inevitablemente, antes o después, tendrán que abrirse a un eterno suspiro solidario. A un cauce de amor que

reviente los silencios y nos haga ser voz de los desheredados. Una voz sin palabras que nos incite a una acción enamorada porque... no se olviden. Lo único que nos falta es estar enamorados y ebrios de locuras aún por estrenar. Lo único que nos falta es la decisión de ser como el poeta:

"Del vientre a la prisión vine en naciendo.

De la prisión iré al sepulcro amando

y siempre en el sepulcro estaré ardiendo." (Quevedo)

No te olvides porque es fácil olvidar. Cerrar el libro y debatir sus líneas. Pensar "no va conmigo", seguir en lo de siempre. No te olvides porque "lo de siempre" nos ha traído hasta este año con todas las miserias extendidas y frías. Tampoco lo confundas, en la ORACIÓN DEL AGUA no caben tremendismos que parecen gozar con falsas destrucciones que amedrentan al mundo. Es la Oración de la más embriagadora de las esperanzas. Es el saber que Dios es un enamorado, por eso no hay final aunque sí espera. Es un enamorado que tenaz e incomprensiblemente nos corteja hasta contagiarnos de un largo amor que no se acaba. El único capaz de "tapiar las brechas" es ese amor y los únicos capaces de dispensarlo somos nosotros: tú y yo y todos... Ya es hora de recobrar la dignidad de hijos de un Dios inmensamente seductor que nos sigue aguardando a pesar de los siglos. Hora de poner manos a la obra y comenzar a edificar, sin más dilación, la Nueva Jerusalén.

"Se acabó. Al sediento le daré a beber de balde del manantial de la vida." (Ap. 21,6)

Se acabó. Sí. Todo empezó hace algunos meses con una lluvia fina. Aquí lo dejamos hoy... también con lluvia. Como si el cielo en su inmensa grandeza se hiciera eco de nuestra minúscula Oración del Agua. Queden estas personales reflexiones como un testimonio más de ansias de cambio, de nuevas tierras y nuevos mundos en paz.

A través de los cristales las gotas golpean pero me encuentro en una estancia confortablemente caliente... Tan confortable que me da por pensar que esas gotas de lluvia son lágrimas de algún desamparado que sigue esperando de mí, sin ningún afán recriminatorio, al menos una pequeña acción o sentimiento de consuelo.

La lluvia se ha alejado pero queda el recuerdo. Hoy es Jueves Santo, día del amor fraterno. Curiosa coincidencia al finalizar este escrito. Cuentan que se ciñó el manto y se puso a servirlos... No muy lejos de allí otra cultura, hablando otro lenguaje, también dice: "La mejor forma de gobernar es el servir" (I-Ching, Hexagrama 42).

Todo está en calma y Madrid desierto. Sólo las procesiones nos recuerdan que para muchos "la procesión sigue yendo por dentro".

A todos ellos mi infatigable anhelo y para C., en cuyas lágrimas he saboreado el arco iris de todos los océanos, mi personal locura... siempre.

## Orar con el aire

*Emma Martínez*



**Emma Martínez Ocaña.** Licenciada en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Licenciada en Teología Espiritual por la Universidad Pontificia de Comillas. Profesora de Teología en la Universidad Pontificia de Comillas.

## ORAR CON EL AIRE

*Emma Martínez*

*"Pero el viento, ese viento que trabaja conmigo  
y que me guía...  
Ese viento sopla a veces y articula unas palabras...  
Todo lo que sé me lo ha enseñado el viento..."*

*León Felipe.*

### **Aire, ¿Quién eres tú?**

¿QUIÉN ERES TÚ? TAN CANTADO POR LOS POETAS, tan necesario y al tiempo tan invisible, apenas perceptible y paradójicamente imprescindible para la vida. Desde antiguo eres considerado un símbolo religioso y mágico, vinculado a fuerzas misteriosas y espíritus sutiles. Temido y admirado, deseado, considerado poderoso, capaz de cambiar el rumbo normal de las cosas, de los seres, de la naturaleza.

¿Cuál es tu nombre? ¿Cuál tu identidad? ¿Cuáles tus funciones? Te han asociado no sólo al fluido que forma la atmósfera, sino también, al aliento, a la brisa y al viento. Por eso tienes tantos nombres.

He oído que los griegos te llamaron "Céfiro" cuando eras un viento suave, fecundante, incitador de vida y venías del Oeste. *Austro* cuando soplabas desde el sur y agostabas con tus soplos calientes y tempestuosos, chorreando aguas tus alas. *Bóreas* cuando procedías del Norte y te mostrabas como un terrible huracán, y te simbolizaban, entonces, como un anciano con cabellos helados y cola de serpiente. Sobre todo, te han invocado como *Eolo*, el dios de los vientos, y la mitología azteca te denomina como *Quetzalcoalt*, señor de los huracanes<sup>1</sup>. En el hinduismo te llamaban *Vayu*, soplo vital, sopro cósmico.<sup>2</sup>

¿Eres masculino o femenino? ¿Elemento fundante del universo o espacio para que éste pueda respirar? Casi todo se ha dicho de ti.

El mundo grecorromano te consideraba masculino, así te representó casi siempre. Te consideraron esposo de la Luna y padre del Rocío y fuiste tú uno de los nombres de Júpiter, Juno y Minerva. Sin embargo el mundo hebreo te dio un nombre femenino: -"la ruah"- (el espíritu), es el soplo, y en primer lugar el del viento"<sup>3</sup>. También para ellos "ruah" era el espacio vital que rodea al hombre, la atmósfera, es decir tú, aunque después te representaron por una paloma y ya no se podía reconocer tu identidad femenina.

Para Empédocles, allá por el siglo V a.C., eras tú uno de los cuatro elementos de los que se compone el universo: agua, tierra, aire, fuego. Él afirmaba que nosotros estamos compuestos por esos cuatro elementos y que cada cosa nos es conocida por lo que tiene de semejanza con nosotros, es decir, la tierra exterior la conocemos por nuestra tierra, el aire por nuestro aire etc.. Ya los antiguos sabios habían descubierto la creciente interconexión de toda la vida entre sí.

<sup>1</sup> Bonilla, L. *Los mitos de la humanidad*, Prensa Española, Madrid, 1971,174-176. AA.VV. *Los dioses y los héroes*. Madrid, 1912,259-263.

<sup>2</sup> Chevalier, J. *Diccionario de los símbolos*, Herder,1986,67.

<sup>3</sup> Leon-Dufour, X. *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder, 1980,295.

Y un siglo antes, Anaximeno de Mileto estaba convencido de que tú eras el principio y la esencia de todas las cosas; todo procedía de ti y a ti retornaba. Y es que cuando hablaba de ti distinguía, no te identificaba sólo con la atmósfera o "aire atmosférico", como él te llamaba, sino que te reconocía también como "sustancia elemental", principio de todas las cosas, porque la respiración era para el principio de la vida.

Su discípulo, Diógenes de Apolonia, se esforzó en explicar el origen del alma como derivada de ti, porque suponía que la vida y el pensamiento los tomamos los seres humanos de ti, al respirar. Te atribuía muchas cualidades a raíz de tus múltiples posibilidades: como lo penetras todo, te atribuye el origen del universo, como eres el principio de todos los seres, debes ser inteligente, y como eres sutil y móvil, eres el principio del movimiento.<sup>4</sup>

Tú eres "el medio propio de la luz, del vuelo, del perfume, del color, de las vibraciones interplanetarias,... la vía de comunicación entre la tierra y el cielo... expresión de lo sonoro, de lo diáfano, y de lo móvil" <sup>5</sup>.

Quiero también preguntar por ti a los poetas, y esto me dice León Felipe:

*¿No es el amor el Viento?*

*Yo lo pregunto nada mas:*

*¿No es el amor el Viento disfrazado de andrajoso vagabundo?*

*Ahora anda loco...enamorado de la Luz*

*y ¡cómo la persigue siempre, desvelado, iracundo después de bañarse en el mar!*

*Viento...tú eres el amor...¿verdad? El amor enamorado de la Luz.*

*Dímelo ya de una vez...*

*Dímelo a mí solo.*

*Ahora que me voy a la nube...descúbrete como el mar.*

<sup>4</sup> *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Espasa-Calpe,T.III, 1929,765-769.

<sup>5</sup> Chevalier, J. o.c. 67.

*El mar me dijo un día: yo soy el llanto del mundo.  
Y tú eres el amor ¿verdad?, ¡lágrimas también!*<sup>6</sup>

No se para qué te digo todas estas cosas, que tú sabes muy bien, pero es que antes de empezar a orar, a través de ti o desde ti o quizá dentro de ti, necesitaba darme cuenta de que desde siempre has sido muy reconocido, valorado, incluso convertido en dios.

Necesito escucharte, mirarte con atención, contemplarte... Sé que puedo aprender mucho de ti. Ahora me doy más cuenta que puedes ser tú "el lugar" desde el que yo haga mi oración.

### Me dirijo a ti como la "Ruah" de Dios

Yo quiero hoy reconocerte no sólo como atmósfera que respiro, ni como las grandes cosmogonías te han representado, sino como "la ruah" de mi tradición religiosa. Te busco en los libros sagrados de mi fe -en la Biblia- y me encuentro con que los especialistas me dicen que "el viento, el soplo y el Espíritu (de Dios y humano) forman en la Biblia un todo orgánico".

Me gusta saber que en el origen de esta vinculación está el campo semántico *ruah*, que da lugar a tres sustantivos: "*rewah* (el espacio, la distancia), *reah* (el espacio lleno de perfumes) y *ruah* (el espacio vital que rodea al hombre, la atmósfera). La energía de Dios es una *ruah*"<sup>8</sup>

Repaso las páginas bíblicas y me encuentro que muchas veces tú, como aire, brisa, aliento, evocas la naturaleza de Dios por tu trascendencia y tu misterio, por tus acciones beneficiosas: traes las nubes, la lluvia y tu paso es bendición. Viento y aliento divino se funden e identifican en el autor del Génesis 1 cuando nos dice: "El

<sup>6</sup> León Felipe, *Ganarás la luz*, Cátedra, 1982, 95

<sup>7</sup> Cocagnag, J. *Los símbolos bíblicos*, Desclée de Brouwer, 1994, 69.

<sup>8</sup> *Ibid*, 69.

aliento de Dios (un viento divino) se cernía sobre la faz de las aguas" (Gn 1,2). Tú como aliento eres, en la Biblia, un principio vital que Dios envía, infunde o retira (Sal 104,29-30). También, tú, cuando estás enfurecido y saqueas con tu fuerza nuestra tierra, has sido cauce para intuir la indignación de Dios, su cólera.

Pero como más me gusta dirigirme a ti es como la "Ruah" de Dios, su fuerza, su energía, su Espíritu, el Espíritu Santo. Tú, como fuerza, como viento poderoso y activo, como don fecundo de Dios.

En el pueblo de Israel veían en ti, Espíritu, la fuerza creadora de Dios. Yahvé abriéndose al mundo por la fuerza de su Ruah, dándole vida, aliento para que todo sea lo que es (Gen 1,1-2).

Te invocaron igualmente, como fuerza salvadora, cuando Israel siente que ha perdido la orientación y el sentido, Yahvé suscita, por su Ruah, a unos hombres y mujeres salvador@s que luchan por liberar al pueblo destruido u oprimido, le devuelven la esperanza y le orientan en el camino (Jue 3,10; 6,34; 11,29).

El pueblo invoca para que Dios les envíe su Espíritu con el fin de que El guíe sus pasos:

*"Enséñame a cumplir tu voluntad,  
porque Tú eres mi Dios;  
tu espíritu, que es bueno, me guíe  
por una tierra llana" (Sal 143,10).*

Serás Tú, el Espíritu que Dios envía, el único capaz de transformar el corazón de piedra, en un corazón de carne (Ez 11,19). Tú, les concederás, también, el don de la prudencia y la sabiduría (Sab 7,7).

Incluso, ya podemos ver un anuncio del Pentecostés neotestamentario en la profecía de Joel:

*"Sucederá después que yo derramaré mi Espíritu en toda carne.  
Vuestros hijos e hijas profetizarán,  
vuestros ancianos soñarán sueños,  
y vuestros jóvenes verán visiones" (Jl 3,1).*

Te reconocieron también como fuerza escatológica. Israel nunca perdió la esperanza. Confía siempre en un futuro mejor. Dios enviará su Espíritu a un descendiente de David. Estará lleno de la Ruah de Yahvé (Is 11,2; 42,1-4; 61,1-3).

Pero sobre todo, Tú, Espíritu santo, eres el gran regalo de Jesús a la humanidad.

Cuando Jesús fue anunciado por Juan el Bautista, lo fue como el que va a bautizar con "Espíritu Santo y fuego" (Mt 3,11). Tú, simbolizado en una paloma, revelas la verdadera identidad de Jesús: ¡es el Hijo amado, el predilecto! (Mt 3,16-17).

Toda su vida aparece guiada y orientada por ti.

Seguirle a Él comporta un nuevo nacimiento, obra tuya (Jn 3,5). La auténtica adoración a Dios se realiza en "Espíritu y verdad" (Jn 4,26).

Jesús, cuando ya preveía que su vida le sería arrebatada por los enemigos de la verdad y la vida que Él había venido a traer, prometió a los suyos (de ese momento y de siempre) el mejor regalo: su presencia permanente a través de ti. Les ofrece su Espíritu como don.

Con tu envío, sobre la tierra, Jesús promete a los suyos y, en ellos, a toda la humanidad:

- Un abogado defensor que abogue en nuestro favor. Un valedor que permanentemente intercede por nosotros (Jn 14,16-17).
- Un Espíritu de libertad, que nos guiará a la verdad completa (Jn 16,12,14) y que nos hace capaces de testimoniarla (Jn 8,31-32;2). "Donde hay Espíritu del Señor hay libertad" dirá después Pablo (Cor 3,17).
- Un Espíritu que habita continuamente en nosotros orando, dando testimonio y haciéndonos sentir y gustar, que somos hijos, no esclavos. (1Cor 3,16; Rom 8,15-16; Gal 4,6-7).
- Un Espíritu que va imprimiendo en nosotros la imagen de Jesús y así, vamos recobrando la imagen original de Dios que Él nos imprimió desde el comienzo (2Co 3,18).

- Un Espíritu que derrama en nosotros el amor de Dios, para poder amar con el amor con el que somos amados (Rom 5,5).
- Un Espíritu que será nuestro maestro, para hacernos comprender y recordar lo que Jesús nos había enseñado "Además la unción con que Él os ungió sigue con vosotros y no necesitáis otros maestros" (1Jn 2, 20.27); (Jn 14,26;16,12-13).
- Un Espíritu de discernimiento capaz de hacernos distinguir el trigo de la cizaña, capaz de poner de relieve los valores del Reino (1Co 2,14-16; Fip 2,5).
- Espíritu profético, que transforma a los suyos en testigos de la verdad, a pesar del precio que eso supone siempre pagar (Mt,10,19-20; Jn 15,26-27; Hch 1,8).
- Un Espíritu que construye la comunidad en la diversidad (Hch 2,15-20).
- Espíritu que impulsa a la comunidad al anuncio y realización de la Buena Noticia y construcción del Reino.(Jn 20,21-22; Mc 16,15).

Gracias, Señor por tu Espíritu, regalado, por este don tuyo. Concédenos la gracia de sabernos dirigir a Él, sobre todo, de dejarnos dirigir por Él.

Señor, cuando te imagino como viento, puedo dejar espacio a mi imaginación y fantasía. Como viento hinchas las velas de los barcos, movilizas las arenas del desierto, juegas con las olas del mar suavemente y puedes levantarlas hasta hacerlas temibles y destructoras. Muestras tu capacidad para conducir o arrebatar, traer y llevar y nos llamas a dejarnos conducir por tu Espíritu como un viento.

Suenas, silbas, cantas cuando penetras una flauta. ¡Que suene Señor tu aire hecho melodía en nuestra flauta! Haz de este mundo nuestro flauta de tu música para que, a pesar del dolor y la muerte, sepamos festejar la vida, danzar la salvación que acontece cada día en nuestra historia.

Otras veces, Señor, tu Ruah actúa en nosotros sin que nos demos cuenta, lo mismo que nos pasa cuando respiramos sin percibirnos

de ello, o cuando siendo conscientes, no podemos controlar el aire, no sabemos ni de dónde nos viene ni a dónde nos puede llevar. Así lo debió de vivir Jesús, tal como nos lo narra Juan, cuando en su encuentro con Nicodemo le dice: "El viento sopla donde quiere, oyes su rumor, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va" (Jn 3,8).

Deseo que mi oración sea acogida de tu múltiple y variada presencia en este símbolo del aire: Iré y vendré del viento al Espíritu; de la brisa y el huracán, como mensajeros tuyos (Sal 104,4; Is 15,16), al aire como tu aliento, de alguna manera como símbolo de ti mismo, Señor. Me dirigiré a ti como fuerza, como energía, como Espíritu de Dios, como Espíritu de Jesús, Espíritu Santo. Me dirigiré a ti en singular y en plural, en mi nombre y en el de tod@s. La oración no es el lugar de la precisión teológica. Haré uso de la libertad que me concedes, para conocerte mejor.

Quiero vivir abierta a tu aire. Quiero sentirte, respirarte, escucharte, dejarme traer y llevar, configurar por ti. ¡Hazlo Tú posible!

### **Concédeme un oído atento y silencioso para escuchar tu lenguaje**

No puedo verte cuando te respiro pero sé que estás, lo noto si te ausentas, me ahogo, me "falta el aire". Necesitamos airearnos, decimos muchas veces, y sin embargo en ti "vivimos, nos movemos y existimos", eso dice Pablo de ti, Señor. ¿Te gusta que te identifiquemos con el aire? ¿Nos hablas a través de su polifónico lenguaje? ¿Muestras tu rostro invisible a través de él y estás ahí esperando que te descubramos como nuestra atmósfera?

No nos resulta fácil. Conocemos muy bien las fórmulas químicas que componen el aire, el por qué hay vientos del norte o del sur etc. Creemos saberlo todo pero nos falta capacidad de admiración y de sorpresa.

El viento es para ti una criatura, Tú lo has creado y lo amas porque no aborreces nada que haya salido de tus manos. El viento es instrumento tuyo, ejecutor de tus sentencias, es como el obrero de tu palabra. Lleva tus mensajes y realiza tus oráculos, es tu vehículo particular, planeas y avanzas sobre las alas del viento. Así lo contempla el salmista:

"fuego y granizo, nieve y bruma,  
*viento* tempestuoso, ejecutor de su palabra" (Sal 148, 8).

"Levantas sobre las aguas tus altas moradas;  
haciendo de las nubes carro tuyo,  
sobre las *alas del viento* te deslizas" (Sal 104, 3).

La palabra, los sonidos y silencios entran en nuestro cuerpo por el oído, sede de la comprensión y la acogida, de la escucha respetuosa, que permite a las personas ser ellas mismas o cerrazón indiferente, sordera cómplice de los ruidos alienadores y evasivos.

Cuando tu Espíritu alcanza nuestro oído, lo convierte en oído de discípul@ de la vida; capaz de escuchar sus palabras y sus silencios, sus gritos y sus susurros; capaz de reconocer en la realidad a la gran maestra de la vida. El oído se hace tolerante, apto para escuchar la polifonía de lenguas de nuestro mundo.

Saber escuchar, Señor, no es fácil, supone abrir el oído, exponerlo y disponerlo a una acogida incondicional, sin juicios, a una escucha desde el mundo de referencias personales y culturales de los que nos hablan: desde sus valores, creencias, emociones profundas... Supone descentramiento, silencio del yo, autenticidad. Todo ello es don tuyo y tarea nuestra.

Saber escuchar la presencia de tu Ruah, en el rumor de la cotidianidad, es algo que nos enseña de un modo sorprendente el hombre Jesús de Nazaret.

Concédenos, Señor, un corazón y un oído atentos para sentirte y escucharte cuando te haces aliento de vida, gemidos inefables, brisa suave, viento huracanado.

- Aliento de vida

Amanece, es hora de empezar el día. Salgo de la cama, aún casi dormida, y abro la ventana con ganas de ver qué cielo nos espera hoy. Parece que anuncia luz y sol, esto es buena noticia para mí, es como si un día claro y despejado me transmitiese energías. Me voy sintiendo despertar. Dejo que el aire de la mañana invada mi espacio y me oxigene por dentro. Respiro lentamente, profundamente y en este aire que entra en mis pulmones, te reconozco. Acojo tu presencia misteriosa, no quiero poner resistencias y entras, ventilas mi interior y exhalo el aire.

Sigo respirando pausadamente y en esta acción reconozco el secreto de la vida, de tu vida regalada. Eres un Dios vivo que puedes y quieres soplar tu energía creadora, regeneradora. Tienes aliento de vida, energía capaz de generar vida a tu paso. Así te contempla el Yavista: cuando todo era confusión y caos, tu Ruah, aletea sobre las aguas, las cubre y las envuelve. (Gen 1, 2). Y el salmista canta agradecido esta acción creadora de tu aliento:

“Envías *tu soplo* y son creados  
y renuevas la faz de la tierra” (Sal 104,30).

La creación del ser humano: hombre y mujer es una obra de arte para ti. Como alfarero que modela con sus manos su mejor creación artística así apareces tú en la versión Yavista, creando:

“Entonces el Señor Dios formó al ser humano  
con polvo del suelo,  
e insufló en sus narices *aliento de vida* y resultó  
el ser humano un ser viviente” (Gn 2,7).

!Que pocas veces, Señor, somos conscientes de la hondura de esta imagen como expresión de lo más profundo de nuestro ser: “barro y aliento divino”, hechura tuya.! Así contemplaba Elihú su ser y el de su amigo Job, como una criatura tuya, como un regalo de tu aliento amoroso:

“Mira, soy como tú, no soy un Dios,  
también yo de arcilla fui plasmado.  
*El soplo de Dios* me hizo,  
Me animó *el aliento* de Shaday” (Jb 27, 3-5)

Ese soplo de tu aliento nos configura a “tu imagen y semejanza” a tod@s de cualquier raza, lengua, sexo, clase...pero ¡no lo entendemos Señor! Seguimos haciendo diferencias excluyentes y marginadoras que son un escándalo, una blasfemia porque atentan contra ti, destruyen la verdad de tu rostro. Aquel Adán indiferenciado, gritó tu sueño, tu verdad, al contemplar a “Eva” (a la otra persona diferente a sí mismo): “¡esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!” (Gn 2,23). Nosotros no logramos aún después de 30 siglos enterarnos de esta verdad que tan claramente expresó, más tarde, el profeta Isaías en un lenguaje claro y sin metáforas: “no te cierres a tu propia carne”(Is 58,7). ¡Cuándo Señor tendremos la experiencia sentida y gustada de que al cerrarnos al herman@ nos cerramos a nuestra propia carne! No podremos ser verdaderamente humanos mientras no comprendamos esta verdad y la pongamos en práctica. Pero ¡qué lejos aun de vivir tu sueño de un mundo de hij@s y herman@s!

Siento vergüenza, Señor, de esta desigualdad a la que yo coopero con mi comodidad y consumismo, con mi modo de vivir pactando de tantas maneras con ella, con mi falta de denuncia profética porque mi vida no es una palabra significativa y provocadora.

Quiero creer, con el salmista, que tu no dejas de seguir alentando con tu soplo de vida sobre esta realidad para recrear una humanidad nueva; no sólo una humanidad sino un planeta nuevo, un cosmos nuevo: “El señor envía *su aliento* y renueva la faz de la tierra.”(Sal 104, 30)

Hoy, al escuchar tu voz como aliento de vida, no puedo dejar de pedirte que nos concedas la gracia de contemplar -como lo hizo la sabiduría de Israel- cómo sostienes con tu amor todo lo que has



alentado a la vida, cómo estás presente en todo lo que existe, porque eres un Dios amigo de la vida:

“Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado.

Y ¿cómo subsistirían las cosas si tú no lo hubieras llamado?

Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida.

Todos llevan *tu soplo incorruptible*”(Sb 11,24-12,1).

Necesitamos hoy Señor poder contemplar tu soplo de vida alentando nuestras personas, nuestro mundo. Tu soplo en medio de tantas realidades de muerte que nos dificultan creer en ti y en nosotros. No corren tiempos de esperanza sino de des-aliento ¡No nos escondas tu aliento de vida!

Mientras hago esta oración de petición, recuerdo al profeta Ezequiel, él también sufría porque no veía salida a su pueblo. La ciudad y el templo habían sido saqueados, estaban desterrados, y con todas las esperanzas truncadas, y al profeta Tú le concedes contemplar tu aliento. Déjanos hoy que esa profecía alimente nuestra esperanza.

*El soplo de Dios infunde nueva vida en los huesos calcinados (Ez 37,1- 9).*

*“El espíritu del Señor me llevó, dejándome en un valle lleno de huesos... eran muchísimos y estaban calcinados” (37, 2-3).*

Esta imagen del profeta Ezequiel puede ser una buena simbolización de nuestro planeta: *un valle lleno de huesos calcinados.*

El Espíritu del Señor conduce allí al profeta y no le permite cerrar los ojos ante esa realidad, sino que le hizo “pasar revista”, mirar atenta y lúcidamente, constatar la magnitud de la muerte: “eran muchísimos”.

Hoy queremos, también, ser conducidos por ti, “pasar revista” a nuestro mundo y dejarnos conmover por lo que nuestra mirada lúcida y atenta nos devuelve. Si tuviéramos que expresarlo con una sola palabra quizá la más significativa sea la de “crisis” (crisis económica, política, crisis ecológica, demográfica, de sentido, institucional, de valores, crisis del sujeto etc.). Esta palabra, Señor, Tú lo sabes, esconde muchos de nuestros “huesos calcinados”.

- Huesos calcinados por la injusticia, la desigualdad creciente, la insolidaridad. Los datos los sabemos, las imágenes nos bombardean, pero no parece que nos movilicen suficientemente. Nos hablan de las víctimas por “falta de pan”: el pan material, el pan de la sanidad, el pan de la cultura, etc.
- Huesos calcinados por un comercio con la muerte: la venta de armas, drogas, prostitución, explotación del trabajo infantil.
- Huesos calcinados por el fanatismo, el integrista, la violencia de todo tipo. La intransigencia impositiva, las excomuniones, el miedo y la amenaza como modo de resolver los conflictos.
- Huesos calcinados por un individualismo consumista y hedonista, por la trivialización y estetización de la vida, por el narcisismo dominante. Suicidios crecientes, depresiones, estrés generalizado, angustia flotante, soledad, sin sentido, pérdida de valores y utopías movilizadoras.
- También, Señor, morimos por alejarnos de ti, por no poder contemplar tu rostro verdadero, por perder la religación contigo y sustituirla por experiencias seudoreligiosas que nos evaden de la realidad o nos encierran en sectas y supersticiones.

Concédenos, Señor, no pasar de largo ante la magnitud de la muerte en nuestro mundo, no cerrar los ojos a los huesos calcinados que nos rodean, danos lucidez para ver, honradez para nombrar las cosas por su nombre y fidelidad para responder a los desafíos de la realidad.

No nos dejes caer en la desesperanza y el desaliento.

Haciéndonos cargo de estos huesos calcinados de nuestro mundo, ¿podemos escuchar por algún lado tu palabra como aliento de vida?

*"Hijo de Adán, ¿podrán revivir esos huesos?... "Tú lo sabes Señor" (37,3).*

Ésta es la gran pregunta que nos atenaza, ¿hay alguna salida para esta situación? Los analistas no nos dan buenas perspectivas. Parece que lo razonable es la desesperanza.

Los defensores a ultranza del Neoliberalismo nos quieren hacer creer que no hay salvación fuera del sistema y que éste es el menos malo de los posibles.

Estamos Señor viviendo malos momentos. Han pasado los años de las grandes utopías, de los sueños de un mundo mas justo a corto plazo, de las conquistas irreversibles de los pobres, de las liberaciones al alcance de la mano. La realidad hoy nos muestra toda su crudeza, las estructuras evidencian su fuerza y su contundencia. Parece que no hay lugar para la esperanza.

El profeta Ezequiel tampoco veía salida, pero no se queda en la inmanencia cerrada, en el resultado de lo que ven sus ojos, apela a la esperanza, a la confianza en que pueda haber una salida que él desconoce: "Tú lo sabes, Señor".

Cuando los horizontes se cierran, sólo queda aferrarse a la esperanza, no perder la capacidad de "soñar utopías" que generen la fuerza suficiente para que algún día puedan convertirse en "topías".

¿Cómo hacer de la esperanza camino hacia un futuro mejor? ¿Sólo queda esperar sin poder hacer nada?

De nuevo Señor necesitamos hoy escuchar tu voz:

*"Me ordenó: conjura así a esos huesos: Huesos calcinados, escuchad la palabra del Señor" (37,4).*

Hay una propuesta que parece absurda. ¿Cómo conjurar y pedir que escuchen a unos huesos calcinados? ¿Qué eficacia podrían tener unas palabras para quien no tiene oídos para oír?

Sin embargo, el mandato está claro: tú conjura, haz de tu boca el lugar de la conjura, haz de tu boca el lugar de la protesta y la llamada, aunque creas que no te van a oír.

¡Cuántas veces, Señor, en la Biblia aparece esta disculpa nuestra tan comprensible!: no van a oírme, no querrán escucharme, ¿para qué hablar si no sirve de nada? Para qué manifestarnos, hacer acampadas, movilizarnos, denunciar, enviar escritos si no hay resultados, si parece que hacemos el ridículo y se ríen de nosotros? ¿Para qué empeñarnos en transformar la educación y la cultura y la sanidad, si las estructuras permanecen ahí inamovibles? ¿Para qué decir la palabra de tu honradez profesional no pactando con ninguna corruptela si siempre habrá aprovechados que lo hagan?...

Una vez más necesitamos oír esa Palabra, "tú conjura a esos huesos" (37,5), "conjura al aliento, conjura hijo de Adán, diciéndole: escuchad la Palabra del Señor" (37,9). Abre no sólo los ojos para ver, sino los oídos para escuchar su Voz. ¿Cómo escuchar tu Voz entre las voces? ¿Dónde resuenan hoy tus palabras, una vez más, expresadas en palabras humanas ambiguas y poco claras?

¡Concédenos Señor la gracia de dejarnos interpelar por el profeta a la escucha! ¡Danos un oído atento para escuchar *el aliento de vida* de tu Espíritu en tantas lenguas distintas, en tantas realidades variadas y complejas, en tantas búsquedas equivocadas a veces, en tantos deseos desorientados y manipulados. Pero, ¿qué nos está diciendo ahí tu aliento de vida?

*"Yo os voy a infundir espíritu para que revivoáis" (37,5.6).*

El sujeto protagonista de la vida nueva para el pueblo no será el profeta y es bueno que eso el mismo profeta lo tenga claro. "Yo", dice el Señor, seré el que, una vez más, como en una nueva creación, soplaré sobre este nuevo "Adán", colectivo también como el

Adán primigenio para que, donde había un pueblo destruido, un cuerpo sin espíritu, sin vida humana, aliente la vida que hace de los huesos calcinados un pueblo nuevo, del barro un ser humano.

Hoy necesitamos con urgencia creernos estas palabras, no sólo los creyentes en ti, Señor, sino todos los que, bajo el nombre que sea, te invocan. Necesitamos un corazón esperanzado que nos ayude a unirnos con la confianza que da saber que no luchamos solos contra las fuerzas del mal, contra los demonios de nuestro mundo que producen muerte.

Será una esperanza contagiosa que ayude a adherirse a ella a otras muchas personas que también confían en que las fuerzas del bien, que anidan en nuestro corazón humano, son más resistentes y auténticas que las del mal.

¡Ojalá que seamos capaces de unir nuestra esperanza activa a todas las personas esperanzadas del mundo, aunque no coincidamos en cuál sea la razón última de ella!

*"Ven aliento desde los cuatro vientos y sopla en estos cadáveres para que revivan" (37,9)*

El conjuro del profeta termina en una oración de súplica en nombre del Señor. "Así dice el Señor"...*"Ven y sopla"*.

En el día de hoy, Señor, quiero hacer un conjuro semejante, invocar al "aliento" que, desde "los cuatro vientos", llega hasta nosotros para permitirnos "ver", con la mirada de la profecía, que es posible que los cadáveres de nuestro planeta revivan.

Es verdad que, antes de la visión, el profeta escucha un trueno, y padece un terremoto. Quizá sean buenas imágenes para expresar nuestro momento. Estamos ahí, pero nos arriesgamos a confiar que es sólo el prelude anterior al momento en que empiecen a ensamblarse "hueso con hueso", que empiecen los tendones a estirarse y la carne vuelva a los huesos calcinados y la piel se tense (37,8), en espera del "aliento" de vida.

*"Penetró en ellos el aliento, revivieron y se pusieron en pie: era una muchedumbre inmensa" (37,10).*

El aliento, en la visión profética de Ezequiel, viene de los cuatro vientos, penetra en ellos y acontece lo increíble: los huesos calcinados no solo reviven sino que "se ponen en pie". Se ponen en marcha para construir el pueblo nuevo, la nueva Jerusalén arrasada por los enemigos.

Son movimientos, apenas incipientes algunos, pero que nos permiten no sólo soñar sino poder "ver" con el profeta, cómo los huesos calcinados se van ensamblando unos con otros y va penetrando en ellos un "nuevo espíritu" que los hace revivir, ponerse en pie y ser capaces de afrontar de un modo nuevo "lo real".

Igual que entonces a Ezequiel, también hoy a nosotros, se nos puede conceder la gracia de ver esa muchedumbre inmensa puesta en pie y de escuchar estas palabras: *"Esto dice el Señor...infundiré mi Espíritu en vosotros para que reviváis, os estableceré en vuestra tierra y sabréis que Yo, el Señor, lo digo y lo hago- oráculo del Señor-" (Ez 37,14)*

Ante tu Aliento de vida y de esperanza, me siento sobrecogida, Señor, y de mi corazón brota una súplica dirigida a ti: enséñanos a mirar y reconocerte, abre bien nuestros ojos para que sepamos ver en la cotidianidad de cada día, cómo, sobre nuestros huesos calcinados, tu soplo de vida ejerce su poder transformador, concédenos la gracia de saber contemplar y acoger tu aliento que se hace cuerpo en nuestro mundo.

- Gemidos inefables.

Mientras voy y vengo, entre pasillos de metro, aulas de clase, reuniones, charlas, encuentros..., en medio de mi actividad diaria, sigo respirando tu aire, aspirando tu presencia y, sobre todo, no dejo de suspirar ese hondo deseo de saber hacer espacio, entre tantas voces diferentes, para seguir reconociendo tu lenguaje, para que siempre

llegue a mi tu mensaje, sin interferencias, para que tu voz no me la acalle nada ni nadie.

Mi propio suspiro me evoca algo y me dejo sentir. ¡Suspirar un deseo!, muchas veces me pasa, Señor, es como necesitar impetuosamente que algo, que me urge por dentro, salga de mi y se haga verdad para siempre. Entonces suspiro, parece que así, “empujando” ese deseo, le voy a dar vida, lo voy hacer verdad definitiva. Sueño con ello e imagino la alegría que podría llegar a sentir, pero pronto la realidad me llama, vuelvo a ella, sigo escuchando y me llegan esos otros y tantos suspiros que se abren eco a mi alrededor. Me gustaría poder “empujar” también en ellos, ofrecerles mi fuerza, porque todos, Tú lo sabes, encierran igualmente grandes o pequeños deseos y algo, o mucho, de esa misma necesidad: convertir en realidad, hacer verdad, dar vida... En tu mundo Señor, hoy, suspiramos con fuerza, suspiro que llega a convertirse en grito de parto. Estamos queriendo dar a luz algo nuevo, tal vez una realidad diferente, pero esto nos cuesta, hasta nos duele, y es aquí donde, de nuevo, nos alivias: podemos recuperar aire porque Tu estás entre nosotr@s, estás y haces tuyas nuestras necesidades y deseos, nuestros esfuerzos. Lo sé y me lo haces sentir..

La palabra “ruah” expresa también el gemido de la parturienta cuando exhala ese último aliento antes de dar a luz. Así, como una mujer parturienta, has mostrado tu rostro al profeta Isaías:

*“Como parturienta grito, resollo y jadeo entrecortadamente” (Is 42, 14)*

¡Qué pocas veces te hemos contemplado así, como mujer pariendo, gritando de dolor por el lento dilatarse del útero para dar a luz! Y agradezco a Isaías que haya tenido la audacia de expresar ese rostro materno tuyo que tanto necesitamos.

También Tú hoy gritas, en medio del dolor de parto de nuestro mundo. No estás ahí “en tu cielo” impasible e insensible mientras

en esta historia nuestra nos debatimos entre la vida y la muerte. Tu empujas con nosotros la vida como la parturienta empuja a la criatura que dentro de ella quiere salir, mientras nuestras manos parteras intentan ayudar a dar a luz.

¿Somos capaces de escuchar hoy tu gemido jadeante en el alumbramiento de un mundo nuevo? ¿Podemos contemplar, como lo hizo Pablo, tu gritar, resollar y jadear debajo del grito de la creación entera que también desea dar a luz? Es más ¿creemos que los dolores de nuestro mundo lo son de parto y no de aborto? ¿Podemos leer el dolor del mundo como el lento ensancharse del útero de la madre tierra para dar a luz una humanidad nueva, donde sepamos vivir mas reconciliados unos con otros y con toda la vida del planeta?

*“Pues sabemos que hasta el presente la creación entera sigue lanzando un gemido universal con los dolores de parto.”  
(Rm.8, 19-20)*

¿Te descubrimos a ti, Madre parturienta, en nosotros mismos cuando gemimos anhelando la liberación de nuestro ser?

*“Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos el Espíritu como primicia gemimos en lo íntimo a la espera de la plena condición de hijos, del rescate de nuestro ser...”*

*Pero, demás, precisamente el Espíritu acude en auxilio de nuestra debilidad: nosotros no sabemos a ciencia cierta lo que debemos pedir, pero el Espíritu en persona intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rm 8, 22-24.26-27).*

Cuando tu Espíritu de vida se hizo cuerpo en el seno de una mujer tuvo lugar la encarnación, pero esto, Señor, no es algo que ocurrió en el pasado, sino que de distinta manera, pero también con verdad, sigue pasando siempre que consentimos a tu Espíritu que se haga cuerpo, es decir verdad histórica en nosotros y en nuestras estructuras.

Jesús, el rostro visible del tuyo invisible, también un día sopló su aliento de vida sobre su comunidad y les dijo: "Recibid el Espíritu santo" (Jn 20,22) y ese aliento de vida se expandió no sólo sobre las cabezas de sus discipul@s sino sobre el universo entero como promesa y realidad para todos los tiempos.

Concédenos la gracia de contemplar como gemidos inefables de tu Espíritu las búsquedas y los esfuerzos de tantas mujeres y hombres en nuestro mundo por hacerlo más justo, más fraterno, más reconciliado.

Permítenos leer nuestros anhelos por descubrir lo mejor de nosotros mismos como gemidos tuyos en nuestro interior para ser revestidos por tu Espíritu de vida.

*¡Sí! Los que estamos en esta tienda gemimos oprimidos. No es que queramos ser desvestidos sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Y el que nos ha destinado a eso es Dios, el cual nos ha dado en arras el Espíritu" (Cor 5,4-5).*

Escucho tus gemidos inefables, hoy en nuestro mundo, como ese grito de la parturienta, esa "ruah" final que anuncia ya el parto. Contemplo y te descubro en muchos lugares, en muchos grupos, minoritarios pero reales, en muchos proyectos. Es tu "Ruah" que se nos revela como:

- *Ruah de justicia y solidaridad* que hace crecer la conciencia ética y el convencimiento de que este mundo nuestro, interdependiente, o nos salvamos juntos o nos destruimos juntos.
- *Ruah constructora de paz y tolerancia* que moviliza los pies de quienes hacen de su vida una lucha por construir una paz fruto de la justicia, cerrando el paso a quienes quieren hacer la historia desde la violencia, la intolerancia o los fanatismos.
- *Ruah de liberación* que impulsa a personas y pueblos a la búsqueda de una liberación integral que nos permita vivir como seres humanos y, aún más, como hij@s y herman@s.

- *Ruah que conduce a lo más hondo del ser humano*, a la búsqueda del yo profundo. Búsqueda, que apunta al desvelamiento de lo mejor de nosotros mismos "a la espera de la plena condición de hij@s" y de herman@s. Que descubre la deshumanización a la que lleva el actual desorden establecido, la insuficiencia del bienestar económico y el consumo como dador de sentido a nuestra vida.
- *Ruah contemplativa que devuelve la religación contigo*, que impulsa a la verdadera experiencia mística como búsqueda de sentido. Nos conduce hacia una mística que no solo recupera el encuentro contigo, Señor, en la mas profundo de nuestro propio ser, sino que se nos va llevando a la búsqueda de una mística de "ojos abiertos", "una mística de la misericordia y la solidaridad".
- *Ruah lúcida y consciente* que nos va conduciendo a despertar, despertar "del sueño de la cruel inhumanidad" en la que vivimos. Ruah que nos hace comprendernos como sujetos y agentes de nuestra propia educación, desarrollo y crecimiento. Que nos conduce hacia una mayor personalización y el despertar de la conciencia como camino de crecimiento y madurez personal y social, como proceso para recuperar la salud psicológica y el cultivo de la espiritualidad.
- *Ruah profética que denuncia toda violación de los derechos humanos y, ¿hay alguno más sagrado que el derecho a vivir dignamente?* Que desenmascara la mentira, la ignorancia interesada, la justificación cínica. Que anuncia buenas noticias, alienta esperanzas, propone utopías realizables.
- *Ruah integradora* que va quebrando dualismos antagónicos y seculares: natural-sobrenatural; humano-divino, cielo-tierra, sexualidad-espiritualidad, cuerpo-alma. Ruah que impulsa al diálogo ecuménico a todas las religiones.
- *Ruah de la imaginación simbólica* que nos va ayudando a recuperar la realidad como epifanía y sacramento de tu misterio. Ruah que

<sup>9</sup> Sobrino, J. *El principio misericordia*, Uca, 1993,11-18

reivindica el derecho a gozar de la belleza. Invita a celebrar la vida, recuperar la fiesta, el placer de ser y encontrarse, de comunicarse sin trabas ni tabúes.

Gracias, Señor, por esta ráfaga de aire limpio que supone poder contemplarte, descubrirte en medio de nosotr@s pariendo vida y pidiéndonos a tod@s que colaboremos contigo, que pasemos por nuestra historia convirtiéndonos en parter@s de la vida allí donde alienta, allá donde nadie logra verla, descubriéndola en los lugares más insospechados, valorando toda vida por muy insignificante que parezca.

- Brisa suave.

He salido a dar un paseo. Voy caminando despacio, tranquila, relajada..., dejando que por mis poros penetre la atmósfera que me rodea y saboreando ese aire suave que acaricia mi rostro y despeja mi cabeza. Me regalo un tiempo para "ser y sentir", para mirar y ver más allá de lo que aparentemente hay. En medio de mi ritmo diario, ¡qué lujo y qué necesidad!, ¡qué distinto se ve todo, siendo lo mismo de siempre! Es como una "bocanada de aire fresco" que ensancha mis pulmones y, de nuevo, me habla de tu presencia, me hace sentir que lo envuelves todo. Sigo caminando y las calles, los coches, la gente corriendo, los ruidos..., van quedando atrás. Ante mí, se abre un paisaje distinto: caminos de tierra, árboles, césped, flores, niños jugando, parejas que pasean, al fondo el mar. Aquí se ve mejor el cielo y parece que es más fácil respirar, respirarte, tu aire sabe y huele distinto. En este espacio amplio y verde me siento a acoger, a acogerte, sentirte, gustarte. Escucho los chopos tintineando suavemente en un sonido apenas imperceptible. Unas hojas que caen al suelo me hacen descubrir la presencia de una suave brisa.

Me estremezco, soy consciente que una vez más ha resonado tu voz y como a Elías se expresa en la suave brisa:

*"El Señor le dijo:*

*Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor.*

*¡El Señor va a pasar!*

*...Después del fuego se oyó una brisa tenue;*

*al sentirla Elías se tapó el rostro con el manto, salió fuera y*

*se puso en pie a la entrada de la cueva.*

*Entonces oyó una voz que le decía:*

*¿Qué haces aquí Elías? (I Re 19,12-13)*

Sin ruidos y sin alardes, así es tu presencia. Reclamas silencio, sosiego, calma para escuchar "la brisa tenue" de tu lenguaje. Nos pides oído discreto para reconocer tu Voz.

Así de asombrosa es la acción de tu Espíritu, donde no hay apariencia, ni se espera grandes cosas, allí se revelan, Señor, tus preferencias. Jesús, lo vivió así y lleno de la alegría de tu Espíritu, te dio gracias por ello; yo, hoy, hago mía su oración: " Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien." (Lc 10,21).

Te escucho en la brisa que me desvela el valor de lo discreto, de lo que no se ve, apenas se siente, pero posibilita respirar en el ardor del verano. Te descubro en ese suave viento que, poco a poco, va empujando a los veleros a buen puerto, sin sobresaltos, sin acelerar el ritmo, sin prisa pero sin pausa y mientras observo el surco del velero en el mar, apenas perceptible, contemplo tu acción discreta en la historia. Esa de la que nos habló Jesús y no nos acabamos de enterar.

Te esperamos en el poder, esplendor, fuerza, buena apariencia, ruido... y Jesús nos habló siempre de que Tu Reino estaba oculto en el grano de mostaza, en una pequeña medida de levadura mezclada en la harina. Comparó la vida cristiana con unos granos de sal suficientes como para sazonar las comidas o curar unas heridas, con un pequeño candil que alumbra una habitación.

Siempre que leo estos textos del Nuevo Testamento, donde se nos revela el valor de lo discreto, la fuerza salvadora de la cotidianidad, me acuerdo de María, la mujer sencilla a la que Dios elige para hacerla Madre de su Hijo. Ella, la educadora de Jesús, es la mujer que llanamente *acoge la salvación* y la hace verdad desde la oscura y olvidada Nazaret.

Al acoger el misterio de la acción de Dios en ella, descubre también las maravillas de ese mismo Dios en su pariente "vieja y estéril" y sin mediar palabra, se va apresurada para hacer verdad que es servidora de su Señor, en el servicio a los hermanos. Se va para hacerse no solo portadora de salvación sino "partera" de la vida allí donde apunta.

María *acoge su persona* de mujer sencilla de un pueblo de mala fama, como mujer agraciada por Dios, bendecida y canta sin pudor las maravillas que Dios ha hecho en ella (Lc1,46-50). Ha sido liberada para el gozo y por ello invita también a su prima a entonar un canto de alabanza y profecía a su Señor que es el Señor de Israel su pueblo.

No le fue fácil acoger el misterio de aquel hijo que tantos desconciertos y sobresaltos le traerá en la vida. Pero no se nos presenta su persona como acogedora pasiva sino activa, interrogativa, tomando iniciativas.

Los Evangelistas ponen muy pocas veces palabras en boca de María, tres o cuatro y curiosamente dos son preguntas que piden una explicación: *¿Cómo será esto?... ¿Hijo por qué has hecho esto con nosotros?* (Lc 2,48). En ambos casos María acogerá la palabra del ángel y del hijo, sin entender, pero *guardándola en el corazón*, acogiendo, en actitud de silencio y hondura, acontecimientos que la desbordan y desconciertan.

Acoge las dudas y sospechas sobre su embarazo (Mt 1,19).

Acoge un inoportuno edicto que la llevará a dar a luz a su hijo en un casi descampado a las afueras de la ciudad (Lc 2,1-6).

Se verá envuelta en una escapada fuera de su patria, emigrando a un país extraño para salvar la vida de su hijo de los poderosos de turno que, para defender sus intereses, no les importa provocar la muerte y la huida de los pobres inocentes (Lc 2,13-18).

Tiene que escuchar los rumores, de parientes y extraños, de que su hijo esta mal de la cabeza, es un borracho, comilón amigo de prostitutas y malas gentes, que si está endemoniado... (Mc 3,20-30; Lc 15,1-2).

Acoge, en silencio doloroso, que uno de los motivos de escándalo y desprestigio de Jesús sea la pobreza y "no dignidad" de sus progenitores. *¿No es este el hijo de...?* (Mc 6,2-3).

Más duro le resultaría, sin duda, acoger por parte de Jesús palabras que le retaban a desprenderse de cualquier tipo de pretensión de posesividad sobre su hijo: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?*" (Lc 2,49). *¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?*" (Mc 3,33-35).

No debió entender María, tampoco, el aparente desentenderse de Jesús ante su petición para salvar de la vergüenza a una joven pareja que calcula mal la cantidad de vino para su fiesta de bodas. Pero no solo toma la iniciativa en presentarle la necesidad, sino en enviar a los criados ante Él, porque estaba segura que el Hijo haría algo (Jn2 1-5).

La palabra empeñada en el diálogo con su Dios, se va haciendo carne de su carne y cuerpo de su cuerpo, no solo para dar a luz a su hijo, Jesús, sino para ir dejándose configurar por Él, siguiendo sus huellas, convirtiéndose por la fe en discípula suya.

Al final, con el corazón traspasado por el dolor, acogerá, sin comprender, la muerte en cruz del hijo inocente en medio de dos ladrones y en el abandono mas total de las masas que le aclamaban, de los beneficiados por sus curaciones, de sus amigos y elegidos. Sólo unas mujeres y Juan permanecen ahí junto al crucificado (Jn 19, 25-27).

Mientras los siglos posteriores enaltecieron a María llenándola de coronas, mantos de gran valor, títulos honoríficos... la mujer de Nazaret, llamada María, peregrinó en la fe oscura muchas veces para ella.

En ese acoger lo que la vida le traía y le quitaba en la oscura cotidianidad de Nazaret, ella realizaba la salvación en su cuerpo y en su entorno, sin ruido y sin alardes.

Los recuerdos se me agolpan y el corazón me queda rebotando gratitud por las maravillas que tu Espíritu hizo en María.

Mientras todos estos recuerdos me vienen a la memoria, sigo sintiendo la brisa suave sobre mi rostro y sencillamente me quedo en silencio, con la esperanza de que ese contacto se haga verdad en mí y me vaya aficionando a lo discreto, pequeño, sencillo, en definitiva, "lo evangélico", tal como hoy, de nuevo, lo he podido contemplar en María de Nazaret.

- Aire huracanado.

El día se ha ido apagando, ya toca su fin. El silencio empieza a reclamar su espacio e invita a descansar, a desconectar, a aparcarse todo lo que queda por hacer. Como mucho, cabe ese gesto confiado de "si Dios quiere, mañana será otro día". Miro a través de los cristales, fuera, se ven ya pocas luces encendidas, ¿qué habrá detrás de ellas? Por lo demás, todo es oscuridad cerrada, parece que la luna no ha recuperado su cielo y las estrellas la han abandonado. La noche está muy desangelada y fría, empieza a llover y un fuerte viento deja oír su silbido. No puedo menos que agradecer tener el cobijo de un techo y el calor de un hogar. El viento sigue soplando cada vez más fuerte y se levanta un vendaval que, en su violencia, llega a estremecerme. Cierro los ojos y me siento protegida, segura. Pero en ese estruendo y azote, algo me

llega de ti: ruges, aúllas, gritas y me da miedo escucharte, siento como si todo el universo también gritase a tu paso. Todo el gemir del mundo se hace eco en tu furor y de esto, Señor, no puedo protegerme. En ti resuena esta noche el aullido de muerte de tantas mujeres, hombres, niños a quienes no permitimos vivir dignamente.

Ruge el furor de la guerra en tu garganta, viento huracanado, el estruendo de las bombas y granadas.

Así dice el Salmista:

*"Viene nuestro Dios...  
en torno a él, violenta tempestad"*(Sal 50,3)

Quiero esconderme de ti y no puedo. Cierro los ojos y los oídos para no ver ni oír tu destrucción pero te arremolinan en torno a mí. ¡Cuánto anhelo en este momento que se pudiera hacer verdad ese deseo de León Felipe:

*"Viento  
suéltame, déjame...¡déjame dormir!  
Quiero dormir, dormir...¡dormir!  
Siembra mis sueños, entiérrame,  
cúbreme ya con una frazada de tierra caliente  
y déjame crecer. Quiero crecer. ¡Dormir es crecer! Acuéstame...  
¡Siembra mis sueños!  
Cuando haya crecido  
y sea ya un pino duro, místico y derecho en la orilla del mar  
para ofrecerme como el palo mayor de la fragata  
y llevar las velas más seguro que ahora,  
ven a despertarme,  
a arrancarme de la tierra otra vez.  
tal vez entonces podremos pasear juntos entre las nubes  
oscuras y rotas ya de la tormenta..,"<sup>10</sup>*

<sup>10</sup> León Felipe, Ibidem. 265-266



Pero los deseos son una cosa y la realidad es otra, la fuerza incontenida del viento me asusta y no puedo dejar de escucharla, silba, grita tu cólera por el dolor injusto infringido a tus hij@s ¿Cómo no vas a enfurecer ante el espectáculo de un mundo donde 1.300 millones de personas tienen que vivir con menos de \$1 al día; casi 3.000 millones, con menos de \$2<sup>11</sup> y al tiempo los tres hombres más ricos del planeta (Bill Gates, el sultán de Brunei y Warren E. Buffet) superan el producto nacional bruto de los 48 países menos adelantados, y las 225 personas más ricas del mundo poseen tanto como el 47% de la humanidad?<sup>12</sup>

El profeta Nahum viene en mi ayuda para interpretar tu lenguaje en ese aire que me tambalea interiormente:

*"El señor es un Dios celoso y justiciero,  
el Señor sabe airarse y tomar venganza.  
Camina en el huracán y la tormenta,  
Las nubes son el polvo de su paso" (Na 1,3)*

No me gusta esta imagen de ti, como Dios justiciero y vengador, pero entiendo tu cólera, tu indignación.

También nosotros, hoy, necesitamos recuperar la capacidad de indignarnos por la situación que hemos creado, que de modo más o menos consciente sostenemos, y hacer de esa indignación energía de denuncia, lucha y liberación. A veces pienso que confundimos la tolerancia con la apatía y la comodidad. Escondemos nuestros miedos y cobardías debajo de palabras bonitas.

¡Ven aire huracanado y desenmascara nuestras mentiras y ocultaciones, derriba nuestras falsas justificaciones! ¿Qué puede justificar que el año pasado hayamos gastado en Europa \$105 mil millones en bebidas alcohólicas y \$ 50.000 millones en cigarrillos sabiendo

<sup>11</sup> Informe sobre el desarrollo humano 1998 (PNUD). Mundi-Prensa, 1998, 51.

<sup>12</sup> Ibid, 30

que el coste adicional que supondría agua y saneamiento para tod@s serían sólo \$9.000 mil millones?<sup>13</sup>

Si miro al planeta, Señor, esa obra tuya, creada con amor, contemplo que mientras Tú te empeñas en sostenerla con tu aliento, nosotros nos empeñamos en destruirla y degradarla hasta hacerla irrespirable

Hoy nos hablas también desde el aire contaminado. Nos desvelas la expoliación del planeta, la degradación del ecosistema, la amenaza de la biodiversidad, el agujero de la capa de ozono, la contaminación ambiental. Todo es, o puede ser, objeto de comercio y ganancia aunque nos estemos jugando el futuro del planeta.

El profeta Ezequiel clama también en su tiempo y anuncia con una rica metáfora que el viento de Dios derribará el muro de sus falsedades, de sus esperanzas irrisorias, de sus mentiras blanqueada. Desenmáscáranos, Señor, y déjanos "al aire".

*"Por tanto, esto dice el Señor:  
Con furia desencadenaré el vendaval,  
Una lluvia torrencial mandaré con ira,  
Y pedrisco, en el colmo de mi furia.  
Derribaré la pared que enlucisteis, la tiraré al suelo,  
quedarán al desnudo sus cimientos" (Ez 13,13).*

Concédenos escuchar tu grito de protesta, tu denuncia sin paliativos, desnúdanos de nuestras caretas e ignorancias interesadas, ahora te toca a ti emitir tu juicio y una tormenta de viento que lo envuelve todo es tu lenguaje:

*"En aquel tiempo dirán a este pueblo y a Jerusalén:  
Un viento ardiente sopla de las dunas del desierto  
Hacia la capital de mi pueblo:  
No viento de aventar ni de cribar,  
Si no viento huracanado a mis órdenes:  
Ahora me toca a mí juzgarlos a ellos" (Jr 4, 11-12).*

<sup>13</sup> Ibid.37

Júzganos, Señor, con misericordia, aunque no la merezcamos, danos oídos al menos para reconocer el juicio que en nombre del profeta Jeremías hoy nos lanzas:

*"Vuestras culpas han trastornado el orden,  
vuestros pecados os dejan sin lluvia,  
porque hay en mi pueblo criminales que ponen trampas  
como cazadores y cavan fosas para cazar hombres:  
sus casas están llenas de fraudes  
como una cesta está llena de pájaros,  
así es como medran y se enriquecen, engordan y prosperan;  
rebotan de malas palabras, no juzgan según derecho,  
no defienden la causa del huérfano  
ni sentencian a favor de los pobres.  
Y de todo esto, ¿no tomaré cuentas? -oráculo del Señor-"  
(Jr.5, 25-29).*

*"Mi pueblo es insensato, no me reconoce,  
son hijos necios que no recapacitan:  
son diestros para el mal, ignorantes para el bien" (Jr 4, 22).*

También, Señor, el vendaval arrampla con nuestros "aires de suficiencia", nos viene bien que nos bajen de nuestros pedestales cuando se "nos sube el aire a la cabeza", cuando "nos damos aires" de ser lo que no somos.

*¡No así los impíos, no así!  
Que ellos son como paja que se lleva el viento" (Sl 1,4)*

El viento es también lenguaje de verdad cuando pone al descubierto la consistencia o inconsistencia de nuestra vida, ¿vivimos al aire que más sopla?, ¿se puede decir de nosotros que "tenemos la cabeza llena de aire"? ¿Estaremos tan ciegos que no nos damos cuenta que corremos tras cosas que se las lleva el viento? En estos tiempos nuestros tan posmodernos, donde con tanta facilidad vivimos desde la trivialización de la vida y el des-compromiso, pero también tiempos desmitificadores y relativizadores de falsos abso-

lutos, nos puede venir bien leer la sabiduría escéptica y en cierto modo demoledora de Quohélet. Dice Alonso Schökel que en "él la sabiduría se apea, llega al borde del fracaso; así encuentra su límite y se salva"<sup>14</sup>

*"Examiné todas las acciones que se hacen bajo el sol: todo es vanidad y perseguir vientos...mi mente alcanzó sabiduría y mucho saber. Y a fuerza de trabajo comprendí que la sabiduría y el saber es también caza de viento, pues a más sabiduría más pesadumbre, y aumentando el saber se aumenta el sufrir." (Ecl 15.17-18).*

*"Observé todo el esfuerzo y el éxito de las empresas: es pura rivalidad entre compañeros. También eso es vanidad y perseguir vientos..." (Ecl 4,4.)*

Este sabio de Israel recorre todos los rincones de la realidad, todas las acciones humanas y concluye que "todo es vanidad y perseguir vientos", curiosamente en el Epílogo de su libro propone la única sabiduría que para él merece la pena,

*"En conclusión y después de oírlo todo, teme a Dios  
y guarda sus mandamientos, porque eso es ser hombre;  
que Dios juzgará todas las acciones,  
aun las ocultas, buenas y malas" (Ecl 12,13).*

Cohélet, concluye su libro adelantando de alguna manera la sabiduría que nos propuso Jesús, el reconocimiento de dónde está lo perdurable y donde lo caduco. ¡Señor, danos tu sabiduría para distinguir la verdad de nuestra vida, la solidez de la cultura que queremos construir, la hondura de nuestras convicciones y creencias!

Jesús nos expresó claramente dónde está la sensatez y dónde la necedad y frivolidad que se lleva el viento pero no sabemos escuchar su palabra de verdad:

<sup>14</sup> Alonso Schökel, L-Mateos, *Nueva Biblia Española*. Cristiandad, 1975, 1372

*“Todo aquel que escucha estas palabras mías y las pone por obra se parece al hombre sensato que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos y arremetieron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada en la roca.*

*Y todo aquel que escucha estas palabras mías y no las pone por obra se parece al necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos, embistieron contra la casa y se hundió. ¡ Y que hundimiento tan grande!”(Mt 7, 24-27)*

Hoy también sentimos nuestro planeta, nuestro mundo, nuestra Iglesia en medio de una gran tempestad, igual que en tus tiempos Jesús, la barca en la que Tú estabas se veía amenazada por un aire huracanado que parece hundirla, y Tú dormías. Muchas veces me viene esta imagen cuando siento tambalearse la barca de nuestro mundo, de nuestra Iglesia, de nuestra casa y me pregunto y escucho a mi alrededor preguntas semejantes: ¿dónde estás?, ¿acaso duermes?, ¿nos has abandonado a nuestra suerte? Y siento envidia cuando leo en el Evangelio que Jesús increpó al viento diciéndole:

“¡Calla, enmudece! El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza” (Mc 4, 39).

Necesitamos creer en la fuerza de tu Palabra en la historia para calmar nuestras tempestades, pero sentimos flaquear nuestra fe. Quizá porque ya no tenemos una fe ingenua, ni mágica y comprendemos que tu modo de proceder en la historia no es tanto hacer “milagros”, tal como ahí parecería que pasó, sino que contando contigo, somos nosotr@s l@s llamad@s a luchar contra esos vientos de muerte. Por eso escucho como dirigidas a mí, sus palabras de denuncia a tus discípulos por su poca fe, al perder la confianza asustados por la tempestad. “¿Por qué sois tan cobardes? ¿Cómo es que no tenéis fe?” (4,40-41).

Tu Espíritu, Señor, se muestra muchas veces en forma de viento huracanado que, como en un nuevo Pentecostés, quiere derribar nuestras puertas bien cerradas y lanzarnos, como lo hizo con la primera comunidad, a la aventura de proclamar la buena noticia a los cuatro vientos y construir tu Reino (Hch 2,1-11; Jn 20,21-22; Mc 16, 15).

Envía tu Espíritu, como aire huracanado, sobre nosotros, sobre nuestras estructuras viejas, sobre nuestros inmovilismos y haznos instrumentos dóciles a su acción.

Termino mi oración recitando este bello poema de Percy Bysshe Shelley que evoca la fuerza cósmica del viento que arrasa y renueva la naturaleza:

“Oh salvaje viento del Oeste  
 ...encantador de los espectros,  
 Espíritu salvaje, que te estás moviendo por doquier,  
 Destructor y salvador; escucha, ¡oh, escucha!  
 ...¡Oh controlable!  
 ...indómito, pronto, orgulloso  
 ...Sé tú, espíritu fiero  
 ¡Mi espíritu! ¡sé tú yo, el impetuoso!  
 ¡Conduce mis muertos pensamientos por encima del  
 universo.  
 Como hojas secas para apresurar un nuevo nacimiento!  
 Y, por la incantación de este verso,  
 ¡esparce, como de un inextinguible hogar  
 cenizas y chispas, mis palabras entre la humanidad!  
 ¡Sé a través de mis labios, para la tierra no aún despierta-  
 la trompeta de una profecía! Oh viento,  
 si el invierno viene, ¿puede la primavera estar muy atrás?<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Shelley, P.B. *Ode to the West Wind*. Citado por CHEVALIER, J. *Diccionario de los símbolos*, Herder, 1986, (v. Viento)

### Pon mis pies en las huellas que deja tu paso

En este otoño, soleado y frío, que colorea nuestro paisaje, nuestros parques, nuestras calles, a menudo me regalo la vista observando esa gran lluvia de hojas que deciden abandonar su árbol y abandonarse al aire; se dejan llevar y traer, no ponen resistencias, mansamente son trasladadas de un lugar a otro.

Me veo a mí misma caminando con prisa, pisando segura, sé a donde voy. Otras personas a mi alrededor van y vienen en un bullir interminable. Vuelvo a mirar las hojas dóciles al viento y me brota poner atención a lo que éste me dice. Tímidamente, se dirige a mis pies y les susurra: ¿quién os conduce?, ¿qué dirección y orientación lleváis?, ¿por qué vais a éste o aquel lugar? .

Me quedo en silencio, quieta, atenta. Me doy cuenta que los pies son mis órganos de movilidad. Me posibilitan caminar en una u otra dirección y también permanecer en pie. Estar sin más. En marcha o parada, de pie o tumbada. Son símbolo de la *dirección y orientación de mi vida...*

Soy consciente, Señor, que una palabra significativa e importante me diriges en este momento y no quiero dejarla pasar. El viento sigue removiendo todo lo que encuentra a su paso, yo sólo miro atentamente y me dejo impactar.

En ese ir y venir de las hojas removidas, escucho que me dices: "Te invito a un diálogo sencillo y hondo con tus pies. Arriésgate a hacerlo puede ser un buen lugar de lucidez y autoconocimiento, míralos, pregúntales y déjalos hablar; escucha sus respuesta, puedes quedarte sorprendida de su sabiduría". Acojo tu reto y les pregunto:

- qué tipo de persona llevan encima, con qué talante la sienten caminando por la vida; cómo se sienten con ella;
- qué caminos han caminado, qué registros han quedado grabados en los surcos de sus plantas, de qué hablan esos surcos, de qué

experiencias, personas, realidades, pueblos, países; qué consciencia tienen de las huellas que han dejado a su paso;

- si caminan solos o acompañados; junto a quién han caminado, a quién han dejado a un lado; ante qué o quiénes han dado rodeos; ante qué "heridos tirados en el camino" han sabido detenerse y si han dejado que esos encuentros vayan modificando la dirección y el ritmo de sus pasos;
- si saben bailar la danza de la vida; disfrutar de los amigos y amigas, de las realidades sencillas y cotidianas que hacen la existencia más humana y gozosa; alegrarse y compartir la lucha por la vida y la solidaridad;
- si saben descalzarse asombrados ante el misterio de la vida, de toda vida, por muy insignificante que parezca.

Tantas preguntas me dejan desconcertada, aturdida, necesito darme tiempo para contestar sin prisa. El aire sopla cada vez más fuerte, temo que me arrastre... ¡Eso es lo que me pasa! Temo dejarme llevar y traer al "aire de tu Espíritu", Señor. Quiero ser yo quien controle cada paso de mi vida. No soy de las que cedo fácilmente el control de mi persona, pero sé hacerlo cuando el amor se hace verdad en mí, cuando sé que me puedo fiar, cuando me siento acogida incondicionalmente.

Tu Espíritu, a través del aire que me envuelve, me invita a dejarme movilizar por Él, a abandonar el control de la dirección de mis pasos, para poder ser conducida tras las huellas que Jesús dejó, en la historia.

Espíritu de Jesús, ¡ven!, recuérdanos cuáles son esas huellas, muéstranos cómo caminaban sus pies por los caminos polvorientos de Judea, Samaría, Sidón, Tiro.

Poco a poco, van viniendo a mi memoria pasajes del Evangelio y Tú vas revelándome, de un modo nuevo, las huellas de Jesús tras las que quieres invitarnos a caminar. Miro y contemplo:

- Sus pies que caminan gestando vida junto a las vidas perdidas y descarriadas, los excluidos, hombres y mujeres de mala fama.

Esos “malos pasos” terminarán proyectando sospechas sobre su propia persona (Lc 15,1-2).

- Que son los suyos, pies samaritanos, que no pasan de largo y van haciendo de todo otro tirado en el camino, alguien “próximo” (Lc 10,36-37).
- Pies que saben, también, reponer fuerzas, descansar del desgaste de la vida, invitando a sus amig@s al reposo, al disfrute del encuentro y la amistad (Mc 6,31).
- Son pies que se dejan besar, acariciar y ungir por una mujer pecadora a la que devuelve su dignidad y convierte en discípula (Lc 7,36-50).
- Que traspasan fronteras rompiendo el cerco del nacionalismo excluyente (Mc 6,53).
- Pies que descubren vida en caminos desolados, en situaciones de muerte, por eso caminan decididos a “subir a Jerusalén” (Mc 10,32) sin huir del conflicto, y al tiempo, buscan el apoyo y compañía de sus amigos, porque se sienten sin fuerzas para estar en pie (Mc 14,34 -35).
- Pies que, mientras caen abatidos de rodillas ante el miedo a morir, sabrán sostenerse firmes para no claudicar en su misión de dar vida a este mundo, aunque Él la pierda en el empeño (Mc 14,36.42).
- Que se hacen compañeros de camino para alentar pasos desesperanzados y convertirlos en pies que corren para anunciar a l@otr@s la Resurrección (Lc 24,13-35).

Permanezco en silencio saboreando esas imágenes y recuerdos para terminar con una oración de súplica:

Señor, necesito dirigirme a ti en mi nombre y en el de todos los que creemos en Jesús, como el Señor: concédenos la gracia de dejarnos configurar por su Espíritu, consentir en ser traíd@s y llevad@s por Él, poner los pies en las huellas que deja su paso. Para que eso sea verdad, necesitamos que nuestros pies vuelvan a

*encontrarse* con Jesús, el Señor de la vida, y queden seducidos por la atracción de su persona y proyecto. Esa experiencia no podrá ser olvidada.

Nuestros pies percibirán el amor con que son mirados y sin duda, cada un@ de nosotr@s escuchará de nuevo unas palabras firmes en su respetuosa invitación: “Si quieres, ven y sígueme”. Acompáñanos, únete a este puñado de hombres y mujeres que quieren proclamar con sus vidas la buena noticia del Reino de Dios. Si quieres ven y ayúdanos a expulsar “demonios”, a luchar por los derechos humanos como derechos divinos, para hacer posible y por eso creíble que somos hermanos, hijos de un mismo Padre.

Tu Ruah, Señor, irá poniendo nuestros pies tras sus huellas, sin ofrecer resistencia; les enseñará a caminar sus caminos de vida para hacerlos propios; no perderán la dirección adecuada, y por tanto no darán rodeos, sino que descubrirán el arte de hacerse “próximos” a toda persona, mujer u hombre, tirada en el camino. Sabrán permanecer en pie ante los crucificados de la historia, caminar allá donde “alguna parienta” esté a punto de dar a luz vida, proyectos, esperanza.

También, nuestros pies sabrán ir despacio disfrutando del camino, aprendiendo a caminar al paso del amigo y del extraño; hacerse encontradizos y aparentar pasar de largo, sus pasos dejaban el corazón “ardiendo” del amor de su Señor.

Nos regalaras la gracia de convertir nuestros pies en “artesanos” cotidianos de la justicia de nuestro Dios que vino a poner vida donde hay muerte y más vida donde hay más muerte.

Entonces serán de verdad pies que caminan en y para la vida, que se hace eterna, porque dejan el rastro de lo indestructible: una vida vivida en y desde el amor, que es lo único que permanecerá cuando la presencia “cara a cara” contigo, Dios de la vida, nos haga ya innecesaria la fe y la esperanza.

### Haz de mi piel el lugar donde me dejo tocar, acariciar, configurar por ti

Estoy en la playa dejándome acariciar el cuerpo por la brisa suave del mar. El sol luce espléndido pero no me quema gracias al frescor del aire. Cierro los ojos y me dejo sentir, sin prisa, toda mi piel. Respiro, inspiro dejando entrar el aire hasta el fondo. Respiro tu presencia, Señor, invisible pero real, no quiero poner resistencias, me dejo llenar el tórax, el abdomen. Expiro y me abandono a tu presencia, ¡aquí estoy!, te digo, “hágase en mí, según tu Palabra”, es mi “mantra” oracional.

En medio del bullicio de la playa, el silencio, dentro de mí, se va haciendo cada vez más profundo y denso. Silencio del cuerpo, relajado, abandonado, silencio de la mente, no hay pensamientos, imágenes..., silencio de las emociones... y se me regala un silencio “fértil”, de “música callada” o de “soledad sonora”, como diría San Juan de la Cruz. Sólo tu lenguaje hecho silencio.

Me siento envuelta en tu presencia amorosa y refrescante. Repito el gesto de Elías, ante el paso de la brisa suave, que anuncia tu presencia, yo también me tapo el rostro, y escucho tu palabra “¿Qué haces aquí?” (I.Rey 19,12). Dejarme hacer por ti, te digo, acogerme, escucharte, sentirte a través de mi piel, tan necesitada de contactos constructores, de contactos que me devuelven mi verdadera identidad, de caricias que me ayuden a restaurar heridas, a sanar mi cuerpo y mi espíritu.

Sigo contemplando la brisa acariciando las olas que rompen mansamente en la arena y, una y otra vez, algo susurran... escucho: “eres el mar” y sorprendida por esa noticia, sigo escuchando y una y otra vez dicen lo mismo, “eres el mar”... Entonces me brota del corazón una palabra tuya, Señor, revelada desde antiguo y recogida en el Génesis, “imagen y semejanza”, “barro y aliento divino”... Ya he oído esas palabras muchas veces pero hoy me suenan como nuevas... Se hace el silencio.

Permanezco así, sintiendo de nuevo la brisa en el rostro, vuelvo a mirar al mar, que majestuoso ante mí, parece inamovible, pero la brisa sigue jugando con las olas que, mansa y tercamente, repiten a tod@s l@s que pasean por la orilla: “eres el mar”. No sé si, distraíd@s y o hablador@s en el bullicio veraniego, logran escuchar esa buena noticia.

Continúo en silencio pidiendo un oído atento, unos ojos contemplativos, un corazón capaz de saltar de gozo, mientras sigo contemplando el juego del aire en las olas. Unas rompen en espuma blanca altivas y ruidosas, otras apenas se atreven a levantarse del suelo decaídas y tristes y también a ellas el aire les susurra el mismo mensaje “eres el mar”. No te equivoques creyéndote, no sólo una ola única, sino aislada, independiente, desligada. No es lo importante que seas ola grande o pequeña, espumosa o mansa, lo realmente importante, lo que expresa la identidad verdadera de tu ser es que “eres el mar”... Yo también escucho esas palabras, Señor, que me evocan nuestra verdad más profunda: somos un solo cuerpo, somos tu cuerpo. Hoy, me lo haces sentir en esta brisa suave que arrulla el mar, sólo sé permanecer en silencio y pedir perdón.

Vuelvo de nuevo a darme cuenta de tu caricia, en mi piel, a través de la brisa marina. ¡Cuánto te agradezco que nos hayas dado un cuerpo para sentir, tocar y ser tocad@s, para experimentar el placer del encuentro hecho ternura, abrazo, beso...

Concédenos, Señor, consciencia y experiencia de la caricia como sacramento del amor, de tu Amor, descúbrenosla como uno de los gestos más integrales y completos que tenemos los seres humanos para comunicar y expresar nuestros sentimientos amorosos. La caricia alcanza una parte del otro, pero presencializa la totalidad de su ser. Por eso, cuando ésta se hace lenguaje de pareja, lenguaje del amor enamorado, llega a convertir la sexualidad en erotismo, es decir, en sensualidad humanizada por el cariño. Todos los sentidos entran en esta obra de arte que es acariciar. Cada vez estamos descubriendo más que el lenguaje erótico no niega la espiri-

tualidad, sino que la cultiva, no niega el amor, sino que lo expresa, lo ahonda, lo hace intimidad compartida. Nos permite convivir y disfrutar el encuentro interpersonal.

El contacto de la epidermis es mucho más que excitarse, es deponer armas y abrazarse. La caricia llega hasta la raíz del mismo yo, que emerge y aflora en ella mientras se expande y se sosiega en esa experiencia indescriptible que es saberse querido a través del lenguaje del cuerpo.

Mientras me fluyen todos estos pensamientos Señor, siento rabia y rebeldía por la mala educación recibida en este campo de la sexualidad. ¡Cómo nos han asustado con ella! Todo lo referente al sexo era pecado sucio, malo. ¡Cuánta culpa, miedo, represión! ¡Cuánta obsesión en torno al tema! ¿Podrá ser, en parte, fruto de una moral sexual, elaborada e impuesta por célibes un tanto miedosos y asustadizos? No lo sé, Señor, pero qué poco le preocupó a Jesús este tema; con qué libertad se le percibe relacionándose con las mujeres, con qué espontaneidad abraza y besa a l@s niñ@s, cómo desconcierta a tod@s dejándose besar y acariciar los pies por una mujer pecadora, ungir su cabeza por otra mujer con perfumes carísimos; qué crítico fue frente a la institución familiar patriarcal de su tiempo.

Yo siento que necesitamos, hoy, seguir recuperando el lenguaje corporal con toda su densidad afectiva, con toda la fuerza simbólica de los gestos, humanizar la sensualidad en el cariño y la ternura. Y sobre todo distinguir el erotismo de la pornografía, que es la degradación del amor y la ternura, el mal gusto. La falta de arte, la vulgaridad convertida en espectáculo. El desnudo no es en sí pornográfico, lo es cuando incita al mal gusto, y a la comercialización del cuerpo humano convertido en objeto de consumo.

Nos resulta difícil, Señor, vivir el erotismo como lugar de tu Espíritu; de la ternura como lenguaje; de la caricia el abrazo y el beso como sacramentos de tu Amor; como lugar de la comunicación profunda, humanizadora, capaz de liberar del sentimiento de soledad y de abandono.

Me gusta, Señor, recordar la hermosa expresión bíblica con la que se expresa el amor de pareja: unirse y hacerse una sola carne. No es fácil hacerlo verdad. No siempre sabemos reconocer la hondura y el valor simbólico de ese gesto. En el coito, de alguna manera, se rompen los límites corporales. El cuerpo trata así de expresar la com-penetración máxima con la persona amada. Se dan y se acogen el uno al otro. Es el gesto simbólico que mejor expresa en esa comunicación íntima que ya "no son dos sino una sola carne", sin disolverse, ni perderse pero sí entregándose. Su finalidad es la entrega mutua, el conocimiento del otro, la comunicación mutua de su amor. Dar y recibir de dos personas distintas con ritmos y psicologías distintas.

Pienso que la entrega y presentación del cuerpo desnudo expresan la verdad y la indefensión con la que uno se muestra ante el otro tal como es. El desnudarse es símbolo de ofrecimiento sin reservas, del descubrimiento de uno mismo en la mas total intimidad del propio ser.

Si es un lenguaje de amor, requiere saber dar y recibir, acoger y entregarse. Exige madurez, reclama no solo deseo sino amor que se entrega porque se auto-posee, pide libertad, honradez y no-simulación, respeto a sí mismo y al otro. Por la densidad de esa relación y sus implicaciones, reclama fidelidad para ser congruente.

Me gusta estar recordando todo esto ante ti, Señor, en esta mañana soleada y fresca de verano, mientras muchas parejas a mi alrededor se abrazan y besan, pasean junt@s con las manos entrelazadas, ¿qué pensarán de esto que te estoy diciendo?, ¿coincidirán con estos planteamientos?, ¿les parecerá todo esto música celestial? A veces en los cursos o encuentros que tengo, con jóvenes y no tan jóvenes, les digo todo esto y les sorprende pero les gusta, muchos lo comparten, al menos les gusta soñarlo como utopía que merece la pena.

En este momento, Señor, quiero también expresarte, en este monólogo con el que hoy estoy haciendo mi oración, mi protesta por la alergia del cristianismo al placer, siempre visto como algo parasitario, sólo bueno en función de su fin. Han sido incapaces de trasmir-

tirnos una visión positiva de éste. Claro, después ¿qué nos ha pasado?, que cuando hemos descubierto que el placer no solo es bueno en sí, sino un derecho humano, lo hemos convertido en ídolo y, como pasa con toda idolatría, hemos sacrificado víctimas.

Pero hoy quiero reivindicar la bondad del placer en toda la gama de posibilidades en el que éste puede ser sentido y gozado, siempre que no degrade, que no se haga comercio, que no sea a costa de utilizar, manipular. Recuerdo que nos decían que el placer sexual sólo se justificaba porque a través de él se hacía posible la concepción. ¡Que pena y que rabia!

Recuerdo unas páginas hermosísimas de María Catarina Jacobelli en su libro sobre el placer sexual:

“El placer sexual *en su verdad*, es de hecho el único de los placeres de los que disfruta el ser humano que para existir, le impone salir de sí mismo. Solo el hombre *hace el amor* los animales se acoplan; la diferencia de términos indica que no existe gozo pleno y verdadero si todo el ser no se dona, se da, se trasvasa en el otro, en un júbilo que es antes que nada comunicación entre personas. Cuando un hombre y una mujer se unen en el amor, el cuerpo se transforma en instrumento, en expresión, en lenguaje de dos personas que se comunican la profundidad de su propio ser; a medida que el acto transcurre y se amplía hasta alcanzar su punto culminante, es todo el ser quien habla, quien dice quién es, entrando en una comunicación total en la que las palabras enmudecen para dar cabida a la transparencia más completa; el orgasmo es un grito mutuo de vaciamiento total: “te lo he dicho todo”. Y el hombre sabe que adquiere su plenitud en ese segundo en el que parece anularse, en ese *decirse* que trasciende infinitamente el *darse*, del que es la sustancia”.<sup>16</sup>..

<sup>16</sup> Jacobelli, M.C. *Risus Paschalis. El fundamento teológico del placer sexual*, Planeta 1991,108-109.

Siempre he oído decir que el placer tiende a encerrar a las personas en sí mismas haciéndolas incapaces de abrirse a los demás. No creo que eso sea el fruto del placer en sí sino del modo en que éste puede ser vivido. Al revés, con frecuencia, por mi propia experiencia y la de otros, compruebo que cuando se es feliz lo que se experimenta es la necesidad de devolver a los demás algo de la plenitud recibida. Esta experiencia de gratuidad, del placer así acogido, se transforma, muchas veces, en fuerza profunda que empuja ulteriormente a salir de uno mismo, hacia el otro, hacia todos los demás, hacia todo el mundo.

Con todas estas reflexiones, se me ha hecho tarde y quiero, por ahora, terminar esta oración, que me ha brotado del placer de sentir en mi cuerpo la caricia de la brisa, vuelvo de nuevo a hacer silencio para escuchar alguna palabra tuya, después de que yo te he dicho tantas mías...

El aire me cubre y me susurra; “Te estrecho detrás y delante, te cubro con mi palma” (Sal, 139,5) Y yo...

“Respiro,  
y el aire en mis pulmones  
ya es saber, ya es amor, ya es alegría...  
Vivir, vivir, raptar  
-de vida a ritmo-  
todo este mundo que me exhibe el aire...  
Respiro instante a instante,  
en contacto acertado  
con esa realidad que me sostiene,  
me encumbra.  
Y a través de estupendos equilibrios  
me supera, me asombra, se me impone”  
Jorge Guillen.<sup>17</sup>

<sup>17</sup> Guillen, J Primer Poema de Cántico.



### Devuélveme la memoria sub-versiva de tu acción salvadora en la historia

El aire sopla fuerte, tira lo que encuentra a su paso y le ofrece resistencias, todo se mueve y bambolea, silba entre las calles estrechas, También en ese silbido puedo escuchar tu voz. El viento fuerte no sólo me grita tu indignación y tu cólera, sino que también es instrumento tuyo que habla de libertad y nos empuja hacia ella. El viento moviliza, nos trae y nos lleva, libera, no en vano decimos que nos sentimos "libres como el viento"; también derriba y levanta.

Esas acciones me traen a la memoria el cántico de María:

"Proclama mi alma la grandeza del Señor,  
se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador,  
porque se ha fijado en su humilde esclava...  
Su brazo interviene con fuerza,  
desbarata los planes de los arrogantes,  
derriba del trono a los poderosos  
y exalta a los humildes"(Lc 1,46.51-52)

Fue ella la mujer sencilla de Nazaret, una ciudad desprestigiada, la que arriesga a proclamar a los cuatro vientos la acción de tu Espíritu; Devuélvenos, Señor, la memoria de tus acciones subversivas en la historia de salvación.! ¡Concédenos la capacidad de romper los esquemas con los que juzgamos quién está encima y quién debajo, quiénes son los primeros y quiénes los últimos, quién es importante y quién no, quién pecador y quién justo, qué es lo valioso y qué lo inútil!

Mientras observo el derrumbe de un árbol, grueso y aparentemente bien asentado, por el fuerte vendaval, recuerdo que también así de fuerte fue la acción de tu Espíritu en Pentecostés, capaz de derribar los muros defensivos de los discípulos, deshacer sus miedos y soltarles la lengua para transformarlos en tus testigos.

Son muchas las manifestaciones de tus extrañas preferencias, de la subversión de valores que supone entrar en la dinámica de tu Reino. Por eso, Jesús escandalizó tanto y le fue tan mal. Intento dejarme descolocar por tu Espíritu, como el viento descoloca lo que encuentra a su paso y quiero, desde ahí, volver a leer el Evangelio con ojos nuevos para captar su profunda novedad.

No deja de ser sorprendente el comienzo del Evangelio de Mateo. En una larga enumeración, simbólica, de 72 generaciones desde Abrahán hasta el Mesías, en la que siempre aparece un varón junto al verbo "engendró a", hay de vez en cuando una ruptura del ritmo, cuatro veces dice "engendró de" y a continuación, cuatro mujeres: Tamar, Rajab, Rut, mujer de Urías. Y al final, después de tanto varón engendrando ", María, **de la que nació Jesús, llamado el Mesías**" (Mt 1,1-16.16).

Lo primero que desconcierta es la presencia de esas cuatro mujeres ahí: Rajab, una prostituta; Tamar se disfraza de tal y con ello, después de engañar a su suegro, logra que éste le haga justicia; Rut, una moabita pagana; la mujer de Urías con la que se acuesta David cometiendo adulterio. Esas son las únicas "abuelas" de Jesús nombradas en la genealogía. Un poco escandaloso ¿no te parece?, ¿qué nos quieres decir con ello?, ¿adónde intentas dejarnos conducir por tu Espíritu?

Para contemplar tu acción subversiva en la historia de salvación, voy a fijarme en algunas mujeres de las que nos habla la Biblia. En una sociedad, tan misógina como la judía, resulta desconcertante descubrir a tu Espíritu actuando en pobres y sencillas mujeres apenas conocidas, pero que no han podido ser borradas por las manos de los varones que han escrito esos textos.

Quiero solo recordar algunas de ellas:

- Sifra y Pua, las dos parteras egipcias, que fueron capaces de desobedecer las órdenes del gran faraón. Con su gesto sencillo y

- valiente, con su astucia dijeron no a la muerte y sí a la vida. Supieron arriesgar sus vidas para favorecer a unas mujeres esclavas (Ex 115-19).
- Mirian, la hermana de Moisés, primero, junto a su madre logra salvar la vida de su hermano, y después la encontramos protagonizando la danza de la liberación e invitando a danzarla a todas las mujeres del pueblo (Ex 15,21).
  - Sara, la estéril, se convierte en la madre de las naciones (Gén 17,15-22).
  - Agar, la esclava, hace fecundo a Abraham (Gén.16,1-16).
  - Débora llega a ser profetisa y juez, reanima y organiza al pueblo para que se defienda (Jue 4 y 5).
  - Judit muestra la sabiduría israelítica capaz de competir con la babilónica y griega. Muestra paradójicamente el poder de Dios en la debilidad (Jud 1,ss).
  - Ester, símbolo de la resistencia activa ante la injusticia, muestra la solidaridad, la capacidad de compromiso arriesgado por su pueblo (Est 1ss).
  - Rut, la moabita, que supo fiarse de la fuerza del amor (Rut 1ss).
  - La madre de los Macabeos, que sufre el martirio de sus hijos, viéndolos morir en nombre de una causa que ella misma sembró en ellos (2 Mac 7,1,42).
  - La mujer cananea, que tiene la osadía de dirigirse a Jesús para contradecir sus palabras, llegando a ser para Él lugar de revelación de que las fronteras del Reino no se acaban en los hijos de Israel (Mt 15,21-28).
  - María, que, a pesar de las reticencias y reproches de su hermana Marta, elige hacerse discípula de Jesús, arrancando de labios del Maestro la aprobación de su conducta (Lc 10,38-41).
  - La hemorroísa que, saltándose todas las leyes vigentes, arriesga a tocar a Jesús con la fe de que ese contacto la sanará y, no sólo queda curada de su larga enfermedad, e injusta marginación, sino que escucha de labios del mismo Jesús que lo que le ha sal-

vado ha sido su fe audaz capaz de transgredir todas las santas tradiciones (Mc 5,21-43).

- La mujer encorvada a quien Jesús cura en sábado, mientras los letrados y entendidos religiosos se escandalizan y critican a Jesús, esta mujer rompe en una oración de alabanza a Dios (Lc 13,10-17).
- La mujer sorprendida en adulterio, por los varones “puros”, es perdonada, mientras éstos son desenmascarados de su hipocresía y pureza asesina (Jn 8,2-11).
- La mujer pecadora pública es ensalzada por Jesús a causa de su gran amor, y el fariseo cumplidor reprochado por su falta de delicadeza y sus juicios condenatorios (Lc 7,36-50).
- La pobre viuda, que echa unas monedillas en el templo y sólo Jesús es capaz de descubrir la grandeza heroica de su gesto, mientras la admira, intenta educar la visión de sus discípulos (Mc 1,41-42).
- Ya al final de la vida de Jesús, cuando los discípulos atemorizados huyen o reniegan de Él, son las mujeres las que le siguen hasta el final y le acompañan en la hora de su muerte (Lc 23,48-49).
- María Magdalena, testigo privilegiado, ella que en su sociedad está inhabilitada para testificar, es elegida por el Resucitado para ser la primera testigo de la resurrección y enviada como primera apóstol de la novedad de la Pascua (Jn 20,11-18).

Después de este breve y selectivo recorrido, veo más claro que tus caminos, Señor, no son los nuestros, que tus gustos no los compartimos, que la revolución que tu Hijo Jesús vino a traernos no la hemos asimilado.

Pero tu Espíritu sigue vivo y presente en la historia, no se cansa de gritarnos en nuestro interior tus valores, de abrirnos los ojos para que logremos descubrirte en los lugares oscuros, pobres, sencillos de nuestro mundo.

Quiero terminar mi oración volviendo, una vez más, mis ojos a María, la Madre de Jesús, nuestra madre. Ella sí se dejó poseer por

tu Espíritu, ella sí consintió a su acción, ella no sólo cantó tu acción subversiva en la historia, sino que la hizo carne de su carne y sangre de su sangre. Ella fue la mujer que no sólo acogió sino que realizó contigo la salvación.

Dejo volar mi memoria y recuerdo que todo comenzó, como dice Mercedes Navarro, con un "diálogo de consentimiento".<sup>18</sup> (Lc 1, 26-38). María comprende que se le está pidiendo su consentimiento, nada se hará sin contar con su libertad, por eso pregunta allí donde encuentra dificultades: "Como será...pues yo no conozco varón". Recibe, entonces, la garantía de que el Hijo que se la anuncia no es fruto de la carne ni de la sangre, sino puro don del Padre a ella, a través del Espíritu. Sabiendo que Dios espera su respuesta, compromete su libertad, da su Fíat a la Palabra que la fecundará y trastocará para siempre. ¡Aquí estoy!, que se haga en mi según tu Palabra, dice en un acto de libertad y autonomía. Nada tiene que consultar con José su prometido, es a ella, a una mujer sencilla de pueblo, a la que Dios ha consultado para hacerla "lugar" de salvación, templo vivo, tierra buena que dará el mejor fruto: Jesús.

- Dice sí y comienza en su cuerpo el misterio de un Dios con-nosotros y como nosotros (Lc 1,26-38).
- Se acerca a Isabel y la criatura que lleva en su seno salta de alegría (Lc 1,44).
- Se acerca a José y este acoge, respetuoso y desconcertado, a una mujer con un misterio en su seno que le desborda y del que él no es dueño ni protagonista (Mt 1,18-25).
- Se acerca a Simeón y este canta gozoso la llegada de su Señor tantos siglos esperado (Lc 2,32-35).
- Convive largamente con Jesús y le hace comprender, desde su experiencia, la preferencia de Dios por los pobres, sencillos, olvidados. En su modo de ser con su hijo lo prepara para que pueda

descubrir después y experimentar a Dios como ¡Abba!, Dios Madre-Padre. María lo va educando en el valor de lo cotidiano, de la pequeño, como lugar del encuentro con Dios, como lugar de Salvación. Con ella entenderá Jesús que el Reino de los cielos se parece al grano de mostaza, al grano de trigo, a la levadura en la masa, que no se puede poner un remiendo nuevo en paños viejos, que eso del Reino tiene que ver con la sal, y el candil.

- De María, mujer de Nazaret, pueblo de gente indomable ante la injusticia y "revoltosa", aprendería Jesús que lo de Dios tiene que ver con la defensa de los pobres, de sus derechos y necesidades. En Nazaret, junto a su madre, cultiva su pasión por la justicia.
- También María sabe de la alegría del Reino y quiere que otros lo saboreen, por eso la vemos en unas bodas, celebrando la fiesta del amor y de la vida y su apertura descentrada le hace darse cuenta de la necesidad ajena. Confiada y decidida expone la necesidad: no tienen vino y espera confiada la acción del Hijo en favor de la fiesta (Jn 2,1-12).
- Sigue a Jesús de cerca con otras mujeres, es convertida en discípula, y proclamada bienaventurada, por su acogida de la Palabra de Dios y su fidelidad a ella (Lc 8,19-21; 11,27-28).
- Se acerca a la cruz del hijo para acompañarlo y es constituida madre de todos en la figura de Juan (Jn 19,25-27).

Permanece junto a los discípulos después de la muerte de su hijo y junto a ellos es alcanzada, de nuevo, por el Espíritu Santo que la transformará en Madre de la Iglesia naciente y apóstol de la Buena Nueva del Reino (Hech 1,13-14).

Espíritu subversivo, ven a nosotr@s derriba nuestras "casas edificadas sobre arena", trastoca nuestras escalas de valores, concédenos la "locura" suficiente como para hacer de nuestras personas "lugares ecológicos" donde se respire el aire del Reino, donde se saboree la felicidad evangélica.

<sup>18</sup> Navarro, M. *Conceptos Fundamentales del Cristianismo*. Trotta, 1993, (v María)

Comenzaba mi oración preguntándote aire ¿tú quien eres?, ahora después de esta larga travesía juntos, después de hacer de ti lugar de mi oración, de acogerte como brisa, aire huracanado, gemidos inefables, aliento de vida, Ruah de Dios, Espíritu de Jesús, Espíritu Santo...sólo me queda respirarte de nuevo con gratitud y sosiego y soñar, soñar con el poeta:

*"¡Hace tanto tiempo que no sueño!  
Soñé que iba una vez -cuando era niño todavía,  
al comienzo del Mundo-  
en un caballo desbocado por el viento...  
que era yo mismo el viento...  
Señor, hazme otra vez soñar que soy el viento.  
el viento bajo la Luz,  
el viento traspasado por la Luz,  
el viento deshecho por la Luz,  
el viento fundido con la Luz,  
el viento...hecho Luz...  
Señor, hazme soñar que soy la Luz...  
que soy Tú mismo, parte de ti mismo...  
y guárdame, guárdame dormido,  
soñando, eternamente soñando  
que soy un rayito de Luz de Tu costado".<sup>19</sup>*

León Felipe

## El fuego aviva mi oración

Isabel Gómez-Acebo



Isabel Gómez-Acebo es licenciada en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense y en Teología por la Universidad de Comillas, donde actualmente imparte cursos de teología. Casada y madre de 6 hijos, ha escrito *Dios también es madre*, San Pablo, Madrid 1994 y ha colaborado en *10 mujeres escriben teología*, Verbo Divino, Estella 1993 y en *Para comprender el cuerpo de la mujer*, Verbo Divino, Estella 1996, además de publicar numerosos artículos en revistas. Es miembro fundador de la Asociación de Teólogas Españolas. Dirige y participa en la colección *En Clave de Mujer* en la que se inserta este libro.

<sup>19</sup> León Felipe, *Obra poética escogida*, Espasa Calpe, 1985, 168

## EL FUEGO AVIVA MI ORACIÓN

*Isabel Gómez-Acebo*

### **Preparo mi plegaria**

ME HE PROPUESTO TRAER A MI ORACIÓN IMÁGENES del mundo del fuego, un elemento que nos habla de ti, Dios mío, en el origen y que pienso es capaz de vehicular la mayoría de las experiencias y de las ilusiones humanas. Un elemento lleno de sugerencias para introducir en este diálogo que ahora iniciamos.

Me vas a permitir que me deje llevar por un torrente de lava y que no sujete mis palabras a patrones preestablecidos, ni a esquemas cerrados. Una oración que fluya por donde la lleve el Espíritu y que no ponga barreras, ni presas a la imaginación. El fuego crece, disminuye, se apaga, se aviva al menor soplo de viento o cambio de las condiciones climatológicas. La oración irá y vendrá; hablará del pasado y del presente; del mundo material y del espiritual pues todos los temas le van a servir de combustible para alimentar las horas de contacto contigo. Mi ser se pone en manos de tu Espíritu

para que sople a su antojo y me lleve en sus llamas a tu encuentro. Ese Espíritu que en Pentecostés se hizo lengua de fuego para facilitar la comunicación entre los seres humanos y que hoy necesitamos para entrar en comunicación contigo.

Podemos contar de antemano con calor y luz, dos componentes vitales para todo contacto interpersonal. Tu calor y mi luz; mi calor y tu luz. Ya se que las proporciones que tu aportas no tienen nada que ver con las mías pero no concibo un intercambio unidireccional. Los dos tenemos que dar y recibir aunque lo que yo te puedo dar es poco. Sin embargo, tengo la seguridad de que mi poco te sabe a mucho y que lo aprecias. Por eso estoy aquí ofreciéndote como premisa inicial, mi tiempo.

Vamos a hablar de la vida, de los excesos a los que nos someten las pasiones, de las cosas que quemamos y nos quemamos, de los fuegos fatuos que perseguimos, del calor de nuestros hogares, del intento de los hombres religiosos para entrar en contacto contigo... En suma, de lo que pasa por nuestro mundo y que traemos ante Ti para que nos ofrezcas respuestas, nos conduzcas por el camino, nos alientes en nuestros desfallecimientos o nos des el calor cercano que necesitamos para seguir viviendo.

Te quiero preguntar si te importa mi vida, si realmente te ocupas de mí pues la pequeña llama que mi ser alumbra está sometida de continuo a fuertes ventiscas que quieren apagarla. Quieren terminar con la vida física y con mi vida espiritual, zarandeada sin descanso por interrogantes sin respuesta sobre tu persona. Pero no quiero ser egoísta y me gustaría que en nuestra conversación entraran también, los otros; mi familia, mis amigos, mis conocidos y todos los seres humanos que comparten ser imagen de tu Hijo conmigo. Quiero traer ante ti, Señor, su sufrimiento, sus penas y dolores. Las espadas de fuego que abrasan sus corazones. ¿Qué somos para ti? ¿Meros muñecos, amigos auténticos, esclavos, amantes...? Tu contestación no nos deja indiferente.

Rara es la civilización que no te ha visto reflejado en el fuego y en el sol. Pero muchas creían que era un elemento que tu guardabas celosamente para que nosotros, los humanos, no descubriéramos su secreto. No tenemos, como Prometeo, que subir a robar el calor de tu vida, pues conocemos que lo derrochas en tu entorno, que tu Espíritu está pronto y que sólo espera a que se lo pidan. Eso es lo que queremos hacer aquí y ahora.

### El lenguaje del fuego

Tengo que reconocer que me asusta un poco introducir en mi oración este lenguaje pues, soy consciente de que entro de lleno en la psicología del exceso. Ya no valen las medias tintas, el discurso racional, el no -mojarse, el ver las cosas desde la banda sino todo lo contrario. Para mí, que amo la razón y su frío discurso, que tengo los pies fuertemente anclados en la tierra, que soy escéptica frente a ángeles y apariciones, es todo un reto. El reto del superlativo, del exceso de vida que derrama el corazón en palabras, el discurso caliente en el que se consume el ser en una ambición, siempre constante, de convertirse en un nuevo ser mejor, más grande, más fuerte o por el contrario desaparecer consumido por las llamas de un fuego aniquilador.

La terminología del fuego invade todo el campo de las pasiones humanas. Es violento, imprevisible y difícil de controlar como ellas. Según se coloque el acento nos introduce en un mundo positivo o peyorativo, en el mundo del enamorado o del desesperado. El primero canta su amor a su pareja y con ella, al mundo entero pues necesita que la humanidad comprenda y participe de ese calor creciente que nace en su pecho y le desborda. Dicen los psicólogos y, tenemos miles de ejemplos en la historia, que del amor al odio sólo hay un paso y ese se da cuando, con el mismo fervor, se habla de destruir al sujeto previamente amado o al enemigo. Es

entonces la violencia la que se asemeja al fuego. Tu salmista se preguntaba asustado: "¿Han de quemar tus celos como fuego?" (Sal 79,5b). Es un lenguaje ambivalente que o inflama de amor o abrasa de odio y de ansias destructivas. Toda la historia de la humanidad se podría resumir en el esfuerzo gigantesco para dominar el fuego de las pasiones e impedir que se desaten sus peligros.

Tradicionalmente la oración del místico ha recorrido estos caminos. Su alma enamorada de ti tomaba prestado el vocabulario de los grandes amantes de la historia para introducirlo en su oración y en sus escritos. En ti, Dios mío, como amante, recaían todos los excesos que recrea el amor mientras que a tus enemigos se les imaginaba destruidos en el fuego eterno. Pocos exponentes hay mejores para expresar este sentimiento místico que los versos de la *Llama de amor viva* de San Juan de la Cruz:

Oh llama de amor viva  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro,  
pues ya no eres esquiva,  
acaba ya, si quieres;  
rompe la tela de este dulce encuentro!

¡Oh cauterio suave!  
¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda!  
¡Oh toque delicado  
que a vida eterna sabe  
y toda deuda paga;  
matando, muerte en vida la has trocado!

Oh lámpara de fuego  
en cuyos resplandores  
las profundas cavernas del sentido,

que estaba oscuro y ciego  
con extraños primores  
calor y luz dan junto a su ser querido!

Nos habla de un amor que quema pero cuya quemadura no sólo no daña sino que acaricia; nos describe un amor que alumbraba y da sentido a la noche de los interrogantes; nos ofrece un amor que calienta con la sólo presencia del Amado. Es la cumbre del lenguaje metafórico del fuego aplicado a ti. Es la obra de un poeta sensible a quién tu presencia le hace vibrar todas las cuerdas del alma enamorada de su Dios.

Y después de leer estos versos me pregunto ¿Iré aparejado mi temor a entrar en esta espiral de palabras al hecho de un cristianismo tibio o a la vergüenza de manifestar lo que no siento? ¿Es la religiosidad racional y controlada sinónimo de tibieza? ¿Son diversas maneras de ser? Que cada una se pregunte el nivel de su relación contigo como yo misma lo hago. Puedo estar equivocada pero pienso que muy pocos o ninguno estamos a la altura de este gran santo. En ese caso ¿tenemos que renunciar a las claves de este lenguaje del exceso? Pienso que no. El gran motor del género humano, el combustible que impulsa su acción y que le conduce por la vida está formado por las emociones. Todo aquel que le ha dado la espalda al estoicismo y que está dispuesto a amar, debe atreverse a entrar en esta espiral del lenguaje. Incluso me atrevo a afirmar que a lo mejor, igual que se aprende inglés repitiendo las frases que pronuncian los maestros, mejoramos nuestra oración introduciéndonos en un discurso, que no siempre refleja nuestro interior, pero que nos conduce hacia un mundo oracional más caliente e intenso.

Puede que cuando termine de escribir o las lectoras de leer estas líneas descubramos que nuestra relación contigo ha adquirido un calor y una calidad que no había alcanzado hasta este momento. ¿No sería magnífico?

**La llama de la vida**

- Una llama que se enciende

Te digo "Dios", "mi Dios"  
yo, llama de alcohol, tenue, tan tenue que se  
apagaría al mismo soplo que la creaba,  
pero tú soplabas con delicadeza de niña, amorosamente,  
tiernamente, para que no se extinguiera  
tú, oxígeno sin descanso, para que no me asfixiara

Dámaso Alonso

Lo sé. Conozco desde siempre que te debo la vida y todo lo que soy. Un reconocimiento que no me cuesta y eso que no soy persona a la que le gusta agradecer favores. En general, prefiero que me los tengan que agradecer los otros, esos otros que has puesto en mi camino y a los que me gusta tender la mano. No sólo por ellos, ni por ti, sino por mí misma. Me siento útil cuando lo hago, pienso que mi vida sirve para algo, que da frutos, que deja algún recuerdo positivo en los que se cruzan conmigo. En honor de la verdad, también confieso, que el reconocimiento ajeno me hace crecer en autoestima personal, algo que la Iglesia ha visto como negativo durante siglos pero que, hoy, admite como fundamental para el desarrollo de la personalidad.

Pero te repito que en este caso es distinto, que no me cuesta saber que soy obra tuya. "Tú eres, Yahvé, mi lámpara" (Sal 18,28a). Incluso a menudo me recreo pensándolo. Imagino ese tiempo inconmensurable en el que vives y en el que tuviste que pensar en mí; en mí y en todos los seres humanos que ibas a crear. Ese instante fue ¿fugaz? ¿prolongado? Ya se que introducir el factor tiempo en tu vida es absurdo pero yo me tengo que valer de los mimbres de mi mundo. ¿Te entretuviste pensando en el dónde y en el cómo? ¿Te costó pensarnos? ¿Cómo me gustaría conocer la génesis de ese pensamiento que me dio el ser! Lo que desechaste y lo que escogiste. Fuera como fuera, te pareció que merecía la pena que viviéramos. Y eso es lo importante.

Sabes, recuerdo mis embarazos y las preguntas que me hacía sobre el sexo del que iba a nacer (entonces no había las técnicas de ahora), el color del pelo de mi niño, su tez, sus ojos, su carácter y no veía el momento de que llegara la hora de coger al nuevo ser, a mi hijo, entre mis brazos y pasarme horas mirándole; sólo mirándole. Una vez nacido me quedaba embelesada ante el milagro de la vida, embelesada ante mi niño, nuestro hijo, pues en sus rasgos veía también el sello de mi marido: la mejor obra que habíamos hecho en común.

¿Has pensado alguna vez en lo que íbamos a hacer con nuestras vidas? ¿Te hemos desilusionado con frecuencia? Los padres tenemos la tendencia a querer para nuestros hijos un tipo de vida que no es la que ellos eligen. A lo mejor, nosotros tampoco hemos escogido el camino que tu hubieras preferido, pero se que respetas nuestra elección y que te mantienes a nuestro lado. Los padres no abandonamos a nuestros hijos aunque cometan tonterías o cosas peores. ¡Cuánto menos tú!

Tengo que confesarte que, si me hubieras consultado, alguna cosa hubiera suprimido de tu proyecto para mí. Como alguna cosa hubiera suprimido de la gestación de mis hijos. Pero... tampoco se si lo que no me gusta estaba en mi genoma inicial o ha sido producto del discurrir de mi vida. Incluso reconozco que los que me parecieron defectos en su momento, luego, han resultado rasgos que no han desmerecido el camino y que he apreciado. Y al revés.

País, ciudad, familia, cuerpo y sus atributos... son las variantes que escogiste entre millones de combinaciones de elementos. Hoy, por el paso de los años y las vivencias obtenidas no sabría ser yo si me faltara alguna. Una vez que hiciste la elección, quedaba infundirle ese aliento inicial que iba a prender la llama de mi vida, esa llama tenue que el poeta ve junto a un fuelle amoroso que tienes que seguir usando, suavemente, para que no se extinga. ¡Qué frágil es la vida del adulto, cuanto más la del niño!

¿Te sigues interesando por nuestra vida, sigues atizando su fuelle? Mi llama, nuestra llama, aunque pretenciosa, es pequeña y débil.



Una lucecita que necesita aire para seguir alumbrando y que, aunque vea otras luces a su lado, camina sola y se consume a sí misma. Para medir nuestra vida podemos usar su imagen o la del reloj de arena; es la metáfora del tiempo ligero o la del tiempo pesado. Me gusta más la primera pues me hace pensar que no estoy adherida a nada, que paso por la vida sin abultados equipajes y que soy capaz de movilidad. En el reloj de arena me veo más materializada, más extática. La arena cae y la llama asciende y en esa ascensión de líquido ardiente arrastra todas mis ilusiones hacia ti.

- Que puede apagarse

El verbo *apagarse* nos lleva a pensar en la desaparición de un ruido, de una luz, de una vida. Un fin que es más rápido, si lo veo como fuego, que si lo pienso como llama. El primero devora, se come los plazos, se salta las fronteras... es la vida del impetuoso, del anárquico, del que muere joven jugando a la ruleta de la muerte. La extinción de la llama es en cambio lenta, suave, tiene tiempo de pensar, de recapitular, de escoger. En nuestra juventud, queremos llegar deprisa al fin del colegio, de la universidad, a casarnos, a que nuestros hijos, a su vez, crezcan; quemamos el tiempo sin saborearlo. Según pasan los años, vivimos el presente con más intensidad, agradeciéndote cada mañana la oportunidad que nos das de vivir un nuevo día.

A fuer de sincera y mirando las fechas de mi carnet de identidad tengo que confesarte que no me va a dar tiempo de hacer todo lo que me gustaría. He tenido y tengo una vida muy llena y muy feliz; he alumbrado hijos, he plantado un árbol y he escrito un libro. Las 3 cosas que dicen hay que hacer en la vida pero que a mí no me bastan. Quiero seguir creando, seguir amando, seguir leyendo, seguir buscándote... Porque, aunque ahora hable contigo, tu personalidad es tan grande que se me escapa y, cada día, descubro alguna faceta nueva que hasta entonces me había pasado desapercibida. Un día

llegará ese final, que de momento no ansío, y te conoceré mejor, cara a cara. Al despertar me habrás saciado con tu semblante.

Vivir no es sólo un problema de cantidad, sino de calidad, y la imagen de la llama nos habla de su luz mortecina o pujante reflejando la vitalidad de la persona. Incluso en su vacilación vemos reflejadas nuestras dudas, inestabilidades, olvidos. Incluyo los que hacen referencia a la fe y a nuestras relaciones contigo. No caminamos en línea recta sino dibujando curvas y cayendo en baches; tropezando y levantándonos, imagen de nuestra combustión interna y de los fuelles que la impulsan. Si éstos lo hacen con excesiva fuerza, la llama devora y asfixia ¡Cuántas veces hemos sido irreales y los ímpetus nos han quemado en un camino sin salida! Pero, si dejan de soplar, desaparece y muere por falta de oxígeno. Permíteme que en estos momentos recordemos nuestras tibiezas, pereza, falta de ilusión... Todo eso que tú conoces tan bien como nosotros y, que nos ha llevado al borde del abismo, a esa vida de tibieza que tú aborreces.

Se mueren los otros y su muerte nos causa dolor aunque nosotros sigamos con vida. Vemos niños que sufren en los hospitales, imágenes horribles que se proyectan en la televisión de pueblos enteros diezmados, familias rotas por la violencia, mujeres maltratadas y violadas... La muerte del hambre, la angustia de la prostitución, el desarraigo de la emigración... Toda una película de terror y de dolor que tú contemplas igual que nosotros. Llamas extinguidas antes de tiempo o cubiertas de ceniza y de hollín con lo que la vida pierde casi toda su luz. ¡Cuántas veces he traído ante ti, Dios mío, mis quejas, mis frustraciones, mis miedos, mis dolores ante estas imágenes! Prefiero contarte mis agonías interiores y decirte que con frecuencia no te entiendo. Intento comprender y comprenderte pues, si yo pudiera, acabaría con tanto sufrimiento.

¿Con qué acabaría? Cuando lo pienso no lo tengo claro pues hay situaciones libremente elegidas en las que no puedo intervenir. Tampoco descarto el que, posiblemente, encontraría mil pretextos

para echarles la culpa a los otros, para no mirar, para no considerarme aludida. No podría acabar con la máxima tragedia del ser humano que es la muerte, pues hace falta que muramos unos, para dejar paso a los otros. La materia tiene que seguir reciclándose y nuestro cuerpo, aunque nos pese, es materia.

Respecto a ti, Señor, llego a la conclusión, a la única conclusión que me parece posible: no puedes. Has echado a andar el mundo y has renunciado a tu poder. Te has hecho Dios pequeño, Dios encarnado entre pajas, Dios muerto en un madero... para vivir en tu propia carne el dolor del ser humano. Tú, Dios cristiano, eres distinto a todos los otros dioses que han proyectado los hombres. Ni te apoyas, ni te sirves del poder. Eso es lo que más me atrae de ti, ese es tu enorme atractivo pero también tu enorme paradoja.

Lo que resulta curioso es que todas las personas en el poder han intentado convencer de que tú estabas a su lado y que militabas en su bando. Tu renunciaste pero los poderosos han comprendido la enorme fuerza que arrastras detrás de tí. Por eso, han comprometido tu nombre en multitud de actuaciones que tú, estoy segura, no hubieras refrendado. Y como no has salido en tu defensa, ahí han quedado. Imagino que eras consciente de que uno de los problemas de la renuncia al poder es que te dejaba indefenso; una de las renuncias que puede resultar más dura. Tu nombre y prestigio involucrado con causas que repugnas.

¿Qué habré hecho yo para que Dios me mande esto! dicen las gentes. Pero tú no eres el responsable de que se apague la llama de la vida que muere asesinada, sino quién se atrevió a atacar contra ella. Tú no eres el responsable del que muere de enfermedad o por el paso de los años, sino la materia de la que estamos hechos que es caduca. Tú no eres el responsable de las muertes en los terremotos o en las inundaciones, sino la reacción del universo para conseguir el balance alterado. Nos diste la vida y la posibilidad de quitársela a los demás, asesinatos directos e indirectos, cuando nuestras acciones empujan a los hombres a situaciones desesperadas.

Pero cuando estoy a punto de entenderlo, me asalta de nuevo la duda. Entonces, si la vida tiene un fuerte componente de sufrimiento, ¿para qué nos creaste? Y empieza de nuevo mi lucha dialéctica contigo. Esa lucha eterna del hombre religioso con su Dios, del cristiano con el Dios que nos revela Jesucristo. Y en esa lucha, unos días, te digo que la llama de la vida merece la pena alimentarla, y otros, siento un peso en mi corazón que me inclina a pensar que hubiera sido mejor que no existiera. Y en ese combate vuelven a aparecer mis interrogantes sobre tu persona: ¿Quién eres? ¿Cómo eres? ¿Qué quieres? Y sobre los hombres que has creado: ¿Qué somos para ti? ¿Para qué nos creaste? ¿Qué destino nos tienes preparado? ¿Tienen derecho a quitarse la vida los que no quieren seguir en este mundo? Las preguntas eternas que los seres humanos de todos los tiempos te han formulado y que te seguirán haciendo.

- Que nunca muere

Por eso, la idea de conservar la llama de la vida es una frase que evoca en mí la necesidad de conservar la llama del cristianismo. El fuego siempre ha estado rodeado de mitos en su origen. Hestia, la diosa del hogar, era la encargada mediante sus sacerdotisas de que el fuego no se apagara nunca. ¡Si difícil era producirlo, no lo era menos su conservación, especialmente en las épocas húmedas del año! Por eso, conservar el fuego sacro se ha convertido en nuestro lenguaje en sinónimo de perduración y entusiasmo. Los nuevos hogares se llevaban el fuego de la casa paterna, las nuevas colonias importaban el fuego de la metrópolis, los juegos olímpicos transportaban la antorcha desde Olimpia... En los hogares cristianos eran tradicionalmente las madres o las abuelas, casi siempre las mujeres, las que encendían en los hijos las verdades de la fe. Hoy, se ha roto el eslabón y muchos niños crecen sin saber cual es el origen del fuego, que da la vida que nunca se apaga, crecen sin haber hablado de ti. Incluso las referencias a tu persona vienen cargadas

de reflexiones negativas: un dios autoritario y absorbente, vengativo, enemigo del hombre, cerrado a todos los cambios que trae la civilización... Ya sabes.

Pero no soy pesimista, creo que el fuego cristiano no se ha apagado. Hay una tradición en muchas culturas que me gusta como imagen. Allí, a la hora de acostarse no apagan las brasas del todo, echándoles agua, sino que las cubren con cenizas. Debajo de un aspecto de mortandad late el rescoldo y la posibilidad de la nueva vida. Ya lo decía Virgilio: "Agnosco veteris vestigia flammae", donde hubo fuego queda rescoldo. Creo que pasa lo mismo con nuestro cristianismo, lo aparentemente muerto tiene todavía posibilidades de renacer. Pero, para ello, tenemos que ser capaces de pasar el testigo a las nuevas generaciones, correr a la misma velocidad que ellos, no asustarnos de sus nuevas formas de actuar o de ver la vida. El ser humano de todos los tiempos es muy similar y bajo el traje que corresponde a su época se esconde la imagen de un hombre asustado ante la enfermedad, el dolor y la muerte. Interrogantes para los que el cristianismo tiene algo que decir -no todo- y la incapacidad de llegar a los oyentes está en el portador y no en el mensaje. A veces, la coherencia de la vida es más expresiva que las mejores palabras. ¿No estás de acuerdo conmigo? Cada uno de nosotros tendría que preguntarse por su responsabilidad personal en la transmisión del fuego de la fe. ¿Dónde, cuándo, cómo?

Me besa Dios con su infinita boca,  
con su boca de amor que es toda fuego,  
en la boca me besa y me la enciende  
toda en anhelo

Y enardecido así me vuelvo a tierra  
me pongo con mis manos en el suelo  
a escarbar las arenas abrasadas,  
sangran los dedos.

M. Unamuno

Y es que todo aquel que ha sido tocado por el fuego divino tiene necesidad de comunicarlo a su entorno, de abandonar su cielo particular para volver a la tierra y avivar la brasa del cristianismo. En el empeño le sangrarán los dedos, le saltarán las uñas y se bañará en sudor pero, al final, descubrirá ese manantial de vida que duerme en el desierto, ese fuego que aún late bajo las cenizas y que es capaz de calentar e iluminar a toda la humanidad. Un fuego que nunca se apaga.

### ¿Qué usamos como combustible?

- Quemar es un verbo transitivo

A lo largo de la historia de la humanidad prácticamente todo lo quemable ha servido para alimentar fogatas y hogueras. Necesitamos calor para mantener la temperatura de nuestro cuerpo. Los combustibles más clásicos han sido hijos del mundo vegetal y, entre ellos, la madera que la ciencia moderna ha sustituido por materias más complejas como el petróleo o la energía nuclear. La madera se merece que le dediquemos unos momentos de homenaje. Homenaje a los cientos de miles de árboles que han caído fruto del hacha del leñador, para calentar o cocinar en millones de hogares, para mejorar nuestra condición de vida aunque fuera a expensas de la suya.

En fragmentos ahora arde aquel chopo  
a tu cuerpo de invierno con su llama dando  
compañía, tibieza del amor que falta  
a nuestro lado, y de llama a recuerdo  
vas, y en ambos, a ti sólo te encuentras

Luis Cernuda

Esa figura majestuosa del árbol orgulloso que durante años se ha paseado por encima de todo, que ha servido de nido para mil hogares de pájaros, que ha dado sombra a caminantes cansados ve

ahora el final de sus días. Un árbol carcomido por la vejez, como el famoso olmo de Machado, cae segado por la sierra y condenado al fuego. Es un buen símil del ser humano. ¡Nos creemos tan importantes!

Pienso que, al menos, a los árboles envejecidos les damos la posibilidad de ser útiles en un postrer esfuerzo, al quemarlos se van a convertir en calor que alivie a los que se colocan junto a su lumbre. Las personas que envejecen no tienen tanta suerte. Nuestra modernidad ha abandonado el prestigio de la experiencia, pues todos los conocimientos se quedan obsoletos en poco tiempo, y se prima en exclusiva a la juventud. Los ancianos se ven arrinconados en sus recuerdos y muchos son aparcados en residencias y olvidados. Tan olvidados que hay casos en los que el único que viene a verlos eres tú, Dios mío. Prodigas tu presencia y ellos, que tienen tiempo, pasan las horas desgranando las cuentas del rosario y hablando contigo. Eres la hoguera que les ofrece calor haciéndoles felices en los últimos años de su vida.

¡Impulsa a los hombres, impúlsanos a nosotros en un empeño de rodear a nuestros mayores del máximo de cariño y atención! Los seguidores de tu Hijo siempre han estado en los lugares más necesitados y en nuestro siglo la ancianidad los reclama, nos reclama.

Me consuela pensar que gran parte de la madera de los bosques, que se ha talado en un consumo voraz, ha ido a parar a los libros, a esos compañeros de camino que tantas horas de placer proporcionan. Libros que transmiten el saber, que entretienen, que divierten, que dan calor y afán a la vida. ¡Gracias por haberme hecho nacer en un país y en un tiempo histórico donde las mujeres saben y pueden aprender a leer! Esta facilidad que me has dado me obliga a pedirte por todos los países que niegan a las mujeres el acceso a la educación para que sus dirigentes reflexionen y cambien.

Tengo que confesar que un buen libro ha sido, para mí, casi tan importante como un buen amigo lo que me lleva a recordar a los

que me enseñaron a leer y a todos los maestros, de hoy y de ayer, dedicados a una profesión tan bella y tan poco considerada. ¡Ayúdales en su empeño y en su labor! ¡Ayúdales para que no desfallezcan en un mundo que ha hecho dejación de la autoridad y les ha dejado sin armas para luchar contra los que no quieren saber e impiden que aprendan los demás!

Tras la madera vino el carbón que llenó de hollín pueblos y ciudades y que destrozó los pulmones de los mineros que bajaban a las minas para su extracción. Es cierto que la revolución industrial creó riqueza y bienestar, pero ha tardado muchos años hasta conseguir que las condiciones de trabajo de muchas industrias fueran dignas. Quiero recordar ante ti, Dios mío, a todas las generaciones que han pagado por nuestro bienestar actual.

Hoy, nos ha llegado la energía nuclear con su enorme potencial que también conlleva la amenaza de extinción de vida por donde se derrama. Ningún país quiere servir de cementerio para sus residuos pues esa energía no muere nunca y no sabemos lo que puede determinar el mañana. No nos hace falta más que recordar la catástrofe de Chernobil para comprender el alcance que puede tener otro accidente. Sin embargo, el progreso hace avanzar y los desastres de hoy pueden ser beneficio de mañana. ¡Nuestros abuelos jamás hubieran podido imaginar los beneficios que la energía ha aportado a nuestra vida! Aprovecho estos momentos para pedirte por todos los científicos y por todos los que ostentan el poder sobre la tierra para que empleen los recursos energéticos en la mejora del mundo en que vivimos y no en su destrucción.

Pues Chernobil fue un accidente pero las bombas atómicas que se lanzaron sobre Japón no lo fueron. Y eso me lleva a pensar que junto a la parte positiva existe en los seres humanos una gran capacidad destructora. ¿Cuánta energía hemos consumido en hacer instrumentos de guerra, en destrozarnos unos a otros? Hemos quemado cosechas para matar de hambre, hemos quemado pueblos y ciudades para terminar con sus habitantes, hemos bombar-

deado con napalm.... Y todo esto, la mayoría de las veces, se ha hecho invocando tu nombre. Con ello, se legitimaba lo que no puede tener defensa.

Permite que traiga a la memoria a todos los pueblos que sufren y han sufrido las guerras. Haz que olviden las afrentas pasadas y que intenten crear puentes de paz y de concordia. Que tu Espíritu inspire a sus líderes en la búsqueda de los caminos más adecuados para que las energías gastadas antaño en destruir se puedan volcar en crear.

- El combustible humano

Las quemaduras de las bombas de Hiroshima y Nagasaki y las bombas incendiarias de Vietnam me hacen pensar en los seres humanos, cuyos cuerpos han servido de combustible. Los hindúes queman los cadáveres de sus seres queridos en las riberas del Ganges. Gastan en comprar la madera que facilite la combustión el dinero que no tienen y se empeñan hasta las cejas para conseguirlo. La intención es buena, pues piensan que ese río eres tú y que las cenizas de sus deudos depositadas en su corriente llegarán a tu regazo. ¡Qué maravillosa fe! No andan desencaminados, pues estoy segura de que tú no faltas a esa cita.

En occidente los cementerios están creciendo y amenazan con ser más grandes que las propias ciudades, por eso las cremaciones se imponen. El fuego que sube al aire se combina con la tierra que recoge las cenizas. Esa tierra que, como el agua del Ganges, te simboliza a ti, Dios nuestro, que madre solícita vuelves para recoger lo que nació de tus entrañas; vuelves para encender una nueva chispa de vida que no tendrá final.

Las mujeres siempre tenemos peor suerte o menos poder para decidir lo que pasa con nuestras vidas. Hablábamos de la India y del Ganges y allí, cuando muere una mujer embarazada, se echa su

cadáver al río, sin haberlo quemado previamente, con lo que es pasto de todos los animales carnívoros. No creo que tú lo tengas en consideración, pero en el ámbito humano es un final menos honroso. Pero, peor aún, es su costumbre inveterada que la viuda del difunto sea quemada viva, *sati* lo llaman, en la pira de su marido. Así, sus almas suben a la vez a la mansión de los dioses. No dudo de que tú los acogerás, pero pienso que habría que preguntarles a ellas si están dispuestas a pasar por semejante atrocidad.

Pero no tenemos que ir tan lejos pues en el Antiguo Testamento se nos narra la historia de la hija de Jefté (Jue 11, 1-11), ofrecida en holocausto a Yahvé para cumplir una promesa hecha por su padre. Me recuerda a las personas, en la España de mi juventud, que prometían que sus hijos llevarían hábito una serie de años para agradecer favores. ¡Qué fácil es utilizar a los otros y no comprometerse personalmente! Dicen los comentaristas que Jefté era hijo de prostituta y que no había tenido la ocasión, por la ignorancia de su madre, de conocer la historia de Abraham y de su hijo Isaac. Esa historia en la que tú mandaste a tu ángel para que no se consumara la tragedia y en la que se defendía que considerabas válido el trueque del animal por la persona. Me hubiera gustado que tu ángel también parara la mano de Jefté antes de que sacrificara a su hija. Con ello, no se podría defender que los varones tienen primacía ante tus ojos. Ya sabes todas las tonterías que se han dicho a este respecto.

También me vienen a la memoria las horribles imágenes del holocausto judío. Millones de seres humanos quemados mediante aparatos sofisticados con el pretexto de ser de otra etnia o de otra religión. Un odio religioso al que había contribuido el cristianismo con sus alusiones a los *pérfidos judíos*. Un exterminio nazi que contempló medio mundo sin salir en su defensa.

Hoy, nuestro credo no quema en la hoguera, pero su interpretación maximalista e inflexible está colocando pesados fardos en las es-

paldas de muchas almas que, incapaces de seguir ese camino, lo abandonan. ¡Qué responsabilidad! Somos culpables del alejamiento de tu persona de muchos seres humanos. Lo curioso es que tu Hijo vino a abolir la ley y que nosotros no hemos hecho más que dictar leyes durante estos dos mil años. Seguimos quemando a todos los que no nadan a favor del sistema, a los que se atreven a disentir, a los que tienen conciencias escrupulosas, a los débiles... Ama y haz lo que quieras, decía San Agustín. ¿Por qué no seguimos los consejos del santo que son universalmente válidos?

No es infrecuente oír a las personas quejarse de que están quemadas, utilizan un lenguaje metafórico para expresar que su vida ha perdido alegría e ilusión, que la chispa que les vio nacer está mortecina. Sus quejas me hacen elevarme a sus causas y aunque algunas personas se han quemado ellas mismas, a otras muchas las hemos quemado nosotros. Aparte de nuestra religiosidad impuesta hay otras causas. Juventud sin posibilidad de estudios, sin encontrar puestos de trabajo, sin dinero para comprar o alquilar un hogar, parados, ancianos abandonados, enfermos, mujeres maltratadas... La lista es interminable. En los pecados estructurales de nuestra sociedad soy menos capaz de ver mi culpa individual, pero me preocupa la cantidad de personas que han podido "quemar" mis palabras o mis actos.

Palabras de desprecio o de descalificación, mentiras, gestos de impaciencia o de poca consideración, olvido de fechas inolvidables, ausencia de halagos y de regalos, silencios desaprobadores... que van minando la consideración que de sí mismos tienen las personas que conviven con nosotros y van apagando su ilusión por la vida. El hecho se convierte en un círculo vicioso, pues aquellos que se ven quemados tienden a contagiar su situación al entorno. Perdona, Señor, nuestra conducta incapaz de generar calor humano y causante de tanta frialdad. Mándanos tu Espíritu para que nuestras vidas generen frutos que hagan crecer en autoestima y en ilusión por vivir a los que nos rodean.

Incluso somos culpables de quemarnos nosotros mismos. Perseguimos quimeras inalcanzables o ponemos nuestra ilusión en obras y hechos que se esfuman como el humo.

Glorias hay que deslumbran cual deslumbra  
el vivo resplandor de los relámpagos  
y que como él se apagan en la sombra  
sin dejar de su luz huella ni rastro.

Rosalía de Castro

Luces falsas, espejismos inalcanzables que nos dejan sumidos en la sombra y en peor situación que antes, pues, el no haber conseguido lo que pretendíamos nos embarga de tristeza. Tengo que confesar que, aunque sé que puede ser así, de vez en cuando, me gusta soñar con la imaginación. Pensar en lo que me gustaría que hubiera sucedido o que suceda, aunque soy consciente de que no sucederá. Soñar no cuesta y con frecuencia nos saca de una vida horizontal y repetitiva. Supone lo mismo que jugar a la lotería con la sana intención de alegrarnos si toca y no llevarnos un excesivo disgusto si nuestro número no sale premiado.

Lo malo es cuando confiamos en exceso en la suerte. Nos convertimos en Ícaros que volamos hacia el sol con un par de alas de cera que se derriten ante la proximidad del astro rey. Fascinados por la altura nos olvidamos de los consejos paternos, de tus consejos, y nos acercamos con exceso al fuego. Nuestras alas se funden y caemos. Pues, todos tenemos manías de grandeza que nos hacen volar por encima de nuestras posibilidades y que acaban por quemar nuestras fantasías. Sólo quien está fuertemente arraigado en tu persona sabe que todo pasa, menos tú, que permaneces.

Rosalía de Castro anuncia la tristeza que genera perseguir los fuegos fatuos y Fray Luis de León nos ofrece el camino que conduce a la felicidad. Es el camino del contemplativo, que no todos estamos llamados a seguir, pero que nos sirve de advertencia ante una vida de excesiva actividad que no esté anclada en tu persona.

Y mientras miserablemente  
se están los otros abrasando  
en sed insaciable  
del no durable mando  
tendido yo a la sombra estoy cantando

Fray Luis de León

Pues, ¿en qué nos quemamos? Pienso que una de nuestras principales hogueras en este siglo es el excesivo trabajo. Es verdad que la vida está difícil y que criar hijos es carísimo; es verdad que la mies es mucha y los obreros pocos. Pero, de poco o nada les vamos a servir a los hijos o al evangelio si la actividad laboral consume todas nuestras fuerzas. Creceremos cojos de afecto, de comunicación, de oración, de ocio, a la vez que nuestro cuerpo resentirá las carencias y caeremos en tristeza, indiferencia o incluso enfermedades.

Además, me pregunto ¿Somos capaces los cristianos de cantar a la vida? Arrastramos los pies y nos convertimos en profetas de malos augurios ¿No somos tan culpables como los que no te conocen de vivir en un perpetuo luto? Nuestra obligación es cantar, es tocar el arpa de 10 cuerdas en tu honor y alegrar la vida de los que están entristecidos. Si no es así, ¿qué entendemos por Buena Nueva?

- El verbo arder es intransitivo

La zarza en la que te mostraste a Moisés ardía pero no se consumía (Ex 3, 1-6). Tu energía era inagotable. Sin poderse comparar contigo, la realidad nos muestra que a pesar de su afinidad, quemar y arder no significan lo mismo. Quemar es una acción transitiva que precisa de un combustible mientras que la acción de arder comienza y acaba en el mismo sujeto que la empezó. La naturaleza nos ofrece un buen ejemplo cuando los bosques se incendian. Con independencia de los que inicia la mano criminal del hombre hay otra causa natural producida por el efecto lupa del sol que sobre las gotas de agua prende las hojas. Es una manera de acabar con las

ramas secas, con los árboles muertos, con los arbustos envejecidos, a la par, que se devuelve lozanía y juventud a lo que queda.

El resultado se aprecia a los pocos años. La luz ha entrado con más fuerza pues se ha clareado el bosque, las cenizas han fertilizado la tierra, es menor el número de plantas que hay que alimentar, nacen en los claros nuevos brotes que no hubieran encontrado espacio previamente... El viejo bosque se ha rejuvenecido.

A lo mejor fue la contemplación de este fenómeno de renovación natural la que inspiró la leyenda del Ave Fénix. Esta encarnación del dios Ra, en forma de pájaro, que se pensaba tenía varios siglos de subsistencia. Cuando se notaba envejecido se remontaba cerca del sol y se inflamaba con fuego propio renaciendo de sus cenizas a una vida más bella que la anterior. Muerte y resurrección simultáneas. Es la búsqueda de la eterna juventud, que hemos perseguido los hombres de todos los tiempos, la ilusión de la inmortalidad. No te tiene que chocar, pues hay que reconocer, Dios mío, que cuesta pensar en la muerte y aceptarla como algo cada día más próximo. Nos has creado con ansias de vida eterna.

Tampoco envejecer es un plato de gusto. Son más feas las arrugas que la piel tersa, la mirada mortecina que la vista aguda, los kilos de más que la silueta estilizada, el paso vacilante que la agilidad de las piernas... Alguna vez he pensado que te vales del envejecimiento para que nos acordemos de ti. Con la fuerza de los pocos años confiamos en nosotros mismos para alcanzar nuestras metas: "no te acuerdes Señor de los pecados de mi juventud", pero, según avanza la vida, nos fallan las fuerzas y tenemos que apoyarnos cada vez más en tu persona. Como dice el refrán: "Nos acordamos de Santa Bárbara cuando truena". No debería ser así pero...

Es curioso pues parece que toda nueva doctrina, que todo nuevo acto, necesita para prosperar tener un comienzo violento: el ave Fénix muere en las llamas, Osiris es despedazado para luego resucitar, los romanos inauguraban una nueva ciudad mediante

un sacrificio cruento, Jesucristo fallece en la cruz, los seres humanos tienen que pasar por el purgatorio y sus llamas para acceder al cielo.

Hay una imagen muy sugerente que utilizó el cristianismo para expresar lo que era la resurrección y su propio credo: el neófito por el bautismo bajaba a los infiernos, un lugar de muertos y oscuridad pero que de la mano de Cristo le permitía alumbrar la antorcha de una nueva vida mejor que la anterior. Atrás, quedaba el hombre viejo que daba paso a un nuevo niño. El bautismo de agua y el de fuego se superponían.

Pero creo que también es un símbolo que nos permite expresar lo que es el discurrir de la vida del cristiano: entrar en una llama propia, querida y no impuesta, que va ardiendo lentamente en nuestro interior. Una llama que tu alimentas junto a la llama de la vida, una llama que alentó Jesucristo en los corazones de los discípulos de Emaús y que transformó su vida desesperada en una danza de alegría. "¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino?" Luc 24,32.

Ese calor que siente el cristiano en lo más hondo de su ser le debe impulsar a dar su existencia, gota a gota; a quemar los mejores años de vida en el servicio a los otros. Nuestras cenizas conseguirán la mejora de alguna condición de nuestro entorno y, al final, cuando seamos sólo un puñado de ellas renaceremos a una vida mejor. Los famosos versos de Quevedo lo explican mucho mejor que yo.

Alma a quién todo un Dios prisión ha sido,  
venas que humor a tanto fuego han dado,  
medulas que han gloriosamente ardido,  
su cuerpo dejará, no su cuidado;  
serán ceniza, más tendrá sentido;  
polvo serán, más polvo enamorado.

Quevedo

¿Tendremos sentido cuando nuestro cuerpo sea ceniza? ¿La ceniza del que ha entregado su vida por los demás tiene distinto color? ¿Acaso se ha teñido de rojo, color del martirio, del fuego y de la sangre? En el fondo no haremos más que copiar el movimiento de la Trinidad que impulsa a salir de sí y a morir en la cruz dando vida. A lo mejor nosotros no lo apreciamos pero seguro que tú, Dios nuestro, ves alguna diferencia en ese polvo enamorado.

### Una dualidad clásica: calor y luz

No hay que ser excesivamente perspicaz para descubrir las enormes posibilidades que ha conseguido el ser humano del fuego, posibilidades nacidas de las simples fogatas o de las que generan los hornos de las industrias más sofisticadas. Un fuego al que se le han ido arrancando sus secretos con el fin de obtener lo máximo de su fuerza. En los orígenes de la civilización las tres funciones más demandadas hacían referencia a las necesidades básicas de la persona: mantener el calor, convertir las materias crudas en alimentos cocinados y proporcionar luz suficiente para poder ver en la noche y en los lugares oscuros.

- El fuego, fuente de calor

La noche se llenó de fuegos y los hombres se sentaron a su alrededor. Junto al calor físico encontraron el calor humano. Del fuego nació el hogar, la compañía, la comida caliente, la tertulia y todo sin prisa, pues la oscuridad no es un buen momento para abandonar el refugio. En torno a la lumbre se formó la familia y los mayores instruyeron a los pequeños sobre los avatares de la vida. La madera del hogar chisporroteaba y las lenguas de los hombres le hacían coro, las personas se comunicaban sus sentimientos, sus afanes, sus preocupaciones... Se iban conociendo los unos a los otros.



De la hoguera sentados en torno,  
 en sus brazos la madre arrullaba  
 al infante robusto;  
 daba vuelta, afanosa, la anciana  
 en sus dedos nudosos, al huso,  
 y al alegre fulgor de la llama  
 ya la joven la harina cernía,  
 o ya desgranaba  
 con su mano callosa y pequeña  
 del maíz las mazorcas doradas

Rosalía de Castro

Tres generaciones de mujeres, hija, madre y abuela, trae a la vida la poetisa gallega, imágenes importadas de su Galicia natal. Mujeres que hacen familia y hacen hogar. Cantan nanas monótonas que engendran paz y que hacen crecer hijos serenos y sanos. Tejen el vestido que permitirá conservar el calor que allí se almacena. Cocinan la comida que restaura las fuerzas que ha desgastado el cuerpo. Los varones todavía no han llegado, están fuera trabajando en el campo y a su vuelta se sentarán todos a comer. Ellos traen las noticias de la aldea: ha empezado a apuntar la siembra, parió la yegua del alcalde, se marchó a la ciudad el hijo de la vecina... En un caserío pequeño todo se comenta y se sabe.

Pero el calor envolvente del hogar huele a mujer, a regazo oloroso, a abrazo y a beso; huele al postre de los domingos y al asado de la matanza. Vehicula ideas de regazo y de madre ¡Quién no recuerda las comidas de su infancia como los mejores sabores que ha ingerido jamás! ¡Quién no es capaz de recordar los olores de la alcoba o del desván! Son olores e impresiones distintos, nuevos, generadores de sensaciones imperecederas, pues el hogar familiar evoca un periodo de la vida sin preocupaciones que no volverá jamás. Por eso, todos soñamos con ese regreso al útero, esa vuelta al calor materno y a la comida que no hemos ganado con nuestro sudor.

Y aquí entras tú, Señor, con gran fuerza pues las puertas de nuestra infancia se han cerrado para siempre y sólo en tu presencia nos podemos convertir de nuevo en niños. Buscamos tu calor y tu comprensión y te desvelamos nuestras pesadillas y nuestros miedos sin necesidad de fingir que somos valientes y que nada es capaz de hacernos temblar. ¡Pobres seres humanos tan indefensos y tan fanfarrones! Y soñamos con encontrar un hueco en tu regazo y olvidar.

En tu regazo  
 Yo quiere ser tan sólo  
 Como un doblado lazo  
 Rescoldo en pebetero,  
 Temblor humano todavía.  
 Arrobo, bisbiseo, letanía

Sagrario Torres

La postura fetal, el hombre que se hace pequeño para caber mejor, para ocupar menos sitio en tus amplios brazos. Y una vez allí calentarse sus viejas cenizas a punto de extinción en el gran pebetero de tu amor. Parar el reloj, parar la vida, no hacer nada, no pensar en nada. Que seas tú el que vive, piensa y hace por nosotros. Temblor al principio, paz progresiva y al fin diálogo. Miedo de romper la paz con la palabra, pero miedo que, en la medida que se va perdiendo, permite subir el tono y lo que empezó siendo un susurro se convierte en una letanía, en un rosario de alabanzas a ti que saliste a nuestro encuentro. El bisbiseo se hace conversación fluida e intercomunicación de pareceres.

Pero tú sabes, como yo, que no hacen falta muchas palabras. Ya nos decía Jesucristo: "Al orar no charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados" Mt 6,7. Dos personas que se quieren pueden permanecer en silencio grandes ratos y, sin embargo, saber lo que el otro está pensando. Incluso, a veces, la voz rompe la magia del encuentro en silencio, de la contemplación amorosa: sus ojos, sus manos, su semblante

son palabras mudas que nos dicen mucho de sus dueños. ¡Para qué vamos a contarte nuestras cosas si tú las conoces mejor que nosotros mismos! Lo que necesitamos es que reflejes en tu rostro la alegría o la tristeza, para que aprendiendo en tu semblante seamos capaces de leer los rostros de quienes se encuentren en nuestro camino y poder ofrecerles nuestro regazo como tú has hecho con nosotros.

Ya no te buscamos en el cielo que produce una luz fría y distante sino en el interior de la tierra, en el corazón de los hermanos, en el nuestro. Soñamos con que existe un fuego escondido en el interior de la materia y que ese fuego eres tú. Y eso nos permite no tenerte que buscar muy lejos, olvidar a ese Dios lejano y metafísico que nos pintaron los teólogos para encontrarnos con un Dios maternal, solícito y cercano que vive en nuestro interior. Ese *interior íntimo meo* del que hablaba San Agustín. Encontrarte ya no exige grandes hazañas, ni escalar las cimas de la santidad sino llegar a lo más profundo de nuestro fuego interno donde tú te alojas. Tú estás siempre ahí y tu búsqueda es fácil, sólo es necesaria la voluntad de que se realice el encuentro. "Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" Jn 14,23.

Te has hecho hogar y morada pero también te has convertido en alimento. El pan del cuerpo de tu hijo que es para los cristianos "tu arrullo de mejilla de madre"<sup>1</sup>. Comida que da calor y que da fuerza. Es curioso como las místicas medievales lo interpretan. Se matan literalmente de hambre, reparten lo que ellas han rechazado y gastan sus energías en un trabajo incesante a favor de los demás. Literalmente dan sus cuerpos como alimento para los pobres y en remedo del Maestro. Se hacen eucaristía en minúscula. Sólo una mujer que ha amamantado, cuyo rol tradicional ha sido cocinar, es

<sup>1</sup> Frase de un poema de Pedro Miguel Lamet

capaz de vivenciar en toda su intensidad lo que supone el cuerpo de Cristo como alimento eucarístico.

Pero familia, fuego, comunicación, varias generaciones compartiendo el mismo hogar... me temo que son cosas del pasado, aunque sea de un pasado reciente que la mayoría de nosotros hemos conocido. La gran cultura de la cocina donde se aprende a escuchar, a dialogar, donde se transmite la sabiduría de la vida se ha perdido. En la gran ciudad el fuego se ha sustituido por sistemas de calefacción industriales, la cocina es eléctrica o de gas, los abuelos viven lejos, los niños pequeños están en las guarderías y la mayoría de las comidas huelen igual en todas las casas, pues vienen precocinadas o se ha llamado a un centro para que las traiga. Pero lo que es peor es que en lugar de colocarse la familia en torno al fuego lo hace mirando a un televisor. El aparato tiene la palabra que se le niega a los restantes miembros de la casa ¡Nadie sabe en que ha consistido el día de los otros, ni cuales son sus ilusiones o preocupaciones! El que intente aportar alguna idea es silenciado con un: ¡Calla, no nos dejas oír!

Incluso hoy proliferan los hogares en los que hay más de un televisor, pues ante la diversidad de canales es difícil que se pongan de acuerdo las personas sobre el programa que quieren ver. Cada uno en un cuarto contempla su programa favorito lo que ni siquiera da pie a comentar las incidencias de lo que sale en la pantalla. Todo va sumando razones para dificultar la comunicación personal.

Es cierto que la televisión llena las horas de los ancianos y de los enfermos, que da respiro a los padres cuando los niños la ven, pero no es menos verdad que no genera calor, ni es capaz de cocinar, ni engendra bienestar. La televisión impide la comunicación humana en los niveles más íntimos y nos bombardea con noticias la mayoría de las veces manipuladas. Sabemos lo que pasa en las antípodas pero desconocemos las angustias de nuestros hijos o cónyuges. ¿Cómo devolver al hogar el calor de antaño? Las familias han per-

dido su centro y su diálogo, el viejo fuego no va a volver a presidir sus hogares y tenemos que buscar alternativas que suplan el calor humano. De nuevo tenemos que recurrir a ti para que nos sugieras unos caminos nuevos. Te interesa, tanto como a nosotros, pues si el viejo fuego, centro de la casa, nos llevaba a pensar en tu persona, un aparato de televisión jamás generará imágenes que se puedan comparar contigo.

Con todo, si malos son los hogares que giran en torno a un televisor, peor aún son los que carecen de casa, de alimentos o cobijan a una persona sola. Seres sin hogar que duermen bajo los puentes o en los portales; niños que crecen desconociendo la nana y el calor del regazo; ancianos solitarios cuando más necesitados están del calor ajeno. Son soledades impuestas, pero me impresiona la cifra cada día más creciente de seres humanos que escogen vivir en soledad ¡Qué experiencias más negativas han tenido que sufrir de las personas con las que han convivido! El resultado final es una vida sin amor tanto en su aspecto activo: amar, como en el pasivo: ser amado. Y eso les dificulta el llegar al conocimiento de tu esencia más íntima que es precisamente Amor, una palabra que les sonará a película o a quimera jamás experimentada.

Estas reflexiones me obligan a pensar en la responsabilidad que surge de nuestros encuentros interpersonales. Cómo, un pequeño gesto o una palabra cariñosa pueden suponer auténticas llamas de calor humano para el que nada tiene. Hablar, dejar que los otros nos cuenten sus problemas ¡Qué fácil es y con qué frecuencia lo olvidamos! Me impresiona el egoísmo de aquellos carteles que me decían mis padres salieron a raíz de la guerra civil: No me cuente Vd. su caso. Para miles de personas que viven en soledad o en entornos poco proclives a la comunicación el simple hecho de relatar su vida les hace sentirse mejor. Así de sencillo aunque hay que reconocer que, en general, la biografía que describen no suele ser apasionante.

- El fuego generador de luz

Cuando cae el sol se hace la noche y los ojos de los hombres pierden la facultad de ver. Se desvanece el color y se van perdiendo los contornos de las figuras. Hay quienes reviven a esa hora pero, por lo general, la oscuridad ha inspirado temor y angustia a la vez que impide toda actividad. Para remediarlo se encienden fuegos que cobran movilidad en cuanto se prenden sobre antorchas, teas o velas; portadores de luz a los lugares que la han perdido. Una luz que en nuestros hogares modernos se consigue mediante la electricidad.

¡Y se hizo la luz! No soy capaz de imaginar mi vida sin la luz del día. Es más, comprendo que los habitantes de los países nórdicos sientan la necesidad de viajar a otros lugares en invierno. No es sólo un problema de frío sino de falta de luz ¡Son los días tan cortos y tan oscuros que producen tristeza! En cambio, esas mañanas de sol radiante inspiran bienestar y predisponen a la generosidad, a la salida de uno mismo en favor de los demás. La luz y el calor están ahí, gratis, para el disfrute de todo el mundo y esa atmósfera de gratuidad se comunica. Aprovecho para agradecerte el que hayas colocado mi vida en un país mediterráneo lleno de luz y de color. Supongo que te acostumbras a los condicionamientos del lugar donde naces y que todo el mundo está contento con el suyo y ama a la tierra que le vio nacer. Yo también.

Comprendo que los pueblos primitivos vieran con temor cómo se acortaban los días en invierno, el presagio de la muerte de la naturaleza y, por comparación, la del hombre ¿Se haría el fenómeno reversible un año más? ¿Castigarían los dioses a los hombres impidiendo el eterno retorno de las estaciones? Año tras año, el milagro de los días que crecen volvía a repetirse y con ello la ilusión de volver a gozar de un espacio de tiempo nuevo; una novedad que impulsa los propósitos de cambio, de mejora, de ilusión. ¿Quiénes no engendramos, cada año nuevo, programas de vida que superen lo que hemos realizado hasta entonces? Más ilusión, más proyec-

tos, mejor ejecución. Proyectos y propósitos que tu Espíritu nos inspira y para los que nos da la fuerza para ponerlos en marcha.

Nuestros antepasados celebraban en el solsticio de invierno las fiestas al Sol Invicto, al protagonista del milagro de la vida. Ese sol que renacía todas las mañanas después de muerto en los atardeceres; ese sol que cobraba pujanza renovada cuando los días dejaban de decrecer. La liturgia conmemoraba, a su vez, el matrimonio de los dioses con el hombre que permitía la gestación de la primavera, los nuevos brotes, los nuevos hijos, la nueva vida. No puede extrañar que el cristianismo colocara la fecha del nacimiento de Jesucristo en estos días, los días en los que la luz vence a la noche. Era tu Hijo nuestro sol invicto, la posibilidad de salir de la penumbra de la tiniebla humana a la vida radiante de los hijos de Dios. En el niño de Belén colocamos todas nuestras ilusiones de renacimiento, en el hemos visto la luz del mundo, nuestra luz.

Sentí otra vez el fuego que ilumina y que crea  
los secretos anhelos, los amores sin nombre  
que, como al arpa eólica el viento, el alma arranca  
sus notas más vibrantes, sus más dulces canciones

Rosalía de Castro

El fuego de la Navidad, del nuevo año que nos llena de luz nueva y que impulsa anhelos, amores, poesía.... arrastrándonos a una vida más plena y más entregada. Una Navidad que debemos celebrar todas las mañanas cuando la luz nos despierta y nos anuncia el nuevo día, la nueva oportunidad de alabarte y de servirte acrecentando tu reino.

Y es que sol, luz y tú, Dios mío, sois una tríada que hemos pensado junta, pues los tres sois responsables de la vida. Te hemos visto en el sol y cuando te hemos descrito lo hacemos rodeándote de luz. Eres el sol de la mañana, la alegría de nuestra vida, la luz que nos guía. Tradicionalmente hemos orientado nuestros templos al este para recoger tus primeros rayos y no desperdiciar ni un gramo de

tu energía; hemos colocado nuestros cementerios al oeste para que nuestros seres queridos compartan un crepúsculo que es promesa de sol naciente y de nuevo día.

Valoro la luz y valoro mis ojos que son capaces de apreciarla. Por eso, cuando pienso cuál de los sentidos me costaría más perder, apuesto por la vista. Vivir a todas horas inmersa en la oscuridad de la noche, no ser capaz de percibir el color, el gesto, no apreciar el obstáculo, el semblante del amado, no poder leer... Una vez me comentaba una mujer, que se había quedado ciega en edad adulta, que tú la suministraste una luz interior que nadie ha sido capaz de quitarle jamás, una luz que le ha permitido aceptar su ceguera y vivir una vida alegre y esperanzada. Un versículo del salterio nos hace comprender lo que esta mujer alcanzó a ver: "Yahvé es mi luz y mi salvación" (Sal 27,1) esa luz que eres tú mismo, un Dios que se aloja en el interior del hombre que es capaz de verle. Con todo, son palabras más fáciles de pronunciar que de vivir y debo confesarte que prefiero no pasar por la experiencia de la noche de los ojos.

Debo también reconocer, que con frecuencia prefiero no mirar, que me gustaría no ver. La mirada del mendigo que se cruza en mi camino, los poblados de chabolas, el paso vacilante del anciano que camina solo, la prostituta en la esquina, la madre cargada de niños que lloran, las imágenes trágicas de la televisión.... me hacen apartar la vista. La coherencia de una vida que quiere seguir tu código me obligaría a dejar mi camino y salir en su ayuda, pero unas veces no puedo y otras... no quiero. Y me quedo incómoda y mi corazón se lastra de pena por los otros y de pena por mi persona incapaz de derrochar generosidad. Y pienso en aquellas palabras tan certeras ¡El espíritu está pronto pero la carne es flaca! Pues es mucho más fácil imaginar un comportamiento, predicar una ética, escribir unos relatos o hablar bellas palabras que poner todo esto en práctica.

Por otro lado, me preocupan las frases que le inspiraste a Mateo sobre nuestra necesidad de ser la luz del mundo y de brillar delan-

te de los hombres. ¡Da miedo el hecho de aparentar lo que no somos y conducir a las personas por caminos equivocados! ¡Menuda responsabilidad! Máxime, cuando la mayoría de las veces ni siquiera nosotros mismos sabemos si la senda que hemos elegido es la correcta. Yo prefiero colocar mi lámpara debajo del celemín y pasar lo más desapercibida posible. Tu Espíritu tendrá que venir en mi auxilio para ser la lámpara y la fortaleza de mis pies.

Mi amiga ciega te vio como luz interiormente, pero te has manifestado resplandeciente en muchas ocasiones. Me gusta pensar en el cuadro de la transfiguración cuando Jesús se iluminaba enfrente de los apóstoles. Les dejabas asomarse a tu mundo esplendoroso para ayudarles en los momentos negros de la crucifixión. Aún así no entendieron nada y tuvo que venir otra luz más fuerte en la resurrección para que conectaran las dos y comprendieran con quién habían compartido la vida. ¡Quién no ha pasado por experiencias semejantes! A mí también me han ayudado los momentos de luz que has puesto en mi camino para atravesar por las zonas oscuras de la vida. Ya sabes que cuando éstas son muy negras tiendo a olvidar que hubo momentos de claridad en mi vida, tiendo a olvidar que un día fuimos amigos y que mi alma brillaba confortada en tu presencia.

Y es que el que deja que crezca esa luz en su interior ya no necesita de otro género de luz para vivir. Se convierte en súbdito de esa Jerusalén celestial que ya no precisa ni de sol ni de luna que la alumbrén porque la ilumina la gloria de Dios y su lámpara es el Cordero (Ap 21,23-24).

Anoche cuando dormía  
Soñé ¡bendita ilusión!

Que un ardiente sol lucía  
Dentro de mi corazón.  
Era ardiente porque daba

Colores de rojo hogar,  
Y era sol porque alumbraba  
Y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía  
Soñé ¡bendita ilusión!  
Que era Dios lo que tenía  
Dentro de mi corazón.

Antonio Machado

No era sueño, ni era quimera. El sueño se puede hacer realidad pues no es ilusión vana pensar que tú estás en nuestro corazón y que eres la causa del sol y del calor que allí se generan.

- La iluminación intelectual

La claridad que suministra la luz nos lleva a pensar en la iluminación intelectual y espiritual. Resulta evidente que, sin una buena luz, somos incapaces de distinguir bien los objetos, los colores, las formas, por eso, todo aquello que aparece como luminoso nos ayuda a la comprensión y hablamos de la luz de la razón. Entramos de lleno en el campo del conocimiento. Un conocimiento que, en el campo religioso, se expande con el don de la fe que ilumina los ojos del corazón y que permite comprender el misterio cristiano. Esa es tu iluminación, la que presumimos de tener los hijos de la luz y de la que habla Pablo: "Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; más ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad" Ef 5, 8-9. Ese fruto que nos llega como un don de tu Espíritu.

Pero hay que reconocer que vivimos unos momentos difíciles en los que necesitamos más que nunca de tu iluminación. En muchos casos ya no sirven las respuestas de siempre. La ciencia avanza a una velocidad vertiginosa y los cristianos tenemos que responder a problemas nuevos. El campo de la bioética ha movido las fronteras de la vida, pues se discute cuando comienza el ser humano y cuan-

do ha dejado de existir ¿Un corazón que late? ¿Un encefalograma plano? La posibilidad de regular la concepción, la fertilización in vitro, las madres de alquiler, el derecho al sexo de los homosexuales, las parejas divorciadas que vuelven a contraer matrimonio... Un sin fin de situaciones nuevas que abren interrogantes.

También nos interpela la globalización del mundo, pues el cristianismo se ha pensado siempre en blanco, varón y primer mundista y es necesario abrirlo a las mujeres, a las otras razas y a los otros continentes. Una apertura que sea capaz de asumir sus puntos de vista, sus culturas y sus civilizaciones; una apertura que apueste por la inculturación aunque se pierda uniformidad.

Ni siquiera las antiguas virtudes resisten al embate de los tiempos. ¿Puede el cristiano ser manso y dejar sin defensa las situaciones de injusticia con las que se enfrenta? ¿Debe el católico ser obediente aún a sabiendas de que lo mandado no es conveniente? ¿Tiene que seguir la mujer siendo sumisa en aras de la familia aunque le cueste los malos tratos de su compañero? ¿Se puede permanecer callado cuando los dictados de Roma van contra lo que nos pide la conciencia? Mi lista de preguntas podría ser mucho más larga y cada uno tiene la suya.

Uno de los problemas más serios es el que plantea el feminismo. Según la antropóloga Margaret Mead hay cuatro períodos en la historia de la civilización humana que cambiaron la forma de vivir de manera sustancial: evolución, era de los glaciares, industrialización y los movimientos feministas. Todavía resentimos los cambios de la era industrial, pero estamos de lleno inmersos en las reivindicaciones de las mujeres ¿Cómo se mueve nuestro credo? ¿Qué hace la Iglesia como respuesta a los problemas que plantea el feminismo? No me parece que la solución sea negarse a todo protagonismo femenino apoyándose en la tradición, pues ésta parte de una fuerte misoginia y de un concepto negativo de la mujer. Si los pilares en los que se apoyaba esa tradición son falsos, también lo será la doctrina resultante.

Y esto me lleva al ecumenismo. Es urgente que lleguemos a algún tipo de acuerdo con las otras confesiones cristianas. Es una vergüenza que los misioneros se disputen regiones y personas cuando se deberían dedicar a extender la palabra de Cristo donde aún no se conoce. Pero es todavía más escandaloso que en las reuniones ecuménicas no sean capaces los respectivos delegados de recibir el pan eucarístico de los otros. Presencia real, ordenación no válida, mujeres presbíteros... pretextos en apariencia muy importantes, pero que deberían ceder ante la necesidad de unión de los cristianos. Al menos... en las reuniones en las que de ello se habla.

Conoces mejor que yo los problemas con los que se enfrenta nuestra fe. En un momento en el que se prima el individualismo tenemos que ser capaces de militar en un catolicismo que acepte las diferencias en temas que no sean sustanciales. Tenemos que renunciar al pensamiento monolítico que, además de ser cosa de otros tiempos, está bajo sospecha de coacción y fundamentalismo. Debemos desclericalizar la Iglesia para que los laicos asuman un protagonismo que se les ha negado durante siglos. Es conveniente asumir formas de gobierno más democráticas que nos aproximan a las sociedades en las que viven los cristianos y que son una llamada de los signos de los tiempos.

Vivimos en un contexto relativista que ve con recelo los planteamientos totalitarios. Es cierto que no todo es igual ni vale lo mismo, pero también lo es que nadie puede levantar banderas, de estar en posesión de toda la verdad. El cristiano tiene que dialogar con el mundo en el que vive y aceptar que las propuestas de sus interlocutores pueden ser válidas. En caso contrario no hay diálogo sino monólogo.

Por eso, soy consciente de que lo que yo creo que debe ser el camino que siga la Iglesia a otros muchos les puede parecer un error. Todos tenemos que ser capaces de dialogar, cuantas más voces mejor, para encontrar esa luz que tu Espíritu coloca en nuestras vidas y que nos conduzca por el buen camino. ¡Buena falta nos hace!

Hace falta estar ciego,  
 tener como metidos en los ojos raspaduras de vidrio,  
 cal viva,  
 arena hirviendo,  
 para no ver la luz que salta en nuestros actos  
 que ilumina por dentro nuestra lengua,  
 nuestra diaria palabra.

Rafael Alberti

He copiado estos versos de Alberti porque te tengo que confesar que muchas veces no consigo ver tu luz, ni el camino por el que quieres que discurra mi vida. ¿Estaré ciega? ¿tendré raspadura de vidrio en los ojos? ¿arena hirviendo? No lo sé, pero admiro y envidio a todos aquellos que desconocen la duda. Incluso me asombro del título de la encíclica: *Veritatis Splendor*. ¡Qué suerte los que piensan así! Yo camino entre sombras, lastrada con mis dudas, haciéndote preguntas que no siempre contestas. Llego a la conclusión de que mi espiritualidad es la del antiguo Sábado Santo una mezcla confusa de luz y oscuridad, de luto y esperanza. ¡Señor, creo, aviva mi fe!

En estos momentos en los que utilizo el fuego como tema para hablar contigo la palabra *avivar* me introduce de lleno en esa hoguera. Perdona la parte de culpabilidad que me toque por mi escepticismo y fe mortecina. Perdona mi incapacidad para aceptar sin reparos las palabras del magisterio si es que debo hacerlo. Perdona mi mente que quiere comprender, llegar más a fondo, saber más y le cuesta el salto de la fe. Perdona cuando impongo mi criterio sin escuchar al otro. Perdona cuando acepto lo que no comparto por conveniencia. Perdona mi desprecio al ignorante o al poco inteligente. Perdona mi descalificación al que piensa distinto que yo.

A pesar de mis dudas y de mis vacilaciones estoy dispuesta a asumir el riesgo de militar en una religión que no siempre me convence. En medio de la oscuridad he visto la luz y ese recuerdo me basta para poner confiada mi vida en tus manos. Asumo el riesgo de mi

ceguera y de mi duda, porque conozco que tu vara y tu cayado caminan a mi lado y eso me da confianza.

Ponme tus manos en los ojos  
 Para guiarme como un ciego  
 Por el fantasmal laberinto  
 De mi oscuridad y silencio

José Bergamín

Estoy mucho más a gusto con las palabras de este verso que con los discursos triunfalistas sobre la fe. Te pido y acepto con gusto que seas mi lazarillo. Para ello, me propongo seguirte, aunque con un poco de susto, pues tengo la impresión de que crees soy más fuerte y más capaz de lo que me dice la experiencia. Además, veo a tus elegidos discurrir por unas sendas que yo me siento incapaz de iniciar y que no parecen excesivamente atractivas. Imagino que todo esto lo ponderas y que sabes bien por donde conduces a cada uno. Eso me tranquiliza, pues yo no tengo un alma heroica y apuesto por el camino a tu lado pero confiando que no sea muy escarpado.

Quiero terminar este apartado con una frase de Rilke que creo puede ser un buen resumen de lo que debe suponer la luz del fuego para un cristiano: "Ser amado es consumirse en la llama; amar es iluminar con una luz inagotable". Si todos tus hijos fuéramos capaces de cumplir estas palabras, otro gallo cantaría.

### La paradoja de un elemento que ablanda y endurece

- El horno del alfarero

Muy pronto descubrieron los hombres que las masas arcillosas se endurecían al calor del sol. Copiaron el ejemplo secando primero los ladrillos a ese calor que suministraba la naturaleza para luego crear hornos con grandes capacidades artesanas e industriales. Vasijas, cisternas, cazuelas, botijos, vasos fueron llenando los hoga-

res y haciendo la vida más fácil. Se hicieron recipientes donde guardar el grano; contenedores donde depositar el agua y cazuelas para cocinar sin que se perdiera sustancia en la lumbre.

Ese horno artesano donde se cuece la masa sirvió para imaginar la forma en la que nos creaste. Tomaste una masa blanda, unos kilos de arcilla y moldeaste un muñeco con forma humana. No usaste torno sino la presión de los dedos, pues como un escultor no querías que nada escapara a tu creatividad. Hiciste una obra portentosa, un milagro de equilibrio de elementos al que dabas la posibilidad de hablar, de comunicarse entre sí y contigo mismo. Sólo le faltaba vida a la marioneta y esa la insuflaste con el calor de tu aliento, auténtico horno de calor cercano.

Algunos dicen que se frustró tu proyecto ¿Te respondió mal el ser humano? Yo no lo creo. Sabías y querías que las personas apostaran por la libertad como hicieron. No puede existir el bien si no tiene la contrapartida del mal. Sabías y querías que nuestros primeros padres abandonaran el Paraíso, la vida infantil en tu regazo para navegar por aguas más procelosas. Madurez, responsabilidad, libertad de elegir entre el bien y el mal... ahí está nuestra grandeza. Hemos sido tu obra de alfarero mejor conseguida. Máxime que todo tu proyecto conllevaba el broche final que era la encarnación de Jesús. Creo que en cada uno de nosotros pusiste algo del Verbo, un pequeño detalle que te permitía reconocernos como hijos en el Hijo.

A veces pienso que a alguno nos dejaste más tiempo del debido en aquel horno ¡Nos hemos endurecido en exceso! Me cuesta comprender que avancemos por la vida sin compadecernos del sufrimiento ajeno, sin vibrar ante el espectáculo que ofrece la naturaleza, sin que nada nos ilusione, ni nos motive. En nuestra niñez no éramos así soñábamos con un mundo sin sufrimiento y estábamos dispuestos a derrochar todas nuestras fuerzas para conseguirlo ¿Qué ha pasado con nuestras almas de niños? ¿Nos ha endurecido la vida? ¿Hemos perdido nuestra capacidad de ilusión?

El segundo hombre fue de masa cruda  
como el primero fue de barro.  
Luego entraré en el horno... en el infierno  
Del fuego saldré hecho pan blanco  
y habrá pan para todos.  
Podréis partir y repartir mi cuerpo en miles y  
millones de pedazos;  
podréis hacer entonces con el hombre  
una hostia blanquísima... el pan ázimo  
donde el Cristo se albergue

León Felipe

¡Qué bonita idea pensar que Jesús era de masa cruda en lugar de barro! Jesús no dejó que su masa se endureciera en exceso. Él se dejó cocer en el horno de la vida pero para convertirse en un pan que se multiplica sin fin y que alimenta a todos los que lo necesitan. Un pan blanco, tierno, cocido en el mejor horno y al mejor fuego. Pero el poema sigue y nos arrastra en su imaginación

El primer hombre  
fue de barro,  
el segundo de masa cruda  
y el tercero de pan y luz

Los dos componentes principales del fuego se unen en ese tercer hombre que habita en los sagrarios: pan y luz, alimento para el cuerpo y para el espíritu que se da gratis. Tengo claro por dónde lleva al cristiano el simbolismo de la eucaristía. Nosotros también tenemos que dejar de ser barro cocido para convertirnos en masa cruda; una masa que se va cociendo en porciones diarias para poder fabricar un pan blando del que se puedan alimentar todos los hambrientos. La masa va disminuyendo y cuando no quede nada se romperá la orza que la contenía. ¡Gran sorpresa! Pues de la orza vacía sale una luz que ciega y que corre a reunirse con la Luz primordial. Es ese polvo enamorado, esas pobres cenizas ese resto



de una vida autoinmolada por dar vida a los demás. ¡Cómo me gustaría ser capaz de convertir estas palabras en realidad!

- La forja del herrero

Con el calor se endurecen las masas, pero se ablandan los metales permitiendo darles una forma diferente a la primitiva, una forma que perdura cuando se enfrían. La forja que comenzó siendo artesana acabó siendo la madre de toda la industria. Pero en sus comienzos los hombres la relacionaron contigo y te llamaron Vulcano, el dios de la forja. En ese yunque templaste los rayos de Júpiter y las armas de Aquiles, pues de tus manos salían obras con unas características especiales que las hacían invencibles.

Te relacionaron desde el principio con las armas pues la fragua se puso al servicio del poder y el que más fuerza tiene la impone. Los cuchillos y lanzas de los primeros siglos dieron paso a cañones, a bombas, a misiles... con lo que la escalada de los destrozos se multiplicaba vertiginosamente. Ya nadie te invoca como gerente de las fábricas de muerte, aunque a veces las utilicen respaldándose en tu persona. ¡Qué afán destructor tenemos los humanos! Los países ricos vendemos armas a los pobres, algunas naciones gastan en armamento más que en sanidad o educación, los laboratorios siguen investigando armas de destrucción cada vez más potentes, en internet es posible encontrar fórmulas que describen la forma de ejecutar bombas caseras...

Yo te pido otro tipo de armas que me faciliten abrirme paso por el camino que me has marcado. Necesito armarme de paciencia para escuchar el discurso que no me interesa, para dedicar más tiempo al pesado que llama a mi puerta, para estar alegre aunque tenga contratiempos, para dialogar contigo aunque no me apetezca, para pedir recomendaciones y favores en beneficio de otros, para solucionar problemas de terceros... para hacer todo aquello que cuesta pero que supone ir implantando tu reino.

Me consuela pensar que frente a toda esta industria destructiva hay otra que ha dedicado su quehacer a fabricar tijeras, arados, coches, cuchillos, cacerolas, agujas, frigoríficos... instrumentos que han servido y servirán para mejorar nuestras vidas. Me gusta una frase de León Felipe cuando advierte: "Tu guadaña no es un cetro sino una herramienta de trabajo". Permíteme que te pida por todas las personas que han contribuido a experimentar y potenciar descubrimientos y técnicas de las que nos hemos beneficiado. Siempre pienso en el inventor de la cremallera, una persona para mí sin nombre y que ha hecho algo tan simple y tan útil.

A las mujeres no se nos suele relacionar con los instrumentos de la guerra pues la vida pública estaba en manos de los varones. En cambio se nos hace responsables de los cuchillos afilados de nuestra lengua. Recluidas en nuestras casas sólo podíamos ganar poder disminuyendo el prestigio de nuestros enemigos. Poco expertas en el arte de la guerra las mujeres manejamos con gran soltura el mundo de la comunicación. Dicen los estudiosos del lenguaje que éste nació ante la necesidad de las madres de comunicarse con sus retoños y que, por eso, nuestro género ha mantenido esa cualidad.

Ya no vivimos recluidas en nuestro hogar, pero el arma de la lengua afilada está en todos nuestros cajones, cajones masculinos y femeninos. ¡Qué fácil es acabar con el prestigio ajeno utilizando unos dardos bien afilados! Una palabra, una insinuación, una sospecha... derrumban en pocos segundos la imagen positiva de una persona. Lo que ha costado años construir se destruye en unos instantes. Y no valen las explicaciones posteriores, pues el mal está hecho. Perdona, Señor, el mal que a diario cometen mis palabras, el daño que inflijo en las personas con las que me relaciono.

Tú, Dios Vulcano, también fabricaste una espada afilada y puntiguda en la Palabra en la que se encarnó tu Hijo. A partir de aquel momento ya nada fue igual. Todos tuvieron que tomar partido a favor o en contra, pues a nadie dejaba indiferente. Se armó la de Dios es Cristo dice nuestro refranero popular. Una frase que ha per-

dido noción de su origen en esas discusiones en Efeso sobre si Jesús era de tu misma esencia o no. Lo cierto es que por esa Palabra estoy yo aquí y van a estar todos los que nos lean. Una Palabra que ha marcado nuestras vidas y que las sigue interpelando, una palabra que ya anunció el viejo Simeón atravesaría el corazón de María.

A veces me gustaría no oírte y, si lo hago, no escuchar. Me interpe-las a diario en mi forma de vivir y me comparas con las vidas de mis hermanos menos afortunados. Me interpe-las en la forma de emplear mi tiempo y colocas en mi vista faenas que terminan con mi ocio. Me suscitaste proyectos que requieren mi energía. Me sacas de la molicie de una vida fácil para arrastrarme por sendas más complicadas. Y lo malo, Dios Vulcano, es que la Palabra que se templó en tu fragua me seduce y me dejó seducir por ella, como hizo Jeremías. ¡Y eso que él no la conoció encarnada! Y aunque me gustaría no oírte y si lo hago, no escuchar, acudo a tu fragua, día tras día, en busca de esa espada afilada que traspasa mi vida pero sin la que no puedo vivir.

La Palabra y tu fragua también me sugieren que para el cambio de la forma en los metales ablandados se recurre al moldeado o a los golpes sobre el yunque. La familiar imagen del herrero que calienta primero y golpea después hasta conseguir la forma final deseada. Ese endurecimiento que había alcanzado nuestro ser tenía una posibilidad de transformación. Cuando analizo mi vida, veo por un lado que los años me han hecho perder el ardor de la juventud, me he endurecido en cuanto que no salto ante la necesidad, sino que sopeso los pros y los contras de un actuar generado por impulsos del corazón. Pero, por otro, me veo más transigente; ya no hay buenos y malos en mi vida, ya no hay ni blancos ni negros ¿He caído en el relativismo? Es posible y no me arrepiento, pues me permite ver un lado positivo en lo que antes sólo veía hollín y ceniza.

No es excesivamente original confesar que la vida a todos nos va formando a fuerza de golpes. Se convierte en una gran fragua que modela a su antojo y sin encargos previos. Aprendemos a amar y a

sufrir por el amado y con el amado. Aprendemos a llorar con nuestras tristezas y con las que se generan en nuestro entorno y nos afectan. Aprendemos a moderar nuestra actuación en nuestros errores. Nos equivocamos una y otra vez saliendo tristes y malhumorados, pero con la posibilidad de aprender de los fallos y no recurrir en ellos.

Los profetas veían en muchos de los fracasos de la vida del pueblo elegido tu mano, la mano de un padre que corrige al hijo descarriado. No soy capaz de ver la historia bajo ese prisma. Sí creo que tú nos ayudas a hacer lecturas positivas de cualquier acontecimiento por mísero que parezca. Te veo más como Maestro espiritual que como Padre castigador. Los golpes en el yunque de mi vida me los doy yo sola o empujada por los seres humanos que conviven conmigo. A ti, te corresponde enseñarme a buscar caminos que me lleven a un moldeado de mi ser que avance en consonancia con tu credo.

### El incendio de las pasiones

¡Qué imponente es el espectáculo de un fuego que avanza con fuerza! Arrasa, destruye a su paso, calcina dejando tras sí un cuadro de muerte. Al espectáculo visual se suma el sonoro pues craca y cruje la materia antes de consumirse. Es la ira desatada de la naturaleza a la que se le ha inflamado el rostro y camina sin riendas. Durante siglos los hombres vieron en este espectáculo el enojo de los dioses, tu enojo por su mal comportamiento. Los rayos de las tormentas y el estruendo de los truenos acompañaban el espectáculo de tu furia contra los que habías creado. Incluso, hoy día, en un mundo científico que conoce las causas de estos fenómenos reclamamos tu presencia ante una naturaleza desenfrenada. Tenemos miedo.

Los hombres nos hemos aprovechado de ese poder maléfico del fuego para ponerlo a favor de nuestros intereses. Todos los años se queman en nuestro país miles de hectáreas de bosque. Algunos fuegos son hijos de manos de locos pero la mayoría tienen su origen en factores de tipo económico o vindicativo. Lo que ha tardado años en crecer desaparece en unas horas por culpa de un delincuente con lo que nuestras regiones que luchan contra la desertización ven acelerado este proceso de muerte.

Fuegos reales, fuegos temidos, que metafóricamente suponen un símbolo perfecto para hablar de nuestras pasiones negativas desenfrenadas, nuestro afán de odio y de revancha, nuestra ira que inyecta los ojos del color de las llamas, que derrama su cólera como un líquido ardiente, como una lava que desciende imparable. Son todos los sentimientos malignos que nacen en nuestro interior y que pugnan por salir de nosotros y hacer daño. Queremos que nuestros enemigos sufran y conozcan la magnitud de nuestro poder y de nuestra venganza.

Esa ira que está en la base de los malos tratos a mujeres por sus compañeros y que ellas no se atreven a denunciar. Tienen miedo de perder el hogar o los escasos ingresos que reciben para sacar adelante a los hijos. Su debilidad se convierte en el lugar ideal para que el varón, desilusionado e irritado por la vida, vuelque en ella sus frustraciones. El indefenso busca a otro más débil y la mujer acaba pagando por todos los demás. No basta el arrepentimiento posterior, pues el mal que se ha hecho no se borra tan fácilmente. El bosque quemado tarda años en revivir o es irrecuperable; la mujer agredida tiene que pasar por el hospital si es que no ha acabado en el cementerio.

¡Qué difícil, Dios mío, es controlar las pasiones! El amor es uno de los sentimientos más bellos que has puesto en nuestra vida. Gozar en los brazos del amado una de las satisfacciones más intensas. Sentirse querido, acariciado, admirado, comprendido, envejecer juntos, compartir el fruto de los hijos, escuchar palabras de cariño...

nada es comparable a ese amor entre dos personas que perdura a lo largo de los años, que sabe sortear los peligros con los que se enfrenta. Aprovecho estos momentos para darte las gracias por el compañero que has puesto a mi lado y para rogarte por todos los matrimonios que, como el mío, siguen juntos después de muchos años de andadura.

¡Qué pena me dan los enamorados a los que su amor no responde o les es infiel con otra persona! ¡Qué desgarró del corazón! Reconozco que la infidelidad conyugal es una de las cosas más difíciles de aceptar ¿Dónde fueron a parar todos los juramentos, todas las empresas emprendidas de a dos, toda la confianza? La mentira, la envidia y los celos invaden el hogar y lo que empezó siendo paraíso acaba siendo infierno, fuego de pasiones desatadas.

Aprovecho, también, para pedirte por todos los cónyuges abandonados, por las mujeres que se quedan al cuidado de los hijos, solas y sin dinero. Ayuda a unas y otros para que no se dejen llevar por el odio y sepan perdonar o, al menos, olvidar el mal que han recibido. También te pido por todos los que han dejado de amar, y por los que se han ido de casa, porque han encontrado otro fuego de ilusión, para que traten de hacer el menor daño posible.

Al parir de estas ideas pienso que debes iluminar a tu Iglesia para confeccionar una pastoral de acogida con los divorciados. ¡Quién no se ha equivocado alguna vez en la vida! La convivencia, cuando ha desaparecido el amor, se convierte con facilidad en odio y los hijos conviven con una pareja que se insulta y se desprecia. Ya sé que la separación es posible pero tú sabes que los hombres no estamos hechos para vivir solos. Conozco muchos matrimonios que han rehecho su vida con una segunda pareja y ¡están tan felices! Muchos están formados por personas religiosas a las que les duele no contar con el apoyo de tu Iglesia. Ya se que tú no les abandonas, pues recuerdo tus palabras del Génesis en las que anunciabas que no era bueno que el ser humano estuviera solo.

Los hombres que gozamos de unos sentimientos no siempre laudables te hemos descrito compartiendo nuestros celos y dejándote llevar por la ira contra tus criaturas. No se muy bien que hacer con todos esos textos en los que estás en el origen de la destrucción. Me asustan esas descripciones de matanzas de pueblos enteros, de mujeres y niños, de exterminio de toda forma viviente que describe el Antiguo Testamento.

Arcángel fiero, portador de enojos  
 ase la copa y por doquier camina  
 el aire inflama sus airados ojos  
 y las estrellas con sus pies calcina

J. Zorrilla

Me temo que esta es la imagen que tienen muchos cristianos de tu persona. En el verso es tu mensajero el que hace de portador de tus iras y calcina por donde pasa; un mensajero que hace lo que le manda su superior. Podríamos decir que el Nuevo Testamento ha cambiado la imagen pero la copa a la que se refiere Zorrilla me recuerda al Apocalipsis ¿No estamos cayendo en un excesivo antropomorfismo? Le falta a tu mundo metafórico el campo femenino, el campo de la ternura y la maternidad que fuera capaz de compensar esas imágenes guerreras. El amor de amante si es capaz de dar un giro de 180 grados y poner odio donde antes había amor pero el de madre tiene más dificultad de querer el exterminio del hijo por mal que se porte con ella.

Me apunto, pues, a tu amor de madre para negar que se te inflaman de ira tus ojos, para negar que tu juicio de castigo va acompañado de llama y de azufre, para no aceptar que millones de almas caen en un infierno de llamas eterno. Prefiero pensar que reprendes pero perdonas, que acoges sin preguntar como el Padre de la parábola, que siempre esperas el retorno del hombre a su creador, que tu paciencia es eterna.

Yo soy el que te espera en la estrellada noche,  
 sobre las playas áureas, sobre las rubias eras.  
 El que cortó jacintos  
 para tu lecho, y rosas  
 tendido entre las hierbas, yo soy el que te espera

Pablo Neruda

Así te concibo, como un gran amante, fiel siempre, a pesar de mis infidelidades.

### El fuego ritual

- La columna de humo

En todas las religiones el intento de relacionarse contigo ha ido acompañado de fuegos. Se quemaban sustancias olorosas para que la oración subiera hacia ti envuelta de buen olor. Y es que hay algo en el cielo que nos ha hecho pensar que arriba tenías tu morada. No se si es la claridad del firmamento, la presencia del sol y de los astros, los fenómenos meteorológicos, los que han contribuido a este pensamiento. Es verdad que en el inconsciente colectivo más alto, más claro y más grande son superiores a sus contrarios y que tu residencia tiene que estar situada en el mejor lugar.

El cristianismo contaba, además, con los antecedentes de la columna de fuego con la que guiabas a tu pueblo por el desierto. Una brújula que les permitía seguir el camino que tu marcabas, a la par que tu presencia se hacía visible. Un fuego en la noche es siempre señal de la presencia de otro ser, el fin de la soledad en la oscuridad.

Como sólo al arder rinde el incienso  
 su plenitud de aroma, vive y ama,  
 para que en onda de perfume inmenso  
 te alce al azul la valerosa llama

Leopoldo Lugones

El humo de los fuegos que encienden tus fieles sube hacia ti, asciende por la columna del desierto, envuelto en sus súplicas o alabanzas. La propia vida entregada en un arder voluntario asciende por la escalera de humo que se dibuja en el firmamento, un humo impregnado del olor que desprende un corazón que ama. Son imágenes bellísimas de verticalidad y de ascensión, de esfuerzo y de progreso.

Pero debo confesarte que me estoy reconvirtiendo y que cada día te busco menos en el cielo. Allí arriba te veo inalcanzable y metafísico, poco involucrado con un mundo que tienes lejano. Cada día que pasa aprendo a descubrirte en la tierra y abandono ideas de omnipotencia por impresiones de debilidad. No me preocupa afirmar que formas parte de la materia aunque seas más que la materia; no me asusta confesar que sufres con el dolor de nuestro planeta. No se quién eres ni donde estás pero te imagino como la cohesión que nos une a todos los seres, como la urdimbre del universo que todo lo integra, como el calor que guarda el centro de la tierra.

Sufres con el pobre y con el malherido. Lloras con el desconsolado y con la viuda. Te angustias con el parado y el sin hogar. Sientes el miedo del enfermo ante un diagnóstico negativo y ante un tratamiento doloroso. Te acongojas viendo la polución de tus aguas y el lento morir de tus bosques. Pero también te alegras con la mañana que nace y con los proyectos que prosperan, con el amor del enamorado y con la risa del niño.

Aquí, entre nosotros, en el corazón de la tierra, en el ingente regazo amoroso de una madre que nos ha dado a luz te presiento. Y por eso no te busco en el cielo y no me da miedo la oscuridad. Y por eso no intento subir sino que prefiero bajar, cuanto más abajo más cerca de ti y de los que sufren contigo. Con todo, siempre tengo esos sentimientos encontrados de atracción al fuego de tu presencia y de temor, temor a entrar en el mundo desconocido que representas.

- La carne del holocausto

No bastaba con ver el humo subir hacia ti tenían, los hombres necesidad de hacerte regalos, ofrendas que compraran tus favores. Quizás hemos presentado que tu también podías pasar por las penurias del hambre y hemos quemado comida en tu honor. Hemos sacrificado y quemado porciones de ganado y de aves, hemos rociado tus altares con su sangre. Incluso hay quién ha escogido víctimas humanas como ofrenda más preciosa. Eso sí, guardamos una porción para nosotros, pues compartir los alimentos, siempre escasos, se convierte en un símbolo de familiaridad y de amistad. ¡Queremos invitarte a nuestra mesa!

No es tanto el hecho de ofrecerte nuestra cocina, nuestros mejores platos, la enjundia del ganado y la flor de harina sino de requerir tu amistad. Si no rehuyes sentarte entre nosotros, entrar en nuestros hogares es porque nos tienes aprecio. Nunca supieron los hombres si aceptabas sus ofrendas hasta la encarnación de tu Hijo. Jesús colocó su tienda entre nosotros, aceptó la invitación de Zaqueo y se sentó a la mesa con todos los que le convidaron, incluidos los pobres desheredados a quién nadie considera.

Me gusta pensar que te puedo tener de huésped en mi mesa, que tocas mi timbre, que esperas en mi puerta: "Estoy a la puerta y llamo". Una espera corta, pues yo estaría al acecho de tu llegada. Encendería la chimenea, colocaría flores, escogería la mejor vajilla, prepararía el aperitivo, los vinos, el menú... Sacaría lo mejor que tengo, engalanaría la casa y mi persona. ¡Qué susto si te retrasas! ¿Habrá decidido no venir? ¿Le habrá surgido algún contratiempo de última hora?

¿De qué hablaríamos? Los primeros momentos tienen que correr a tu cargo, pues yo sería incapaz de pronunciar palabra. Me temo que se quemaría el asado y que nada estaría en su punto, pero no creo que a ti te importara. Pasado un tiempo inicial de azaro creo que sería capaz de hacerte todas esas preguntas sin respuesta que desgano todos los días. Fundamentalmente quién eres tú y qué somos

para ti. Pienso que pronto pasaría del plural al singular ¿Quién soy yo para ti? Pues cuando veo los millones de personas que habitan el mundo comprendo la insignificancia de mi yo y me asusto pensando que no recuerdas ni mi nombre. Por eso, me gusta entrar en iglesias solitarias, pues pienso que tengo tu presencia encarnada para mi sola. ¿Será egoísmo?

La venida al mundo de tu Hijo le dio un giro de 180 grados a nuestras invitaciones, pues no sólo acudió a ellas sino que se convirtió en anfitrión. Un anfitrión que convida a la humanidad entera a su mesa; un convite donde se reparte su cuerpo como alimento corporal y espiritual. No rechaza nuestros holocaustos de corderos y novillos, sino que ofrece algo mejor, su propio cuerpo.

Tras esta idea comprendo que uno de los motivos de esa conversación que habíamos empezado en mi casa haría referencia a que yo misma tengo que seguir el ejemplo y ofrecer el alimento de mi propia vida. Desgastar mis fuerzas y energías en beneficio de aquellos que carecen de ellos. Esa cena maravillosa que yo había preparado, ese encuentro de enamorados, de Tu a tu, deja paso a un convite multitudinario en el que mi hogar se ve invadido por un sin fin de vagabundos y drogadictos. Poco a poco, no queda nada de la buena vajilla, se acaba el aperitivo, desaparece el mantel y pierdo de vista a la misma persona de Jesús, desaparece el Pastor en medio de las ovejas. Me cuesta comprender y aceptar que, el mano a mano, hay que posponerlo a otro momento, a ese tiempo en el que mi vida ha dejado su cuerpo y ha pasado a fusionarse con el tuyo.

Y es que dejaste bien claro que los únicos sacrificios que querías hacían referencia a la vida autoinmolada

Dolores sobre todo; los dolores  
son el crisol que funde a los mortales,  
mi sombra es como místico fundente,  
la sombra del dolor que nos fusiona

Miguel de Unamuno

A compartir los dolores con todos aquellos que los sufren, a cargar con sus penas y a aliviar sus angustias. Ese es el crisol de la prueba por el que tenemos que pasar, la alquimia que separe el metal precioso de la ganga, para acceder al encuentro contigo para hacernos uno con el místico fundente.

- El ritual de la purificación

Nuestros contactos contigo siempre han terminado con la convicción del abismo que media entre tu santidad y nuestra imperfección. De aquí también ese doble movimiento de fascinación y temor que nos arrastra hacia ti. En cuanto materia, somos caducos y finitos y, en cuanto personas, nos dejamos llevar por nuestros malos instintos cayendo en actuaciones que, nosotros mismos, comprendemos no son las deseables. Vivimos en un mundo mezclado de mal y de bien, de negatividad y de positivismo.

La conciencia de ese abismo y el deseo de acortar las distancias que nos separan nos ha llevado a celebrar toda clase de ritos de purificación. Una vez purificados ya no hay obstáculos para el encuentro deseado. ¿Qué nos lleva a pensar en el fuego como vehículo purificador por excelencia? Pienso que son imágenes que nacen de su facultad de cauterizar heridas purulentas y de eliminar el mismo olor de la putrefacción. Me viene a la memoria el texto de Isaías a quién un ángel tuyo le purificó los labios con un carbón ardiente. A partir de aquel momento ya podía pronunciar las palabras que tu le sugerías. Puro y fuego son semejantes en sanscrito y semejantes para el profeta.

Resulta curiosa esa imagen de los místicos, que en trance, son capaces de andar por encima de las ascuas sin quemarse. Han dominado su cuerpo mediante la oración y el ayuno y lo han hecho incombustible. Los mártires bajo el suplicio del fuego se rejuvenecían y embellecían, mientras que a las brujas se les deformaba el rostro. Para unos la llama era un foco que hacía resaltar las virtudes y para otros un espejo de sus defectos.

Nos hemos pasado un poco en ese intento de lucha por eliminar la materia de la vida humana, por ese intento de purificación ¿No crees? Ayunos, penitencias, fuertes ascetismos... no me parecen mal si su fin es el dominio del cuerpo, me horrorizan si suponen su negación. No es la materia de la que estamos hechos lo negativo sino el uso que los hombres hacemos de ella. Mucho dolor y mucho fuego son capaces de purificar, pero también de acabar con la vida de la persona.

El luto viene por el color de hollín de las cenizas. Pero incluso en esos restos hay vida. Una vida a la que le atribuimos toda clase de cualidades, pues conservan lo más preciado que tenía. Me gusta pensar que las cenizas son fértiles, que se queman los barbechos para que las malas hierbas y los restos de cosechas precedentes enriquezcan la tierra. Comparo con mi vida y pienso que su paso por el fuego, por los ritos purificadores de hacer el bien, por el dolor y la pena irán quemando mis impurezas y que purificado mi mal incluso mis cenizas pueden algún día ser útiles. Ser Cenicienta, imagen de humildad y oscuridad, pero bajo cuyo disfraz reluce la bondad y se anuncia un final feliz.

¿No crees que tenemos en este mundo purificaciones suficientes como para tener que pensar en un purgatorio? Aquí tendría necesidad de hablar de tu juicio y del fuego eterno pero me vas a permitir que no lo haga, pues "no me mueve el infierno tan temido" para intentar la amistad contigo. Veo dolor y sufrimiento suficientes en este mundo como para tener que ir a buscarlos al otro.

Y al llegar fácilmente reducido  
al término infalible de la muerte,  
en cenizas o pavesas convertido,  
fuego, es amor que en aire se convierte.

Ramón de Campoamor

Sí creo en ese fuego que es amor, en ese fuego que nos ha ido consumiendo hasta convertirnos en un puñado de cenizas. Y para esos

momentos finales sólo te pido que te compadezcas de mí, de todos nosotros y que cuando llegue nuestra hora perdones todas nuestras impurezas y todo el mal que hemos sumado al mundo. Si cuento con tu perdón, no necesito otro tipo de purificación.

### Una actividad que concluye

Ha llegado la hora de cerrar mi diálogo contigo, estas horas en las que he intentado avivar mi fe con la ayuda del simbolismo del fuego. Hemos hablado de la fragilidad de mi vida y de la necesidad de su consumo lento en beneficio de la implantación de tu reino, de los fuegos fatuos que nos queman dejándonos sumidos en la tristeza, del calor del hogar que sabe a madre y a regazo, de los peligros de una familia centrada en la televisión, de la luz que suministra tu persona, del fuego que ablanda y endurece, del incendio de las pasiones y de ese fuego ritual que tenía como misión purificarnos como preparación para nuestro encuentro final.

Me has ido sugiriendo ideas, me has ido llevando de tu mano de tal suerte que el tiempo se me ha hecho corto. Podría estar mucho más rato junto a ti, pero la vida me reclama y debo volver a mis quehaceres.

...¿Y qué importa el barro del camino  
si está en el cielo el sol?...

¿Y qué importa el cieno de mi vida  
si tengo aún encendido el corazón?

El calor seca el cieno

Y endurece el barro...

Luego...

Encima se levanta un palacio

León Felipe

Sólo me queda, Señor, pedirte que nos ayudes a hacer realidad este verso con el que termino estas líneas. Seguir avanzando ilusionados, intentar ser llama que alienta y alumbra a pesar de toda la negatividad de nuestra vida. Nosotros ponemos el regalo que nos hiciste al comenzar la vida, la frágil llama, a ti te corresponde avivarla con el fuelle de tu aliento. Si somos capaces de compaginarnos, levantaremos un auténtico palacio, aunque sólo lo veamos Tú y yo.

Títulos de la Colección

*Dirigida por: Isabel Gómez-Acebo*

RELECTURA DEL GÉNESIS

Isabel Gómez-Acebo (Ed.) - Dolores Aleixandre - Carmen Bernabé  
Elisa Estévez - Mercedes Navarro

CINCO MUJERES ORAN CON LOS SENTIDOS

Isabel Gómez-Acebo (Ed.) - Alicia Fuertes - Trinidad León -  
Mercedes Navarro - Marta Zubía

AMOR MALTRATADO. MATRIMONIO, SEXO Y VIOLENCIA EN LOS PROFETAS  
HEBREOS

Renita J. Weems

DIEZ MUJERES ORAN ANTE UN CUADRO

Isabel Gómez-Acebo (Ed.) - M<sup>a</sup>. Josefa García Callado - M<sup>a</sup>. Teresa  
Pandelet - Justa del Sol - Rosario García - Beatriz Arescurrinaga  
Rosa Carbonell - Inés Gramajo - Marifé Ramos - M<sup>a</sup>. Carmen Massé

RELECTURA DE LUCAS

Isabel Gómez-Acebo (Ed.) - Victoria Howell - Xabier Pikaza -  
Nuria Calduch-Benages - Pilar de Miguel Fernández - Mercedes  
Navarro Puerto

MUJERES QUE SE ATREVIERON

Isabel Gómez-Acebo (Ed.) - M<sup>a</sup> Jesús Muñoz Mayor - M<sup>a</sup> Teresa  
Pandelet - María del Mar Graña - María de Pablo-Romero - Victoria  
Howell - Diana de Vallescar

DEL COSMOS A DIOS. ORAR CON LOS ELEMENTOS

Isabel Gómez-Acebo (Ed.) - María José Arana - Toty de Naverán -  
Emma Martínez